

EL IDILIO DEL LOTO BLANCO

Mabel Collins



Mabel Collins

**A su inspirador y
VERDADERO AUTOR
está dedicada esta obra**

CONTENIDO

Prefacio, *página 4.*

Prólogo, *página 5.*

Comentarios sobre “El Idilio del Loto Blanco” por Subha Rao,
página 6.

LIBRO PRIMERO

Capítulo I, *página 16.*

Capítulo II, *página 21.*

Capítulo III, *página 26.*

Capítulo IV, *página 31.*

Capítulo V, *página 38.*

Capítulo VI, *página 45.*

Capítulo VII, *página 50.*

Capítulo VIII, *página 53.*

Capítulo IX, *página 55.*

Capítulo X, *página 61.*

Capítulo XI, *página 64.*

LIBRO SEGUNDO

Capítulo I, *página 68.*

Capítulo II, *página 72.*

Capítulo III, *página 76.*

Capítulo IV, *página 78.*

Capítulo V, *página 81.*

Capítulo VI, *página 83.*

Capítulo VII, *página 88.*

Capítulo VIII, *página 90.*

Capítulo IX, *página 95.*

Capítulo X, *página 98.*

PREFACIO

Contienen las siguientes páginas una narración relatada en toda época y país. Es la tragedia del alma. Atraída por el deseo, elemento predominante en la naturaleza inferior del hombre, cae en el pecado; pero vuelta en sí por el sufrimiento, recurre al redentor espíritu interno en demanda de auxilio, y en el sacrificio final logra su apoteosis y derrama una bendición sobre la humanidad.

PRÓLOGO

He aquí que yo estaba solo, uno entre muchos, individuo aislado en medio de una mancomunada multitud. Y estaba solo porque de entre todos los hombres, mis hermanos, que sabían, era yo el único que a la par sabía y enseñaba. Enseñaba en la puerta a los creyentes y me movía a enseñarles el poder que mora en el santuario. No me era posible eludirlo, porque en las profundas tinieblas del sacratísimo tabernáculo, contemplaba la luz de la interna vida y me veía impelido a revelarla y así me realizaba y fortalecía. Porque en verdad, aunque morí, fueron necesarios diez sacerdotes del templo para matarme, y aun así se figuraron ignorantemente que eran poderosos.

COMENTARIOS SOBRE “EL IDILIO DEL LOTO BLANCO” POR SUBHA RAO

Esta interesante obra, difundida ya considerablemente entre el público, es por otra parte instructiva en más de un concepto. En efecto, describe en forma verdaderamente justa las creencias y el sacerdocio egipcios, cuando en Egipto la religión declinaba y perdía su pureza, degenerando en un sistema de adoración tántrica, mancillada por una magia que se usaba sin ningún escrúpulo, con designios egoístas e inmorales.

Posible es también que la obra en que nos ocupamos sea una verdadera historia. *Sensa* representa el último hierofante de Egipto.

De igual modo que un árbol al morir deja caer la semilla que ha de producir a su tiempo un árbol análogo, así una gran religión parece haya de legar su vida y energía a uno o varios grandes adeptos, destinados a conservar su sabiduría y a reavivar sus creencias en tiempo más o menos lejano, cuando la evolución, siguiendo su curso, haya madurado el esperado fruto. La antigua y gran religión de *Chemi* está destinada a reaparecer en nuestro planeta cuando llegue su tiempo, en forma más elevada y noble; y no contradice a la razón el supuesto de que el *Sensa* de nuestra historia sea hoy un gran adepto que espera el momento propicio para cumplir las órdenes de la Señora del Loto Blanco. Pero, a más de esto, la obra de que tratamos enseña una lección altamente noble. Describe en forma alegórica las pruebas y dificultades de un neófito. No le es, por lo tanto, fácil al lector ordinario descorrer el velo de la alegoría y comprender las enseñanzas que contiene. Con el propósito de auxiliarle procederé a explicar los personajes que intervienen y los acontecimientos que ocurren en el libro que estudiamos.

1.- *Sensa*, héroe de esta historia, representa el alma humana. Es el Kutashtha Chitanyam o el germen Pragna en el que se conserva la individualidad humana. Corresponde al superior elemento permanente del quinto principio del hombre. Es el ego o el “Yo” de la existencia encarnada.

2.- *Sebua*, el jardinero, es la *intuición*. “Nunca harán de mí un fantasma”, declara Sebua. Por decirlo así, este rústico, poco sofista pero honrado, revela, en verdad, su propio misterio.

3.- Agmahd, Kamen-Baka y los otros nueve jearcas del templo, servidores de la tenebrosa deidad a quien honran, representan las entidades siguientes:

- | | | |
|------------------|----------|------------------------------------|
| 1. | Kâma | El Deseo. |
| 2. | Krodha | El Odio. |
| 3. | Lobha | La Avaricia. |
| 4. | Moha | La Ignorancia. |
| 5. | Mada | El Orgullo. |
| 6. | Matsarya | La Envidia. |
| 7, 8, 9, 10 y 11 | | Los cinco sentidos y sus placeres. |

Los personajes femeninos que figuran en la historia, son:

1. La sombría y misteriosa diosa a quien veneran los sacerdotes.
2. La joven que jugaba con Sensa.
3. La mujer a quien encuentra en la ciudad.
4. La Señora del Loto Blanco.

Señalaremos de paso que la 2 y la 3 son idénticas. Cuando habla de la linda mujer que encontró en la ciudad, Sensa dice que al mirar sus dulces ojos le parecía conocerla ya y que sus encantos le eran familiares. Resulta, pues, claro que tal personaje no es otro que la joven que corría con él en el templo.

Dicen los induístas que Prakriti posee tres cualidades: Satwa, Rajas y Tamas. La última de estas cualidades corresponde a los placeres y bajas pasiones del cuerpo físico. Rajaguna es la causa de la febril actividad de la mente; mientras que Satwaguna está íntimamente ligada a la inteligencia espiritual del hombre, a sus más elevadas y nobles aspiraciones. Maya aparece, por lo tanto, en la historia en tres formas distintas.

Vidya, la inteligencia espiritual, se encuentra personificada en la Señora del Loto Blanco. Es el Kwanyin y el Pragna de los escritores budistas. Encarna la luz o el aura del Logos, el cual es sabiduría y manantial de la corriente de vida consciente o Chaitanyam.

La joven número 2 representa la mente humana. Por esta mente, la inteligencia de Sensa se ve poco a poco conducida en presencia de la sombría diosa residente en el Tabernáculo y a la que adoran los sacerdotes.

La diosa sombría no es otra que Avidya, aspecto tenebroso de la naturaleza humana, que recibe vida y energía de las pasiones y deseos del

alma. El rayo de sabiduría que emana del Logos y que adquirió individualidad distinta en el proceso de diferenciación, puede transformarse más o menos completamente en esta verdadera Kali, si la voz del Logos se debilita por el mal karma del ser humano, si la voz de la intuición queda sin respuesta y cuando el hombre no vive con otra intención que la de satisfacer sus pasiones y deseos.

Recordando estas características, la significación de la historia resultará clara. No es mi intención hacer aquí un largo comentario sino indicar el significado de los más importantes incidentes.

Considerad a Sensa como un ser humano, que, después de vivir durante varias encarnaciones y tras considerable preparación y ejercicio espiritual, vuelve a la tierra y reencarna con el poder de la percepción en gran manera desenvuelto, pronto a convertirse en neófito desde los primeros años de su vida. Tan pronto como encarna en cuerpo físico, se relaciona con los cinco sentidos y las seis emociones antes enumeradas, que se aposentan en su ánimo.

El alma humana desde un principio queda al cuidado de la intuición, el honrado y sencillo jardinero del templo, hacia el que los sacerdotes parecen no sentir afecto ni respeto alguno. Cuando aún no ha perdido su prístina pureza, percibe un destello de su inteligencia espiritual, la Señora del Loto Blanco. Los sacerdotes, sin embargo, se hallan muy decididos a oponerse a la intuición y retiran al niño de las manos de su primer guía para introducirlo ante la sombría diosa de la pasión humana.

Desde el primer momento, la vista de esta divinidad es insoportable para el alma humana. El tránsito de la conciencia de la región espiritual a la física es demasiado brusco y prematuro para que tenga éxito. Los sacerdotes sufren una decepción en su primera tentativa y forjan nuevos planes para realizar otro esfuerzo con el mismo propósito.

Antes de pasar adelante, no puedo menos de llamar la atención del lector sobre la verdadera significación del estanque de los lotos que hay en el jardín. El Chakram de Sahasrava, localizado en el cerebro, se suele representar por un estanque de lotos en los libros místicos indios. La “suave sonoridad” de las aguas de dicho estanque es el amrita o néctar (*Véase Isis Sin Velo*). Padma, el Loto Blanco, tiene, según se dice, mil pétalos, tantos como el misterioso Sahasravam de los yoguis; el cual no es todavía más que un capullo en la generalidad de los mortales. Así como el loto se entreabre y despliega en todo su esplendor al beso del sol, así el Sahasravam del neófito se abre y extiende al influjo de la luz del Logos. Completamente abierto se convierte en

la morada gloriosa de la Señora del Loto Blanco, el sexto principio del hombre. Posada en esta flor, la diosa vierte a sus pies el río de vida y bendición para salud y regeneración del alma humana.

El Yoga Hata dice que el alma del hombre sumergida en *samadhi* activa el despliegue de esta flor de mil pétalos por medio de sushumna (el *dath* de los cabalistas) y alcanza así la visión del esplendor del sol espiritual.

En esta época de la vida de Sensa, un elemental en forma de un neófito del templo, procura atraerle fuera del cuerpo físico, en lo cual hay un peligro que amenaza a todo hombre que no haya alcanzado un grado de evolución lo bastante avanzado para que un adepto lo ampare, sobre todo si la percepción interna ha adquirido cierta amplitud. El Ángel Guardián de Sensa lo aparta del riesgo, en atención a su inocencia y pureza.

En el momento en que la actividad de la mente comienza a absorber la atención del niño, éste se aleja cada vez más de la Luz del Logos; su intuición no podrá manifestarse sin obstáculos; sus impulsos no se dejarán notar sino a través de otros estados de conciencia ocasionados por la sensación y el intelecto. Ante la imposibilidad de ver y hablar a Sensa, Sebua le envía secretamente su flor de loto favorita, por medio de uno de los neófitos del templo.

La actividad de la mente comienza por la sensación; acto seguido aparecen las emociones. La mente en formación del niño, se encuentra personificada en la joven doncella que con él juega. Cuando la mente empieza a funcionar, los placeres de la sensación no tardan en sembrar el camino del alma humana de violentas y terribles emociones. Sensa desciende de grado en el plano espiritual en el momento en que pierde de vista la sublime flor de loto y su gloriosa divinidad. “Tú estás destinado a vivir en medio de las flores campestres”, dice la muchacha, evitando de este modo un principio de inquietud. Tan sólo la belleza de la naturaleza atrae al principio la atención de Sensa; pero su inteligencia no tarda en conducirlo ante la diosa sombría del santuario. Avidia tiene su verdadera morada en la mente, y es imposible resistir a su influencia en tanto que no está dominada la actividad mental del hombre. Cuando el alma sufre la influencia de la diosa sombría, los jerarcas del templo se aprovechan de ello para utilizar sus fuerzas con fines egoístas. La diosa necesita 12 sacerdotes, entre los que se halla comprendido Sensa. No puede obrar deliberadamente antes de que las seis emociones y los cinco sentidos se hayan aliado con fuerza y ayuda mutua, como lo prueba la experiencia de cualquier hombre. Aislados, son débiles y se pueden vencer fácilmente; pero si se mancomunan, se convierten en una fuerza tal que el

alma se doblega a sus embates. La caída de Sensa es completa, pero no cae sin ser merecidamente reprendido por el jardinero y sin que antes le amoneste la Señora del Loto Blanco.

Sebua le dice a Sensa: “Viniste a trabajar, debías ser mi ayuda, mi obrero; mas todo ha cambiado ya. Ya no sirves para trabajar, sino para divertirte; no puedo considerarte más que cual se considera a un pequeño príncipe. ¡Cuan bien te han corrompido ya!. ¡Pobre niño!”. Estas palabras son significativas. No debe olvidarse, en efecto, que la última vez que fue al jardín, no le condujeron al estanque del Loto, sino a otro dimanante del primero.

Dado el cambio que en él se operó, Sensa no puede ya recibir directamente la Luz del Logos; no la puede reconocer más que por medio del quinto principio. Nada en el fluido astral y no en las aguas mágicas del estanque del loto. Sin embargo, ve a la Señora del Loto que le dice gravemente: “Dentro de poco me abandonarás; ¿Cómo podré ayudarte si me olvidas por completo?”.

Sensa entonces se convierte en un hombre mundano que sólo vive para los placeres de la vida física. Su mente desenvuelta se convierte en su compañero, y los sacerdotes del templo se aprovechan de tal cambio.

Antes de proseguir, debo llamar la atención del lector sobre la posibilidad de obtener de un niño un indicio cualquiera invocando ciertos elementos y otros poderes con la ayuda de ritos y ceremonias mágicas.

Cuando el alma cae bajo la influencia de Avidia, puede sucumbir a su influencia y ser reabsorbida por Tamaguna o Prakriti, o disipar su ignorancia a la luz de la sabiduría espiritual y escapar así a toda mala influencia. En la historia de Sensa llega el momento crítico en que su existencia se abandona a la diosa sombría de la pasión humana; esto ocurre en la fiesta de las barcas, en el río. Semejante caída, por fugaz que sea, no deja de ser el primer paso hacia la extinción final. En este momento crítico habrá de salvarse o perderse. La Señora del Loto Blanco interviene con una última tentativa para salvarlo y ve sus esfuerzos coronados por el éxito. En el fondo del Tabernáculo descubre a la diosa sombría; Sensa se da cuenta de su locura y aspira a libertarse del infamante yugo de los malditos sacerdotes. Su oración es escuchada, y confiándose a la protección de la resplandeciente diosa, se subleva contra la autoridad de los sacerdotes y atrae la atención del pueblo hacia la iniquidad de las autoridades del templo.

Importa decir aquí algunas palabras sobre lo que es realmente la muerte del alma y el destino fatal del mago negro, con el fin de fijar mejor en el ánimo del lector las enseñanzas del libro que nos ocupa.

El alma, como ya sabemos, es una gota desprendida del océano de la vida cósmica. Esta corriente de vida cósmica no es otra cosa que la luz del aura del Logos. A más del Logos existen innumerables existencias espirituales o astrales que comparten esta vida y viven en ella. Estos seres tienen afinidades especiales para ciertas emociones del alma humana y para ciertas características de la mente del hombre. Gozan naturalmente de existencia propia, que termina con el Manvántara. De tres modos puede el alma perder su individualidad. Separada del Logos, su fuente, puede no adquirir una individualidad lo suficiente fuerte y caracterizada, y en el curso de la evolución, ser reabsorbida por la corriente de la Vida Universal. Esto es en verdad la muerte del alma. Aun puede, sin embargo, ponerse en relación con un elemental o con un ser espiritual invocándolo o concentrando sobre él su atención con propósito de servirse de él para la magia negra y el culto tántrico; y en tal caso, transfiere su individualidad a uno de estos seres, que se apodera de ella; o bien vive como mago negro en el cuerpo del elemental hasta el fin del Manvántara. La suerte de Banasena corresponde precisamente a este caso. Se dice que después de esto se convierte en Mahakala, uno de los espíritus más poderosos de Pranadhagana; lo que en otros términos quiere decir que adquiere la inmortalidad en el mal, que no es la inmortalidad del Logos sino que sólo dura hasta el fin del Manvántara (*Véase Bhagavad Guíta, Estancia 8a.*). El barco de Isis descrito de intento en la obra, da idea de la naturaleza de esta absorción y de la subsiguiente preservación de la individualidad del mago.

Cuando es el Logos el centro de absorción, el hombre alcanza el mukti o nirvana y se unifica con el eterno Logos, sin que reencarnación alguna le sea necesaria.

La última parte del libro describe la lucha final del alma contra sus inveterados enemigos y su final liberación de la aborrecible tiranía de Pralcriti.

La declaración y el consejo dado a Sensa por la Señora del Loto Blanco en el Tabernáculo señalan el importante punto de conversión en la vida del héroe. Ha percibido la luz de la Sabiduría Divina y se esfuerza en aproximarse al campo de su influencia. Esta luz del Logos representada en la obra por la diosa de la flor sagrada de Egipto, es el lazo que mantiene la cadena de la evolución espiritual por medio de la larga sucesión de los eminentes hierofantes de Egipto, cadena que se extiende hasta los grandes adeptos del

mundo, quienes reciben del mismo y único manantial su influjo de vida espiritual; es el Señor que vela sobre la sucesión apostólica o guruparampara, como la llaman los indos. Esta luz espiritual se transmite de Gurú a discípulo en la verdadera iniciación. Lo que se llama “la transferencia de la vida” no es otra cosa que la comunicación de esta luz. También y aun mejor puede decirse que es el Espíritu Santo del Señor el velo o cuerpo del Logos, cuya carne y sangre son el fundamento de la comunión. Todas las fraternidades de adeptos se encuentran unidas por esta comunión; y ni el tiempo ni el espacio las pueden separar. Aunque hubiere una separación aparente en el plano físico, el neófito que obedeciese a la ley sagrada y aspirase a una vida superior, jamás quedaría abandonado sin apoyo ni consejo, por más que el último gurú hubiese muerto millares de años antes de nacer el neófito. Cada Buda, en el momento de su última iniciación, encuentra a todos los grandes adeptos que cual él llegaron a Budas en los lejanos períodos que precedieron a nuestra época; y asimismo, todo adepto tiene un lazo de unión que lo religa a todos los demás, y forma así una fraternidad sencillamente organizada. No existe sino un medio posible y eficaz de penetrar en una fraternidad semejante y participar de la santa comunión: someterse a la influencia de la luz que irradia del único Logos. Aunque no quiero aventurarme en pormenores, advertiré que semejante comunión sólo es posible entre personas cuyas almas reciben vida y subsistencia del mismo rayo divino. Siete rayos diferentes irradian del Sol central espiritual; todos los adeptos y dhyanchuanes se dividen en siete clases, cada una de ellas guiada, gobernada y protegida por una de las siete formas de manifestación de la Sabiduría Divina.

Precisa para este asunto llamar la atención del lector sobre otra ley general que regulariza la circulación de la vida y energía espiritual por medio de los adeptos pertenecientes a la misma fraternidad. Puede concebirse cada adepto, como una especie de fuerza eléctrica espiritual, y la transmisión de uno a otro centro como un fenómeno análogo al producido por la inducción eléctrica. Hay tendencia al equilibrio entre las diversas sumas de energía adquiridas en los diferentes centros. La cantidad de fluido neutro existente en cualquier centro, depende del karma del hombre, de la pureza y de la santidad de su vida. Puesto en actividad, cuando el hombre encuentra su Gurú o Iniciador, el fluido se hace dinámico, con tendencia a transportarse hacia los centros débiles. Dícese, a veces, que en el momento de la última iniciación, el hierofante o el “recién nacido”, el más digno de ambos, ha de sucumbir (*Véase Theosophist. Noviembre 1882, página 34*). Sea cual fuere la naturaleza de esta muerte misteriosa es efecto de la ley que acabamos de

mencionar. Veremos después cómo el recién iniciado, si carece de energía espiritual, se vigoriza al participar de la santa comunión. Para alcanzar este honor, le es preciso permanecer en la tierra y usar de su poder en bien de la humanidad hasta que llegue la hora de la liberación final, en armonía con la ley del karma. La debilidad primitiva del neófito es consecuencia de sus defectos kármicos, que requieren un período más largo de encarnación terrestre. Habrá de cumplir este período combatiendo por la causa del progreso humano, para lograr la distinción mencionada. Además, el buen karma que acumule en este período fortalecerá su alma, y cuando al fin ingrese en las filas de la sagrada Fraternidad, aportará consigo un capital espiritual tan grande cual el que otros aportaron, para ayudar a esta fraternidad en su altísimo y abnegado cometido.

Si estas indicaciones se han comprendido bien, los incidentes descritos en los cinco últimos capítulos de la obra se interpretarán con relativa facilidad.

Cuando Sensa alcanza el poder de percepción espiritual por medio de su Ángel Guardián, cuando comienza a actualizarlo voluntariamente y con conocimiento de causa, no halla ocasión de depositar toda su confianza en la vacilante chispa de la intuición. “Es preciso que ahora te aísles”, le dice el jardinero, dándole la flor favorita cuyo significado comprende completamente. Alcanzada la región de la clarividencia espiritual, Sensa ve a los hierofantes que le precedieron, en cuya fraternidad es admitido desde aquel momento. El Gurú está pronto siempre que lo está el discípulo. La iniciación que precede a la lucha final por la liberación de las ligaduras de la materia está donosamente descrita. El Chohan superior le revela los secretos de la ciencia oculta, mientras que otro adepto de la Fraternidad le enseña el fundamento y naturaleza real de la personalidad. Su predecesor inmediato viene después y le revela el misterio del Logos.

“El Velo de Isis se descorre”. La Luz del Logos penetra en su alma y pasa por el “bautismo del Fuego Divino”. Escucha los últimos consejos de su Reina y comprende el deber que le incumbe.

Su predecesor, de alma “pura y sin tacha”, recibe la orden de infundirle parte de su fuerza espiritual y de su energía. Se le enseñan las tres grandes verdades en que descansa toda religión, por más que se encuentren desfiguradas por la ignorancia, la superstición y los prejuicios, para que las proclame en el mundo. Inútil es explicar aquí tales verdades: la mención que se hace de ellas en la obra es más que suficiente. Así fortificado e instruido Sensa, se prepara para la lucha final. Durante el período preparatorio, las pasiones del hombre físico están dormidas, y Sensa queda abandonado a sí

mismo. Se aproxima el momento de la batalla decisiva, en la que es preciso vencer. Empieza Sensa una más alta vida espiritual como predicador y guía de los hombres, conducido por la luz de la sabiduría que inunda su alma; mas no puede seguir su tarea largo tiempo sin que haya vencido por completo a sus enemigos. No tarda mucho el momento de la última lucha, de la última iniciación. La naturaleza de esta última iniciación es poco comprendida. A veces se habla de ella vagamente, como de una terrible ceremonia, por la que el iniciado ha de pasar antes de que se convierta en verdadero Adepto. Por otra parte, se califica de “Bautismo de Sangre”. Tales conceptos no precisan, sin embargo, en modo alguno, la naturaleza del resultado que el neófito ha de conseguir ni las dificultades que debe vencer ni los obstáculos que ha de superar.

Conviene darse cuenta de la naturaleza del cambio físico que ha de efectuarse en la iniciación si se quiere comprender su misterio. Según la clasificación vedantina ordinaria, hay cuatro estados de conciencia: *Viswa*, *Tyjasa*, *Pragna* y *Turya*, que en lenguaje corriente podrían traducirse por: objetiva, clarividente, estática y ultraestática. Los centros de los *upadhis* relativos a estos estados son: el cuerpo físico, el cuerpo astral, la Mónada y el Logos. El alma es la Mónada, el punto neutro de la conciencia, el germen de Pragna; si se encuentra completamente aislada, no obtendrá experiencia alguna. Su condición física es la que los indos llaman sushupti, esto es, estado de sueño sin ensueños. Pero se encuentra bajo la influencia de los cuerpos físico y astral, del sexto y del séptimo principios. Cuando la atracción del primero prevalece sobre las demás, *Jiva* se convierte en *Boddha* y el alma es presa de todas las pasiones de que es capaz el ser encarnado. Estas pasiones se debilitan cuanto más nos aproximamos al punto neutro; pero en tanto que la barrera neutra no se franquea, se deja sentir dicha atracción. Si, por el contrario, se transpone esta barrera, se halla el alma bajo la inspección e influencia del otro polo: el Logos; y el hombre se liberta de sus ligaduras materiales; en otros términos, se convierte en adepto. La lucha entre estas dos fuerzas de atracción tiene por campo la barrera neutra; pero durante la lucha, la persona en cuyo interés se sostiene, hállase en estado apacible e inconsciente, casi en la imposibilidad de ayudar a sus amigos ni luchar contra sus enemigos, no obstante y ser para ella punto de vida o muerte el resultado de la batalla. En esto consiste la última prueba soportada por Sensa y la descripción que de ella hace la obra se esclarece desde luego, a la luz de nuestras explicaciones. Fácil es ver que el resultado de la batalla depende de la energía latente del alma, de su preparación posterior y de su karma pasado.

Pero nuestro héroe sufre la prueba con buen éxito; sus enemigos quedan por completo derrotados. No obstante, Sensa muere en la batalla.

¿No es extraño ver la **personalidad** de Sensa caer en el campo de batalla en el preciso momento de la victoria?. Es por su parte el último sacrificio; y su madre, Prakriti, la madre de la personalidad, llora su muerte; pero se regocija al pensar en la resurrección del alma de su hijo. En efecto, no tarda esta resurrección; el alma entreabre la tumba bajo el impulso vivificante de su inteligencia espiritual y va a esparcir sus bendiciones sobre la humanidad y a contribuir al desenvolvimiento espiritual de sus hermanos menores. Aquí acaba la tragedia del alma. Lo que sigue no tiene otro objeto que el de dar a la narración un final adecuado a su aspecto casi histórico.

EL IDILIO DEL LOTO BLANCO

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I

Antes de que me apuntara el bozo y cubriera mi mentón un suave vello, entré en el templo para comenzar mi noviciado en el orden sacerdotal.

Mis padres eran pastores que residían fuera de la ciudad, en cuyo recinto sólo había estado yo una vez hasta el día en que mi madre me llevó a las puertas del templo. Era día festivo, y mi madre, mujer sobria y hacendosa, realizó así los dos propósitos de su viaje. Me llevó a mi destino, y marchóse después a solazarse un poco con las vistas y espectáculos de la ciudad.

El gentío y el estrépito de las calles me sojuzgaban el ánimo, pues creo que mi naturaleza se esforzaba de continuo en someterse a la masa total de que era tan pequeña parte, y por someterse extraer de ella el sustento de la vida.

Pero pronto nos apartamos de la bulliciosa muchedumbre y salimos a una anchurosa y verdeciente planicie por cuyo ulterior extremo fluía nuestro sagrado y querido río. ¡Cuan sinceramente contemplé aquella tranquila escena!. En las márgenes de la corriente vi las esculturadas techumbres y los relucientes adornos del templo con sus aledaños edificios que brillaban en el claro ambiente matutino. No tenía miedo porque nada esperaba en definitiva; pero mucha era mi cavilación sobre si puertas adentro sería la vida tan hermosa como yo me figuraba que había de ser.

Estaba en la puerta un novicio vestido de negro, hablando con una mujer de la ciudad, que llevaba varias vasijas llenas de agua y pedía anhelosamente que un sacerdote las bendijese, pues así tendría para vender una valiosa carga que pagaría muy cara el supersticioso populacho.

Mientras esperábamos que nos llegase el turno del locutorio, atisé por la puerta y vi un espectáculo que me infundió pavor y este pavor persistió durante mucho tiempo, aun después de haber entrado en casi continua familiaridad con el personaje que de tal manera me impresionaba.

Era uno de los sacerdotes de hábitos blancos que por la amplia avenida avanzaba pausadamente hacia la puerta. Hasta entonces no había yo visto a

ninguno de aquellos sacerdotes de blancas vestiduras, excepto en la única ocasión de mi anterior visita a la ciudad, cuando vi algunos en el bote sagrado, en medio de una procesión fluvial.

Pero ahora, aquella figura estaba cerca de mí, se me aproximaba. Contuve la respiración. Tranquilo estaba en verdad el aire; pero según el sacerdote andaba bajo la umbrosidad de la avenida, parecía como si ninguna brisa terrena pudiera agitar aquellas majestuosas vestiduras blancas. Sus pasos tenían el mismo carácter de ecuanimidad, y apenas parecía que anduviese como andan arrogantemente otros mortales. Iba mirando al suelo, de suerte que no podía yo verle los ojos, y en verdad me daba miedo que se levantasen aquellos caídos párpados. Era de hermosa complexión y su cabello de oscuro color dorado. La barba, larga y poblada, pero con la misma inmovilidad, como si estuviese esculpida, sin poder imaginarme verla agitada, pues parecía tallada en oro y eternamente fija. Todo él me impresionaba como si fuese un ser completamente apartado de la ordinaria vida humana.

El novicio miró alrededor, y al verme atisbar tan anhelosamente coligió lo que sucedía, pues las pisadas del sacerdote no levantaban rumor alguno que llegase a mis oídos.

- ¡ Ah! - exclamó el novicio - he aquí el santo sacerdote Agmahd. Voy a interrogarle.

Cerró la puerta tras él, retrocedió, y le vimos hablar con el sacerdote, quien meneaba ligeramente la cabeza.

Volvió el novicio, y tomando de manos de la mujer las vasijas de agua, las llevó al sacerdote, quien durante un segundo impuso las manos sobre ellas.

La mujer recibió las vasijas con profusas muestras de agradecimiento, y después nos llamaron para tratar de nuestro asunto.

No tardé en quedarme solo con el novicio de negra túnica. No estaba yo triste aunque sí muy temeroso. Nunca me había gustado gran cosa mi antigua ocupación de guardar las ovejas de mi padre, y naturalmente me poseía ya de lleno la idea de que estaba a punto de ser algo diferente de la ordinaria grey humana. Esta idea conducirá a la pobre naturaleza humana a través de rigurosas pruebas, incluso la de dejar para siempre el propio hogar y emprender al fin un nuevo e inhollado sendero de vida.

Giró la puerta tras de mí, y el novicio de negra vestimenta cerróla con una gruesa llave pendiente de su cinturón. Pero el cierre de la puerta no me produjo impresión de encarcelamiento, sino tan sólo el sentido de reclusión y separación. ¿Quién pudiera asociar la idea de encarcelamiento con una escena tal como la que a mi vista se ofrecía?.

Las puertas del templo estaban frente a la portalada, en el extremo de una amplia y hermosa avenida, no como las de ordinario formadas por árboles plantados en el suelo, que medran lozanamente a su natural empuje, sino constituida por grandes cubos de piedra en que estaban plantados enormes arbustos, evidentemente dispuestos adrede por cuidadosísimo recorte y poda en la extraña configuración que ostentaban. Entre uno y otro arbusto había un bloque cuadrado de piedra con una figura esculpida, y vi que las más cercanas a la portalada eran esfinges y corpulentos animales con cabeza humana; pero una vez vistas, ya no me atreví a levantar los ojos para volver curiosamente a mirarlas, pues noté que con sus andares de vaivén se nos acercaba de nuevo el barbadorado sacerdote Agmahd.

Iba yo junto a mi guía con los ojos fijos en el suelo. Cuando él se detuvo, también yo me detuve, y notó que yo miraba la orla de la blanca vestimenta del sacerdote, primorosamente bordada con áureos caracteres, lo bastante extraños para llamar mi atención y llenarme de asombro por un rato.

Oí que una tranquila y suave voz decía:

- ¡Un nuevo novicio!. Bien; llévalo a la escuela. Es aún muy joven. ¡Levanta la vista, muchacho!. No temas.

Animado por estas palabras, alcé los ojos que tropezaron con la mirada del sacerdote. A pesar de mi turbación, vi que el color de sus ojos cambiaba de azul en gris; y aunque de matices suaves, no me estimularon cual su voz. Eran en verdad serenos y denotaban plenitud de conocimiento, pero sin saber por qué me hacían temblar de miedo.

Nos despidió con un ademán y prosiguió su invariable paseo por la anchurosa avenida, mientras que yo, más propenso a temblar que hasta entonces estuve, seguí sin desplegar los labios a mi silencioso guía.

Entramos por la puerta central del templo cuyo marco formaban enormes bloques de piedra basta. Creo que después de la inquisitiva mirada del santo sacerdote debió de sobrevenirme un acceso de algo muy parecido al miedo, porque miré aquellos bloques de piedra con un vago sentimiento de terror.

Ya dentro vi que de la puerta central arrancaba un pasadizo en línea recta con la avenida a través del edificio. Pero no era aquel nuestro camino. Torcimos a un lado y entramos en una red de estrechos corredores, pasando por algunos aposentos vacíos, hasta que al fin llegamos a una vasta y hermosa estancia. La llamo hermosa aunque estaba del todo desmantelada y sin otros muebles que una mesa en uno de los ángulos. Pero eran tan grandes sus dimensiones y tan elegante su fábrica, que mi vista, aunque no acostumbrada a

discernir las bellezas arquitectónicas, quedó extrañamente impresionada por un sentimiento de satisfacción.

A la mesa del rincón estaban sentados otros dos jóvenes, y por más que no pude ver bien si escribían o dibujaban, comprendí que estaban muy atareados y me extrañó que apenas levantaran la cabeza para observar nuestra entrada. Pero al adelantarnos noté que detrás de uno de los voluminosos resaltos de piedra de la pared estaba sentado un anciano sacerdote de blanca vestimenta, con la vista fija en un libro que tenía sobre las rodillas.

No advirtió nuestra presencia hasta que mi guía se inclinó reverentemente ante él, quien dijo mirándome con sus oscuros y cegajosos ojos:

- ¿Otro alumno?. ¿Qué sabe hacer?.

Mi guía, hablando de mí despectivamente, respondió:

- Me parece que no gran cosa. No ha sido más que zagal.

El anciano sacerdote repuso:

- Un zagal no ha de servir aquí para nada. Mejor tarea tendría en el huerto.

Y volviéndose a mí, me preguntó:

- ¿Aprendiste a dibujar o a escribir?.

Me habían enseñado ambas cosas hasta el mayor punto posible, pero rara vez se deparaba ocasión de practicarlas, excepto en las escuelas sacerdotales, y entre las clases cultas aparte del sacerdocio.

El viejo sacerdote me miró las manos, y volviéndose a su libro dijo:

- Ha de aprender durante algún tiempo; pero yo no puedo enseñarle porque tengo demasiado trabajo y necesitaría quien me ayudase. Con estas sagradas escrituras que ahora he de terminar, no puedo detenerme a enseñar al ignorante. Llévatelo al huerto, al menos por un rato, y luego veremos lo que de él se hace.

Despidióse mi guía y encaminóse hacia fuera de la estancia. Yo le seguí echando a mí alrededor la última mirada al hermoso aspecto de aquel local.

Seguí al novicio por un muy largo, frío y oscuro pasadizo en cuyo extremo había una talanquera o Rastrillo en vez de puerta donde mi guía tocó una sonora campana.

Esperamos en silencio después del toque, pero no vino nadie, y mi guía volvió a llamar. Yo no tenía prisa alguna. Con el rostro pegado a las barras del rastrillo, preveía un mundo tan mágico, que pensaba en mis adentros: “No me sabría mal que el sacerdote de los ojos cegajosos tardara todavía mucho rato en querer sacarme del huerto”.

El viaje desde nuestra casa a la ciudad había sido muy caluroso y polvoriento; y mis pies, habituados al campo, se habían fatigado muchísimo al andar por las pavimentadas calles. Como al entrar en el templo, sólo había pasado por la amplia avenida donde todo me infundió profundo pavor, apenas me atreví a mirarlo. Pero el huerto era un mundo de delicado y refrigerante esplendor. Nunca había visto otro igual, con tanto y tan intenso verdor, con el murmurante son del agua que, a disposición y servicio del hombre, refrescaba en medio del abrasante calor de que provenía la magnificencia aromática y el vigoroso desenvolvimiento de las formas vegetales.

Al tercer toque de campana vi que de entre el exuberante follaje verde se adelantaba una figura vestida de negro. ¡Cuan extrañamente desentonaba en aquel paraje la negra vestimenta!. Yo pensé, poseído de consternación, que también debía ponerme aquella vestidura de allí a poco, y vagar por entre las voluptuosas bellezas de aquel mágico lugar como un ser descarriado de una tenebrosa esfera.

La figura avanzaba rozando con su burda túnica el delicado follaje. Miré con interés súbitamente despertado, el rostro del hombre que se acercaba y a cuyo cuidado me parecía que me iban a confiar. Y bien podía mirarlo, porque era un rostro capaz de despertar interés en todo pecho humano.

CAPÍTULO II

El recién llegado, mirando a través del rastrillo, preguntó quejicoso:

- ¿Qué hay?. Esta mañana mandé frutas a la cocina para guardar y hoy no puedo darte más flores. Todas las que he de coger se necesitarán para la procesión de mañana.

Mi guía, deseoso al parecer de adoptar un tono altivo, respondió:

- No necesito tus frutas ni tus flores. Te traigo un nuevo alumno. Eso es todo.

El otro abrió el rastrillo, me hizo seña de que pasara, y cerrándolo tras mí, se encaminó hacia abajo sin añadir palabra por el largo pasadizo que tan oscuro parecía mirado desde el jardín.

- ¡Un nuevo alumno para mí!. ¿Y qué voy yo a enseñarte, hijo del campo?.

Miré en silencio al extraño personaje, porque ¿Cómo podía yo decirle lo que me había de enseñar?.

El prosiguió diciendo:

- ¿Has de aprender los misterios del crecimiento de las plantas o los misterios del crecimiento del pecado y de la falacia?. Vaya, muchacho, no me mires de ese modo, sino medita mis palabras y no tardarás en comprenderlas. Ahora, ven conmigo sin temor.

Me tomó de la mano y por bajo las plantas de alto follaje me condujo hacia donde resonaba el agua. ¡Cuan deleitoso le pareció a mi oído aquel suave y claro ritmo musical!.

El hombre me dijo:

- Esta es la casa de Nuestra Señora la Flor del Loto. Siéntate aquí y contempla su belleza mientras yo trabajo; pues tengo mucho que hacer en lo que tú no puedes ayudarme.

Sin replicar me senté en la verde hierba y miré con asombro, extrañeza y pavor.

Aquella agua delicadamente rumorosa vivía tan sólo para alimentar a la reina de las flores. Yo me dije, tú **LOTO BLANCO**, eres en verdad la Reina de todas las flores imaginables.

Y mientras contemplaba ensoñadoramente con juvenil entusiasmo aquella blanca flor que con su tierno corazón espolvoreado de oro se me

figuraba el verdadero emblema del puro y romántico amor, parecía al contemplarla como si mudando de forma se explayara y se irguiese hacia mí.

Y he aquí que una hermosa mujer de cabellos como polvo de oro bebía en la mansa corriente de rumorosas aguas con cuyas gotas refrigeraba sus labios. Sorprendido la miré y quise dirigirme hacia ella; pero antes de intentar el esfuerzo, perdí el conocimiento y supongo que me desmayé, porque al volver en mí estaba tendido sobre la hierba, con la sensación del agua fría en el rostro, y al abrir los ojos vi inclinado sobre mí al hortelano de extraña faz y negra vestimenta. Me preguntó con cejijunta perplejidad:

- ¿Te sofocó el demasiado calor?. Pareces muchacho lo bastante robusto para no desmayarte de calor, y más en paraje tan fresco como este.

Al incorporarme apoyado en el codo y echar tina mirada al macizo de lirios, mi única respuesta fue:

- ¿En dónde está ella?.

Transmutóse el rostro del jardinero tomando un aspecto de dulzura que jamás hubiera yo creído posible en un semblante de tan natural fealdad, y exclamó:

- ¡Qué!. ¿La viste?. Pero no; ligereza mía suponerlo. ¿Qué viste, muchacho?. No vaciles en decírmelo.

La dulzura de su expresión contribuyó a que se normalizaran mis extraviados y confusos sentidos. Le dije lo que había visto, y según iba hablando, miraba yo hacia el macizo de los lirios, con la esperanza de que la hermosa mujer volviese a apagar su sed en el arroyo.

La actitud de mi extraño instructor cambiaba a medida que yo seguía hablando. Cuando cesé de describir a la hermosa mujer con el entusiasmo de un muchacho que sólo había visto a las de su oscura raza, cayó de hinojos ante mí, exclamando con voz de profunda excitación:

- ¡La has visto!. ¡Salve!. Porque estás destinado a ser maestro entre nosotros; el auxilio de las gentes. ¡Eres vidente!.

Desconcertado por sus palabras, le miré en silencio. Al cabo de un momento sentíme invadido de terror, pues me pareció que se había vuelto loco. Miré a mí alrededor, dudando de si podría volver al templo y huir. Pero mientras reflexionaba en mi interior sobre si a tal me aventuraría, incorporóse él y mirándome sonriente con aquella dulzura que parecía disimular y encubrir la fealdad de sus características facciones, me dijo:

- Ven conmigo.

Me levanté y le seguí. Atravesamos el jardín, tan lleno de atractivos para mi vista, que me demoraba tras sus pasos. ¡Ah!. ¡Cuan suaves flores!.

¡Qué hermosas púrpuras!. ¡Qué intenso carmesí!. Difícil me fue no detenerme a aspirar el aroma de cada hermosa flor, aunque todas, tras la reciente adoración de su belleza, me parecían reflejo de la suprema exquisitez de la flor del loto blanco.

Nos dirigimos hacia una puerta del templo que no era la misma por donde habíamos pasado al jardín. Al acercarnos, salían dos sacerdotes vestidos con blancas túnicas iguales a las del barbiáureo sacerdote Agmahd. Eran estos sacerdotes de tez oscura, y aunque andaban con análoga majestuosidad y equilibrio, como si en verdad fuesen los más adelantados de la tierra, carecían a mis ojos de algo que el sacerdote Agmahd poseía, de una cierta perfección de calma y seguridad. Muy luego vi que eran más jóvenes que él y acaso en esto consintiese la diferencia.

Mi instructor de atezada faz los apartó a un lado, dejándome quieto en la placentera sombra del arqueado pórtico. Se puso a hablar con ellos, denotando viva excitación, aunque con notoria reverencia, y ellos escuchaban con ardiente interés, mirándome de cuando en cuando.

Muy luego se me acercaron y el de la túnica negra volvióse andando sobre la hierba, por donde habíamos venido. Los sacerdotes de blancas vestiduras se adelantaron cuchicheando bajo el pórtico, y al llegar junto a mí hicieron ademán de que los siguiese, y los seguí por fríos corredores de alta techumbre que yo miraba con aire de indiferencia según era mi necia costumbre por doquiera que pasaba, mientras que ellos me precedían cuchicheando y me lanzaban de cuando en cuando miradas cuyo significado no acertaba a comprender.

A poco se desviaron de los corredores y entraron en un vasto aposento parecido al en que había yo visto al anciano sacerdote instruyendo a los copistas. Este otro aposento estaba dividido por una cortina bordada que en majestuosos pliegues caía desde el alto techo hasta el suelo donde se asentaba rígidamente a causa de la espesura de sus áureos bordados.

Adelantóse uno de los sacerdotes y levantando algún tanto el extremo lateral de la cortina, oí que decía:

- ¿Se puede pasar, señor mío?.

De nuevo me sobrecogió un ligero temblor. No me habían mirado desfavorablemente, y sin embargo, ¿Podía yo decir qué género de prueba me aguardaba?. Temeroso miraba yo la preciosa cortina, pensando en quién estaría tras ella.

No tuve mucho tiempo para temer o temblar sobre lo que yo no sabía qué, pues a poco salió el sacerdote que había entrado, y vi que le acompañaba

el barbiáureo sacerdote Agmahd, quien no se dirigió a mí, sino que dijo a los otros:

- Esperad aquí con él mientras yo voy a ver a mi hermano Kamen Baka. Dicho esto, nos dejó en el pétreo aposento.

Triplicáronse entonces mis temores, a los que no hubiese cedido si el majestuoso sacerdote con benevolencia me mirara; pero a la sazón me veía invadido de vagos recelos por lo que me pudiera suceder, y también estaba debilitado a consecuencia del síncope que tan recientemente había sufrido. Temblando me dejé caer en un banco de piedra que circunvalaba las paredes, mientras los dos sacerdotes de negra cabellera proseguían conversando.

Creo que la incertidumbre hubiera provocado muy luego otro desfallecimiento; pero de pronto se me volvieron a despertar las dudas y posibilidades de mi situación por la entrada de Agmahd acompañado de otro sacerdote de nobilísimo continente, hermosa tez y no menos hermosa cabellera, aunque no tanto como las de Agmahd, con quien compartía la majestuosa inmovilidad de aspecto que tan profundo pavor me inspiraba, y sus negros ojos irradiaban la benevolencia que aún no había yo visto en el semblante de ningún sacerdote. Se me alivió el temor al recibir su mirada.

- Este es - dijo Agmahd con su fría voz musical.

Yo pensaba con extrañeza: ¿Por qué hablarán de mí de ese modo?. Yo no era más que un novicio puesto ya en manos de su maestro.

Kamen Baka exclamó:

- Hermanos: ¿No sería mejor vestirlo con la blanca ropa del vidente?. Llévalo a los baños, bañadlo y ungidlo. Después, yo y mi hermano Agmahd lo vestiremos de blanco, y le dejaremos descansar mientras informamos al colegio de sumos sacerdotes. Traedlo aquí luego de bañado.

Los dos sacerdotes jóvenes me sacaron del aposento, y entonces comprendí que pertenecían a un grado inferior del sacerdocio, pues mirándolos más atentamente observé que sus túnicas carecían de las hermosas bordaduras de oro, y estaban orladas con primorosos pespuntes y bordillos negros.

¡Cuan delicioso fue, después de mi cansancio, el perfumado baño a que me condujeron!. Suavemente tranquilizó mi ánimo. Al salir del baño me ungieron con un delicado y aromático aceite, cubriéndome después con una sábana de lino, y me trajeron una refacción de frutas, tortas oleaginosas y una fragante bebida que dióme a la par vigor y aliento. Seguidamente me volvieron al aposento en donde me esperaban los dos sacerdotes.

Allí estaban con otro también de categoría inferior, cuyas manos sostenían una vestidura de fino y blanquísimo lienzo, que los dos sacerdotes le tomaron y con ella me vistieron, a medida que de la sábana me despojaba el tercero.

Luego de vestido me impusieron las manos en la cabeza mientras que el otro permanecía arrodillado en el mismo sitio en donde se hallaba.

No comprendía yo lo que nada de aquello significaba, y de nuevo me alarmé; pero la refacción había contribuido muchísimo a sosegar mi ánimo, y cuando se me llevaron de allí los dos sacerdotes de categoría inferior con quienes ya estaba algún tanto familiarizado, recobré alientos y fueron ya más ligeros mis pasos.

Me condujeron a una pequeña estancia cuyo único mueble era un largo y bajo diván cubierto con una sábana de hilo; y verdaderamente sentí que mi vista y mi cerebro podían holgar por un rato, pues ¡Mucho era lo que ya habían percibido desde que por la mañana entré en el templo!. ¡Cuan largo me parecía el tiempo transcurrido desde que a la puerta me solté de la mano de mi madre!.

Uno de los sacerdotes me dijo:

- Descansa tranquilo y duerme a pierna suelta, porque te despertarán a primera hora de la madrugada.

Y así me dejaron.

CAPÍTULO III

Tendíme en el lecho, lo bastante blando para que favorablemente lo recibieran mis fatigados miembros y no tardé en quedar sepultado en profundo sueño, a pesar de la extrañeza del ambiente.

La salud y confianza propias de la adolescencia me capacitaron para olvidar la novedad de mi situación en la temporánea molicie del completo descanso.

No mucho tiempo después, volví a aquella celda para contemplar el lecho y admirarme del sitio a donde había huido la paz de ánimo de que gocé en mi inocente infancia.

Al despertar era todavía noche cerrada, y me incorporé de pronto sentado en el diván, pues la conciencia me señalaba en el aposento una forma humana.

Perturbados mis sentidos por el brusco despertar, creí que estaba en mi casa, y que mi madre vigilaba calladamente a mi lado. Así grité:

- ¡Madre!. ¿Qué ocurre?. ¿Qué haces aquí?. ¿Estás enferma?. ¿Se descarriaron las ovejas?.

Nadie respondió de momento y mi corazón palpité rápidamente al notar en medio de la profunda obscuridad que no estaba en mi casa sino en un nuevo sitio, y desconocía quién pudiera vigilar tan silenciosamente en mi aposento. Por vez primera añoré mi pequeña alcoba doméstica y el acento de la voz maternal. Y aunque yo me creía muchacho valeroso incapaz de ceder a femeniles debilidades, me eché de nuevo en el diván y rompí en recio llanto.

- Traed luces, que está despierto - dijo una voz reposada.

Oí ruidos y en seguida una penetrante fragancia hirió mi olfato. Inmediatamente después aparecieron en la puerta dos jóvenes novicios con lámparas de plata que inundaron de súbita y viva luz el aposento.

Lo que entonces vi me asombró de tal modo que cesé de llorar y disipó mi nostalgia. Estaba la celda completamente llena de sacerdotes vestidos de blanco e inmóviles sobre sus pies. No era extraño que me hubiese sobrecogido la sensación de que alguien estaba en el aposento, pues me veía rodeado de un silencioso y estatuario concurso de hombres con los ojos fijos en el suelo y las manos cruzadas sobre el pecho.

De nuevo me hundí en el diván tapándome la cara, pues las luces y el tropel de rostros me abrumaban, con renovadas ganas de llorar que me daba aquella confusión de ideas una vez repuesto de mi asombro.

Aumentaba la penetrante intensidad de la fragancia de modo que el aposento parecía estar lleno de abrasado incienso; y al abrir los ojos vi a cada lado mío un joven sacerdote con la naveta en la mano.

Según he dicho, la estancia estaba llena de sacerdotes, pero cerca de mi lecho había un interno círculo de ellos, cuyos rostros me infundieron pavor. Allí estaban Agmahd y Kamen, y los demás también participaban de la extraña inmovilidad de expresión que tan hondamente me había impresionado. Miré uno tras otro todos aquellos semblantes y tembloroso me tapé los ojos, pues me parecía estar cercado por infranqueable barrera, como preso de aquellos hombres que me rodeaban, con algo infinitamente más impracticable que los muros de piedra. Por fin se rompió el silencio y dijo Agmahd:

- Levántate, muchacho, y ven con nosotros.

Me levanté obediente, aunque a la verdad hubiese preferido quedarme solo en mi obscuro aposento que seguir a tan extraño y silencioso concurso. Pero al tropezar con los fríos e impenetrables ojos de Agmahd clavados en mí, no tuve otra opción que la silenciosa obediencia. Levánteme y al andar me vi rodeado del círculo interno de sacerdotes, que iban delante, detrás y a mi lado, mientras que los otros seguían ordenadamente fuera del círculo.

Pasamos por un largo corredor hasta llegar a la puerta principal del templo, abierta de par en par, y me sentí consolado como por la presencia de un antiguo amigo al vislumbrar momentáneamente la estrellada bóveda del firmamento.

Nos detuvimos al transponer la puerta principal que algunos sacerdotes cerraron y atrancaron. Después dimos la vuelta hacia el amplio corredor central que ya había visto al entrar por vez primera en el templo; pero ahora noté que a pesar de lo amplio y hermoso no tenía más puerta de comunicación que una sumamente arqueada en el centro del fondo y frente a la anchurosa avenida del templo. Vanamente cavilaba yo a dónde conduciría aquella solitaria puerta.

Trajeron una silla pequeña que colocaron en el centro del corredor y me mandaron que en ella me sentara dando frente a la puerta del fondo. Así lo hice, silencioso e inquieto. ¿Qué significaba todo aquello tan extraño?. ¿Por qué había de sentarme de tal manera, con los jerarcas sacerdotales en rededor?. ¿Qué ordalía me aguardaba?. Pero resolví mantenerme valeroso e impávido, porque ¿No me habían revestido de una túnica de fino y

blanquísimo lino?. Ciertamente que no tenía bordados de oro, pero tampoco pespuntos negros como las de los sacerdotes jóvenes. Era toda ella blanca, y jactándome de que esto debía de ser muestra de distinción, me esforcé en reanimar con tal idea el decadente valor de mi abatido ánimo.

Tan penetrante era ya el olor del incienso que me mareaba, por no estar acostumbrado a los perfumes que los sacerdotes esparcían con tanta prodigalidad.

De pronto, sin palabra ni señal que lo anunciase, se apagaron las luces y de nuevo me vi sumido en tinieblas, rodeado de extraña y silenciosa compañía.

Procuré reponerme y darme cuenta de en dónde estaba. Recordé que la masa general de sacerdotes estaba detrás de mí, y que la plana mayor o círculo interno de jerarcas que delante estaban se habían apartado a ambos lados, de suerte que aunque aún me separaban de los otros, podía yo ver, en el momento en que se apagaron las luces, todo el corredor en derechura hasta la arqueada puerta del fondo.

Estaba inquieto y angustiado. Me acurruqué en la silla con propósito de mostrarme valiente si fuera necesario, aunque permaneciendo entretanto tan callado y discreto como me fuese posible.

Mucho temor me infundían los quietos semblantes de aquellos jerarcas, que yo sabía que estaban inmóviles a mi lado. El absoluto silencio del concurso que tras de mí se hallaba me llenó de pavoroso terror, y en algunos momentos sentí tal angustia, que me pregunté si levantándome y echando a correr en derechura por el corredor adelante podría escapar sin ser visto por entre los sacerdotes. Pero no me atreví a intentarlo, porque el olor del incienso añadido al sutil brebaje y al reposo me iba dando por resultado una insólita somnolencia.

Se me entornaban los ojos con síntomas de quedarme muy luego dormido, pero de pronto se despertó mi curiosidad al ver que en el contorno de la puerta del fondo del corredor se dibujaba una línea de luz.

Avivé los ojos para mirar y luego vi que lenta, muy lentamente se iba abriendo la puerta, hasta quedar medio abierta y surgir de ella una difusa y nebulosa claridad. Pero en el extremo opuesto en que del corredor estábamos, la obscuridad continuaba siendo completa sin alivio, y no se oía ruido alguno ni señal de vida excepto la débil y amortiguada respiración de quienes me rodeaban.

A los pocos momentos cerré los ojos, fatigados de penetrar tan intensamente allende la obscuridad, y al de nuevo abrirlos vi erguida ante la

puerta una figura humana de señalados contornos, pero de busto y rostro confusos porque estaba de espaldas a la luz.

Aunque no había motivo para tanto, invadióme repentino horror, hormiguearon mis carnes y hube de reprimirme con una especie de fuerza física para no prorrumpir en alaridos.

Creció por momentos aquel intolerable sentimiento de temor, porque la figura humana se adelantaba lentamente hacia mí con un movimiento que no parecía propio de este mundo, como si en vez de andar resbalase por el suelo.

Al acercarse noté que iba vestida con no sé qué clase de indumentos negros que casi por completo le cubrían cuerpo y rostro. Pero no me era posible verla bien, porque la claridad de la puerta sólo llegaba hasta muy poco acá del marco.

Mi temor y angustia subieron repentinamente de punto al observar que cuando la deslizante figura estuvo cerca de mí, encendió una luz que traía, cuyo resplandor sólo iluminó la oscura vestimenta, dejando todo lo demás en tinieblas.

Con violentísimo esfuerzo aparté mi fascinada vista de la misteriosa figura y volví la cabeza con esperanza de ver a los sacerdotes que a mi lado estaban; pero no pude verlos, porque todo permanecía en profunda oscuridad.

Entonces se rompió el hechizo de terror que me dominaba, y exhalando un temeroso grito de angustia, oculté la cabeza entre las manos.

Hirióme los oídos la voz de Agmahd que con su tranquilo y melodioso acento decía:

- No temas, hijo mío.

Hice un esfuerzo para dominarme auxiliado por aquella voz que al menos no era cosa tan extraña y terrible como la velada figura que ante mí estaba, no muy cerca, pero lo bastante para llenar mi alma de ultraterreno terror.

De nuevo resonó la voz de Agmahd diciendo:

- Habla, muchacho, y dinos lo que te sobresalta.

Aunque tenía la lengua como si estuviera pegada al paladar, no me atreví a desobedecer; y por cierto que una nueva sorpresa me capacitó para hablar más expeditamente que de otro modo lo hiciera.

Así exclamé:

- Pues qué ¿No veis la claridad de la puerta y la velada figura?. ¡Oh!. Decidle que se marche, porque me horroriza.

Un sordo y reprimido murmullo surgió colectivamente de todo el concurso. Era notorio que los excitaban mis palabras. Después volvió a resonar la tranquila voz de Agmahd, quien dijo:

- Bienvenida sea nuestra reina. Todos le tributamos nuestro más rendido homenaje.

La velada figura inclinó la cabeza y acercóse todavía más. Tras una pausa de absoluto silencio, volvió a hablar Agmahd, diciendo:

- ¿No podría nuestra señora acrecentar la visión de sus vasallos y darles órdenes como en otro tiempo?.

Detúvose la figura con ademán de trazar algo en el suelo. Miré y vi en ígneos caracteres, que se desvanecían apenas trazados, estas palabras:

- Sí; pero el muchacho ha de entrar a solas conmigo en el santuario.

Al leer, como digo, estas palabras, me estremecí de horror. Tan formidable era el instintivo espanto que me infundía aquella velada forma que hubiese preferido morir a obedecer semejante orden. Callaban los sacerdotes y de su silencio conjeturaba yo que tanto los ígneos caracteres como la velada figura eran para ellos invisibles; y al punto reflexioné que así había de ser, por extraño e increíble que pareciese, y en consecuencia ignoraban el mandato. Atemorizado como estaba, ¿Me era posible revelar unas palabras que habían de someterme a una ordalía tan por completo espantosa?.

Permanecí silencioso. La figura volvióse de pronto hacia mí y pareció mirarme. En seguida trazó con desvaneciente rapidez en ígneos caracteres estas palabras:

- Transmite mi aviso.

Pero yo no podía. El horror materialmente me lo imposibilitaba. Mi lengua parecía por lo turgente ocupar toda mi boca.

Volvióse a mí la figura en ademán de violenta cólera y abalanzándoseme con deslizante movimiento, se quitó el velo que cubría su faz. No era horrible, aunque su mirada denotaba álgida cólera, que en vez de llamaradas despidiese hielo. No era horrible; y sin embargo, me infundió tan repulsivo temor como jamás imaginara posible sentirlo, a causa de su temible y desnatural aspecto. Parecía estar constituida por los componentes de la carne y de la sangre; y no obstante, me impresionaba como si sólo fuese un disfraz humano, una espantosa ficción corpórea, algo formado de carne y sangre, pero sin la vitalidad de la sangre y de la carne.

En un instante se acumularon sobre mí todos estos horrores, y prorrumpiendo en agudísimo chillido me desvanecí por segunda vez aquel día, el primero de mi estancia en el templo.

CAPÍTULO IV

Hálleme al volver en mí cubierto de frío sudor y mis miembros parecían exánimes. No acertaba a comprender en dónde estaba.

Todavía era noche oscura, y de momento me dio una deliciosa sensación aquella silenciosa quietud. Pero muy luego evocó mi mente los sucesos del día anterior, que había sido para mí tan largo como un año. La visión de la blanca flor del Loto se intensificaba ante mis ojos, pero se desvaneció al recordar mi aterrorizada alma aquella otra visión horrendísima, la última que se me apareció ante los sacerdotes hasta ahora en que despertaba en tinieblas.

De nuevo la vi. De nuevo vi en mi imaginación aquella altiva faz, su fantástica irrealidad, la penetrante mirada de sus ojos crueles. Estaba yo como dislocado, enervado y exhausto, y aunque la visión era puramente imaginaria volví a exhalar un grito de terror.

De pronto vi que a la puerta, de mi aposento se acercaba una luz, y entró un sacerdote con una lámpara de plata.

Vi por sus rayos que estaba en una estancia donde anteriormente no había entrado. Parecía llena de comodidades. Suaves cortinajes le daban aspecto de retiro y agradable fragancia perfumaba el ambiente.

Acercóse el sacerdote, y al llegar próximo a mí, inclinó reverentemente la cabeza y dijo:

- ¿Qué deseas, señor mío?. ¿Traeré agua fresca si tienes sed?.

Yo respondí:

- No tengo sed. Tengo miedo de aquello tan horrible que vi.

El sacerdote repuso:

- No tal. Tu juventud te vuelve temeroso. La mirada de nuestra omnipotente Señora basta para que a cualquier edad desfallezca un hombre. No temas, porque tienen visión tus ojos y te honramos.

¿Qué traeré para tranquilizarte?.

Revolviéndome en mi blando lecho, pregunté:

- ¿Es de noche?.

- Se acerca la mañana - respondió el sacerdote.

Yo exclamé:

- ¡Oh!. Que venga el día. Que el bendito sol borre de mi vista lo que me hace estremecer. Tengo miedo de la oscuridad, porque en la oscuridad está el maligno rostro.

El sacerdote repuso tranquilamente:

- Me quedaré al lado de tu lecho.

Colocó la lámpara en un velador y sentóse a mi vera. Tomó instantáneamente su rostro impasible aspecto y al punto me pareció esculpida estatua. Fría era su mirada, y aunque llena su habla de afectuosas palabras, carecía de fervor. Me aparté de él, porque al mirarlo parecía como si entre los dos surgiese la visión del corredor. Así permanecí un rato, esforzándome en hallar consuelo en su presencia; mas por último, desechando el temor de ofender que hasta entonces me había mantenido en sumisa obediencia, brotaron de mis labios estas palabras a voz en grito:

- ¡Oh!. Ya no puedo sufrir más. Dejadme marchar, dejadme salir al jardín, a cualquier parte. Este aposento está invadido por la visión. Por doquiera la veo. No puedo apartarla de mis ojos. ¡Oh!. Dejadme, dejadme marchar.

El sacerdote replicó:

- No te rebeles contra la visión. Vino a ti desde el santuario, desde el Sacratísimo Sagrario. Te ha distinguido de los demás para que recibas honra y solicitud entre nosotros. Pero has de dominar la rebeldía de tu corazón.

Yo callaba. Aquellas palabras caían como cerriones sobre mi alma; y aunque no pude ni me era posible comprender su significado, sentía vivamente su frigidez. Tras larga pausa, durante la cual hice penosos esfuerzos para desechar aquel pensamiento de mi mente y librarme de temores, alivióme agradablemente un súbito recuerdo, y pregunté:

- ¿En dónde está aquel hombre atezado, a quien vi ayer en el jardín?

- ¿Quién?. ¿Sebua el jardinero?. Estará durmiendo en su celda. Pero se levantará al amanecer para ir al jardín.

- ¿Podría ir yo con él?. - Pregunté con febril ansiedad, juntando las manos como en oración, pues me angustiaba el temor de la negativa.

- ¿Al jardín?. Si estás inquieto, el rocío de la mañana y la frescura de las flores calmarán la fiebre de tu cuerpo. Al romper el día llamaré a Sebua para que venga a buscarte.

Exhalé un profundo suspiro de satisfacción al oír tan favorable respuesta a mi demanda; y apartándome del sacerdote me mantuve con los ojos cerrados esforzándome en desechar las horribas visiones e imágenes mentales, pensando en la deliciosa fruición de que muy luego iba a gozar

cuando trocara la estrecha y artificiosamente perfumada celda por la suave y desembarazada inhalación del aire libre.

Callé esperando pacientemente, y el sacerdote seguía sentado sin moverse de junto a mí. Por último, después de las que me parecieron fatigosas horas de espera levantóse y apagó la lámpara de plata. Entonces noté que una tenue claridad gris penetraba por los altos ventanales.

Volviéndose hacia mí dijo el sacerdote:

- Llamaré a Sebua para que venga. Ten presente que este es tu aposento y de ahora en adelante te pertenece. Vuelve aquí antes de las ceremonias matutinas. Los novicios te esperarán para bañarte en agua perfumada y después ungirte con aceite.

Arredrábame la idea de que por extraño destino fuese yo tan importante personaje, y pregunté:

- ¿Y cómo sabré cuándo he de volver aquí?. - No es necesario que vuelvas hasta después del almuerzo que anunciará una campana. Además, ya te avisará Sebua. Dicho esto se marchó.

Complacíame muchísimo al pensar en el aire libre que reanimaría mi fatigadísimo cuerpo, y anhelaba ver el extraño rostro de Sebua cuya dulce sonrisa ponía de cuando en cuando en olvido su fealdad. Parecía como si fuera el único semblante humano que hubiese visto desde que me despedí de mi madre.

Me miré por ver si todavía llevaba la túnica de lino en disposición de irme con Sebua; y en efecto, aún me cubría la blanquísima vestidura. La contemplé ufano porque nunca hasta entonces había llevado prenda alguna de tan finísimo tejido. Tan tranquilizado estaba por la idea de que pronto me vería otra vez junto a Sebua, que miraba ociosamente mi indumento y me preguntaba qué hubiese pensado mi madre si me viera vestido de tan suave y delicado lino.

No tardé mucho en oír pasos que me sacaron de mi ensueño, y apareció en el umbral el extraño semblante de Sebua cuya atezada figura avanzó hacia mí. Verdaderamente era feo; de cierto era tosco, atezado y sin atractivo alguno en su aspecto; pero al entrar y mirarme, iluminó de nuevo su faz aquella sonrisa de que yo me acordaba. ¡Era compasivo!. ¡Era cariñoso!.

Levánteme del lecho, le tendí las manos, brotaron lágrimas de mis ojos de muchacho ingenuo al ver reflejada en su rostro la dulzura, y exclamé:

- ¡Oh, Sebua, Sebua!. ¿Por qué estoy aquí?. ¿Por qué dicen que soy diferente de los demás?. Dime, Sebua, ¿He de volver a ver aquella espantable figura?.

Adelantóse Sebua y se arrodilló a mi vera. Parecía natural que aquel hombre atezado se arrodillara cuando me sobrecogía un sentimiento de pavor.

Sebua respondió:

- Hijo mío, el cielo te ha dotado de ojos sin velo. Posee valerosamente este don y serás una luz en medio de las tinieblas que van descendiendo sobre nuestro infortunado país.

Como Sebua no me inspiraba temor, estalló mi rebeldía y repuse malhumorado:

- No deseo ser ni hacer nada que me cause tan extrañas sensaciones. ¿Por qué vi aquella espantosa faz, que aun ahora se presenta ante mi vista y borra de mis ojos la luz del día?

Levantóse Sebua sin responder concretamente a la pregunta, y tendiéndome la mano, me dijo:

- Ven conmigo, ven y nos iremos entre las flores para hablar de estas cosas cuando el aire fresco te haya refrigerado la frente.

Levánteme sin repugnancia y de concierto pasamos por los corredores hasta llegar a una puerta que nos dio paso al jardín.

¿Cómo describir el alborozo con que aspiré el aire matinal?. Fue un deleite incomparablemente mayor y más vivo de cuantos hasta entonces me habían infundido las cosas de la naturaleza. No sólo había salido de una restricta y oliente atmósfera, distinta de cuantas a que estaba acostumbrado, sino que también sosegó sumamente mi terrorífico y sobreexcitado ánimo la renovada sensación de que todavía era el mundo natural y hermoso fuera de las puertas del templo.

Miróme Sebua y por delicada simpatía adivinó mis vagos pensamientos y me los interpretó diciendo:

- Todavía se levanta el sol en toda su magnificencia. Todavía se abre a su beso el corazón de las flores. Abre el tuyo y alégrate.

No le respondí. Era yo joven e ignorante. No podía responderle expeditamente en palabras; pero le miré al rostro mientras andábamos por el jardín, y creo que mis ojos hablaron por mí.

Sebua prosiguió diciendo:

- Hijo mío; no por haber estado en tinieblas durante la noche hay motivo para dudar de que la luz continúe brillando tras la obscuridad. Cuando te vas a dormir por la noche estás seguro de que verás el sol por la mañana. Has estado en lobreguez aún más profunda que la de la pasada noche y verás lucir un sol más brillante que éste.

Aunque revolví sus palabras en mi mente no logré entenderlas. Nada dije, porque me bastaban la suavidad del ambiente y el sentimiento de humana simpatía. En medio del aire libre no me interesaban las palabras ni me cuidaba de comprender lo que me ocurría. Era un muchacho y el puro deleite de mis restauradas fuerzas ponía en olvido todo lo demás.

Esto era natural, y todo lo natural me parecía a la sazón henchido de encantos. Sin embargo, apenas me había vuelto a poner en contacto con la naturaleza y gozarme en la vuelta, cuando de súbito y sin pensar me vi arrebatado de ella.

¿A dónde?. ¡Ay!. ¿Cómo decirlo?. No tiene el lenguaje humano palabras adecuadas para describir realidades que trascienden la esfera de lo que llamamos natural.

¿Seguramente permanecía yo de pie sobre la verde hierba y no me había movido del paraje en donde estaba?. ¿Seguramente se hallaba Sebuá junto a mí?. Le estreché la mano. Sí, allí estaba. Sin embargo, colegí de mis sensaciones que lo natural me había abandonado y que de nuevo me hallaba en el temeroso mundo de visión, sentimiento y sonido. Nada veía ni oía; y no obstante, me horrorizaba temblando como las hojas en el fragor de la tormenta. ¿Qué iba a ver?. ¿Qué me sucedería?. ¿Qué era lo que ponía una nube ante mis ojos?.

Los cerré sin atreverme a mirar. No osaba arrostrar la caliginosidad de las entidades que me rodeaban.

Sebuá dijo:

- Abre los ojos, hijo mío, y dime: ¿Está aquí nuestra señora?.

Los abrí temeroso de ver la terrible faz que me había llenado de espanto en las tinieblas de la noche. Pero no. Durante un momento nada vi y exhalé un suspiro de satisfacción porque temía ver aquel semblante que cercano al mío denotaba en su mueca la cólera. Mas al cabo de otro momento estremeciése deliciosamente mi cuerpo. Sin yo darme cuenta me había llevado Sebuá junto al estanque del loto, y vi a la hermosa mujer que con el rostro oculto por la larga y dorada cabellera, estaba como la otra vez bebiendo en las cristalinas aguas de la corriente.

Sebuá exclamó:

- ¡Háblale!. De tu semblante colijo que está aquí. ¡Oh!. Háblale. En toda esta generación no habló nunca con sus sacerdotes. Háblale, porque en verdad necesitamos su auxilio.

Como el día anterior, se había postrado Sebuá de hinojos junto a mí. Su rostro rebosaba de vehemente ansiedad y el ruego arrasaba sus ojos. Al

mirarlos me di por vencido, pues sin saber por qué parecía como si la mujer de dorada cabellera me llamase y Sebua me empujara hacia ella. Y aunque corporalmente no me acercaba, en mi conciencia me pareció levantarme y dirigirme al estanque del loto hasta que inclinándome sobre su orilla toqué las vestiduras de ella por donde posaban en la superficie del agua. La miré, pero no pude verle el rostro, del que irradiaba un resplandor que sólo me era posible mirar como pudiera mirar el sol. Sin embargo, sentí sobre mi cabeza el toque de su mano, y se deslizaron en mi mente palabras que ella pronunciaba, aunque apenas era yo consciente de oirlas.

Dijo así:

- Muchacho de ojos abiertos, pura es tu alma y sobre ella ha recaído pesada tarea. Pero mantente cerca de mí, que estoy llena de luz y te mostraré el camino en donde poner los pies.

Yo respondí:

- Madre, ¿y las tinieblas?.

No me atreví a exponer más claramente mi pregunta, por temor de que si hablaba de aquella temible faz, volviese a aparecer colérica ante mí. Al formular la pregunta noté surgir de su mano un estremecimiento que supuse de cólera pronta a descargar sobre mí; pero su voz resonó en mi conciencia tan blanda y suavemente como gotas de lluvia e infundióme el mismo sentimiento de divino mensaje que experimentan los habitantes de una tierra sedienta al advenimiento de la suave humedad.

La hermosa mujer respondió:

- No hay que temer a las tinieblas, sino vencerlas y disiparlas según el alma se fortalezca en la luz. Hijo mío, hay tinieblas en el intérrimo santuario del templo, porque los adorantes no llevan allí la luz. Excluida está de él la luz de vuestro mundo para que lo ilumine la luz del espíritu. Pero los obcecados sacerdotes, envueltos en su arrogancia, se complacen en engendrar tinieblas. Profanan mi nombre al pronunciarlo. Diles, hijo mío, que su reina no gobierna en el reino de las tinieblas. No tienen reina. No tienen más guía que sus ciegos deseos. Este es el primer mensaje de que estás encargado. ¿No lo pedían?.

En este momento me pareció como si me apartaran de ella. Quise asirme a la orla de su vestidura, pero mis manos no tenían fuerza, y al perder su toque perdí también la sensación de su presencia. Sólo sentía una insufrible irritación física. Al separarme de ella se me cerraron irremediabilmente los ojos y hube de esforzarme en abrirlos. Tan sólo vi el estanque del loto lleno de capullos de la reina de las flores que regiamente flotaban en la superficie del

agua. La luz del sol hería sus áureos corazones y vi en ellos el color de la dorada cabellera.

Pero una voz iracunda, aunque de pausada y parsimoniosa entonación, me abstraigo de los bordes del sueño en que moraba. Volví la cabeza y contemplé asombrado a Sebua entre dos novicios, cabizbajo y con las manos cruzadas. Cerca de mí estaban los jerarcas Agmahd y Kamen. Agmahd hablaba con Sebua. Muy luego colegí que había caído en desagrado por causa mía; pero yo ignoraba qué hubiese él hecho.

Agmahd y Kamen se colocaron uno a cada lado mío, y comprendí que debía ir entre ambos. Nos dirigimos en silencio hacia el templo y nuevamente entramos por sus sombrías puertas.

CAPÍTULO V

Condujéronme a la sala en donde habían almorzado los sacerdotes. Estaba casi desierta, pues únicamente Agmahd y Kamen permanecían hablando en voz baja junto a una ventana, mientras los dos novicios me acompañaron hasta sentarme a la mesa y me sirvieron tortas oleaginosas, frutas y leche. Extrañábame yo de verme servido por aquellos jóvenes sin desplegar los labios y a quienes temeroso miraba por ser mucho más expertos que yo en los terribles misterios del templo. Mientras comía las tortas pensaba en por qué no me había hablado ningún novicio de los que hasta entonces viera; pero al considerar el corto tiempo de mi estancia en el templo, recordé que nunca me habían dejado solo con ninguno de ellos. Aun a la sazón permanecían Agmahd y Kamen en el refectorio, y un silencio de muerte se reflejaba en el semblante de los que me servían, por lo que supuse que no era el de ellos un temor como el que se tiene a un maestro de escuela que usa sus ojos como el común de las mortales, sino el que infunde un mágico observador de múltiple vista a quien no es posible engañar. No advertí ni un vislumbre de expresión en el talante de ambos jóvenes. Obraban como autómatas.

La postración que de nuevo se había apoderado de mi cuerpo se alivió con los manjares y terminado el almuerzo me levanté anhelosamente para asomarme a la ventana y ver si Sebua estaba en el jardín. Pero adelantándose Agmahd se interpuso entre mí y la ventana, clavándome la inmutable mirada que tan profundamente me hacía temblar.

- Ven - me dijo.

Volvióse y echó a andar. Le seguí cabizbajo. Desvanecidas estaban mis nuevas energías y esperanzas, pues no sabía ni me era posible decir por qué fijaba yo la vista en la bordada orla de la blanca vestidura que ante mí rozaba el suelo tan suavemente como si fuese yo tras mi condena.

¡Mi condena!. Agmahd, el típico sacerdote del templo, el supremo jerarca sacerdotal. Mi condenación.

Pasamos corredores abajo hasta entrar en el que de las puertas del templo conducía al Santo de los Santos. Llenóme de terror su vista a pesar de que por la puertavía penetraba la luz del sol mofándose de su indecible lobreguez. Sin embargo, tan profundo temor me inspiraba Agmahd que a solas

con él le seguía en completo silencio y obediencia. A cada paso que de mala gana daba yo según pasábamos por el corredor, se acercaba aquella terrible puerta de donde viera surgir la horrible figura en las tinieblas de la noche. Escudriñaba la pared con el mismo terror con que un atormentado pudiera mirar los espantosos instrumentos de la inquisición religiosa. Una vez claramente prevista una amenazadora sentencia, es imposible dejar de mirarla con abatida y sin embargo fija atención. Tal hacía yo en mi ciego temor con las paredes del largo corredor, que según por él pasábamos me parecía fantásticamente que iban a desplomarse y a separarnos del brillante y hermoso mundo en que hasta entonces había vivido.

Escudriñando así aquellas lisas y terribles paredes, vi al acercarnos a ellas una puertecita que formaba ángulo recto con la del santuario, y hubiese escapado a toda observación que no fuese extraordinariamente aguda, porque la obscuridad en aquel extremo del corredor era muy densa en contraste con la refulgente claridad que habíamos dejado en el otro extremo.

Nos aproximamos a la puertecita que, como he dicho, formaba ángulo recto con la pared del santuario, cerca de la puerta de éste, pero en la pared del corredor.

Andaba yo sin que la voluntad moviera mis pasos, pues de buena gana hubiera retrocedido hacia la luz del sol que hermosea con flores el mundo y hace que la vida sea una gloriosa realidad y no un horrible e inimaginable sueño.

Sin embargo, allí estaba la puerta y Agmahd delante con la mano en ella. Volvióse a mirarme y dijo con su inalterable y tranquilo tono:

- No temas. Nuestro santuario es el centro de nuestra morada y su inmediata vecindad basta para henchirnos de fortaleza.

Lo mismo había yo experimentado cuando anteriormente me alentara la voz de Agmahd en el jardín. Hice un esfuerzo para alzar los míos y mirarle a los ojos para ver si su hermoso continente denotaba el mismo aliento. Pero sólo vi la insufrible impasibilidad de aquellos ojos azules, desapiadados e inmutables. En aquel momento mi alma estupefacta contempló en ellos la crueldad de la tierra.

Volvióse para abrir la puerta y después de cruzarla la mantuvo abierta en espera de que lo siguiese. Y le seguí, aunque mis pasos parecían retroceder de mí y conducirme a un abismo.

Entramos en una estancia baja de techo iluminada por una amplia ventana abierta en lo alto de la pared. Estaba alhajada con preciosos tapices y cortinajes, y en uno de los lados había una cama baja, cuya vista me

estremeció sin saber por qué; pero en seguida advertí que era la misma en que había dormido la pasada noche. Mis ojos se clavaron en ella sin poder mirar otra cosa, aunque había muchas dignas de ser vistas, porque la estancia estaba lujosamente alhajada; pero me dio un vuelco el corazón al pensar en por qué habrían trasladado aquella cama del aposento en donde pasé la noche anterior.

Mientras perdido en conjeturas contemplaba la cama, sobrecogíome de pronto la sensación de silencio, de completo silencio y soledad.

Alarmadísimo volví súbitamente la cabeza. En efecto, estaba solo. El temible sacerdote Agmahd se había marchado sin decir palabra dejándome solo en aquella estancia.

¿Qué podía ello significar?

Me dirigí hacia la puerta y traté de abrirla, pero estaba fuertemente cerrada y atrancada.

Me veía preso. Pero ¿Qué era todo aquello?. Miré en torno de las recias paredes de piedra, alcé la vista hacia la ventana, pensé en la contigüidad del santuario y me tendí en el lecho ocultándome el rostro entre las manos.

Creo que debí de yacer allí durante muchas horas sin atreverme a levantarme ni moverme. Sólo podía recurrir a los azules y despiadados ojos del sacerdote Agmahd. Estaba yo echado en la cama con los ojos fuertemente cerrados, temeroso de arrostrar el aspecto de mi cárcel y rogando que nunca llegase la noche.

Tenía la seguridad de que aún no había transcurrido la mañana, aunque ignoraba cuánto tiempo estuve en el jardín con Sebu. Ya iba el sol alto y entraba por la ventana. Al cabo de un rato de contemplarlo me volví de pronto a mirar alrededor de la estancia alarmado por la idea de que alguien había de estar allí; pero a menos que se escondiera tras los cortinajes a nadie se veía en la estancia.

Estaba solo. Y mientras acopiaba valor para mirar el fulgor solar que convertía la ventana en tan esplendente cosa para mi vista, advertí que aún fulguraba, y que a pesar de mi reciente y horrible aventura no era yo más que un muchacho enamorado del sol.

Cada vez me atraía más intensamente la claridad hasta que al fin se transmutó en el deseo de trepar a la ventana y asomarme a ella.

La pasión que tan ardientemente me impulsaba a ello en cuanto lo hube pensado, podía compararse al curioso y obstinado intento de una mente juvenil. Sin cuidarme de las consecuencias salté del lecho, esparciendo a cuatro vientos los terrores del ambiente, pues el pueril propósito que había formado me dominaba por completo.

La pared era enteramente lisa, pero pensé que subiéndome a una mesa que estaba bajo la ventana podría alcanzar el antepecho con las manos y alzarme para mirar afuera. No tardé en subirme a la mesa, pero aun con los brazos extendidos, escasamente llegaba al antepecho, por lo que di un pequeño brinco para alcanzarlo y asomarme.

Gozábame con la deleitosa esperanza de ver el jardín del templo, pero lo que vi enfrió mi gozo aunque no era cosa sorprendente.

La ventana no daba al jardín, sino a un pequeño patio cuadrado circuido de altas y rasas paredes, que según noté al punto eran las del templo y no las externas, pues el patio estaba en el centro del vasto edificio cuyas columnas y techumbres veía más allá de las rasas paredes. La ventana de mi aposento era la única que por allí había.

En aquel momento oí en la estancia un débil ruido. Rápidamente me dejé caer sobre la mesa y consternado miré en derredor. Parecía provenir el ruido de tras un pesado cortinaje que medio cubría la pared. Aunque era pleno día de refulgente sol, perdí el aliento aterrorizado por lo que pudiese ver, pues como no sabía que hubiera otra entrada en el aposento aparte de la puerta, no esperaba que fuese piadosa persona humana.

Sin embargo, muy luego se desvanecieron estos temores, porque replegóse un tanto el cortinaje y salió de su escondite un novicio de negra túnica a quien antes de entonces no había visto. Me extrañó su cauteloso ademán, pero no tuve miedo porque llevaba en la mano una espléndida corola de la regia flor del loto blanco.

Salté de la mesa y adelanteme hacia él con los ojos fijos en la flor. Cuando estuvimos cerca, me dijo en rápida y susurrante voz:

- Esta flor te la manda Sebuá. Estímala y que ningún sacerdote la vea. Estímala y te auxiliará cuando necesites auxilio. Sebuá te insta a que recuerdes cuanto te dijo, y sobre todo que confíes en tu amor a lo verdaderamente bello y en tus naturales gustos y aversiones. Tal es el mensaje.

Y retrocediendo hacia la colgadura, prosiguió:

- Por complacer a Sebuá estoy arriesgando la vida. Cuida de no acercarte nunca a esta puerta ni des a entender que la conoces. Comunica con la celda del jerarca Agmahd, en la que nadie osaría entrar sin exponerse a severísimo castigo.

Yo pregunté con vivísima curiosidad:

- ¿Y cómo entraste tú por esa puerta?.

- Todos los sacerdotes están ocupados en las ceremonias matutinas y pude escaparme sin que me vieran para venir aquí.

Aunque tenía él mucha prisa en marcharse por aquella puerta, le retuve exclamando:

- Dime, ¿Por qué no ha venido Sebuah?

- Le es imposible. Tan vigilado está, que no hace esfuerzo alguno para venir a verte.

- Pero ¿Por qué así? - pregunté extrañado y abatido.

El novicio desasíose la túnica de mi mano y repuso:

- No puedo revelártelo. Recuerda lo que te he dicho.

Cruzó el novicio presuroso la puerta y cerróla tras sí. Quédeme yo medio sofocado por el espeso cortinaje y tan pronto como pude recobrarne de la sorpresa causada por aquella súbita aparición y desaparición, aparté el cortinaje y salí loto en mano.

Aun antes de que pensara en las palabras que debía recordar, mi primer cuidado fue poner en lugar seguro la preciosa flor. La sostenía tiernamente como si fuese una persona amada y anheloso miraba en derredor por ver en dónde podría estar oculta y resguardada.

Al cabo de unos cuantos momentos empleados en presurosa inspección, advertí que precisamente tras la cabecera de la cama había un esconce, del cual hasta muy poco abajo llegaba el cortinaje. Allí podría ponerla entretanto, sin que le faltase el aire ni que nadie la viese a menos de mover la cortina, pues me parecía que detrás de mi cama era el sitio menos a propósito para descubrirla. Allí la coloqué apresuradamente por temor de que terminadas las ceremonias entrase Agmahd y me sorprendiera con ella en la mano. Una vez así escondida, miré en derredor por ver si encontraba alguna vasija con agua en donde ponerla, porque se me ocurrió que sin proporcionarle el elemento que tan intensamente deseaba no viviría lo bastante para ser mi amiga.

Encontré un cacharro con agua en donde la puse, pensando al propio tiempo qué diría si los sacerdotes lo echaban de menos y me preguntaban por él. No acertaba con lo que hacer en tal eventualidad, y tan sólo me cabía esperar que en caso de descubrir alguien la flor tendría yo alguna inspiración a propósito para evitar que de nuevo reprendiesen a Sebuah, pues aunque ignoraba el por qué y el cómo, era evidente que ya había sufrido alguna reprimenda por mi causa.

Me senté en la cama para estar cerca de mi amada flor. ¡Cuan vivamente anhelaba ponerla al sol y gozarme en su hermosura!

Así transcurrió el día. Nadie vino. Vi cómo el sol transponía la ventana, y quedaba envuelta en vespertinas sombras. Seguía solo. No pensaba en que aumentasen mis temores ni en que la noche trajera tenebrosas congojas.

Estaba profundamente tranquilo a causa tal vez de las sosegadas horas del día o quizás por influencia de la hermosa aunque invisible flor que con toda su delicada y radiante belleza estaba siempre ante mis ojos. No quedaba ni vestigio de las insufribles visiones que en vano me había esforzado en desechar durante la pasada noche.

Ya era del todo obscuro cuando se abrió la puerta que daba al corredor y entró Agmahd seguido de un joven sacerdote que me traía manjares y una copa de un jarabe de extraña aunque agradable fragancia. No me hubiera movido de la cama a no ser porque estaba hambriento. No pensé hasta entonces que en efecto estaba ayuno y débil. Por lo tanto, levánteme presuroso, y cuando el joven sacerdote puso a mi lado los manjares, bebí ante todo del jarabe que me ofreció, porque de pronto noté mi postración. Agmahd me estuvo mirando mientras bebía. Al dejar la copa le miré a los ojos con renovada desconfianza y le dije resueltamente:

- Me voy a volver loco si me dejáis solo en este aposento. Nunca en mi vida estuve tanto tiempo solo.

Hablaba yo movido por repentino impulso. No me habían parecido las largas horas de soledad tan terribles al pasarlas como me parecían entonces por súbito recelo de la malicia de aquel aislamiento. Así hablaba yo tal como sentía.

Agmahd le dijo al joven sacerdote:

- Deja la comida y tráete acá el libro que está sobre la cama de mi aposento.

Marchó el sacerdote a cumplir el encargo. Nada me respondió Agmahd, y como después de dicho lo que dije no me había pulverizado, según temía, por haberlo dicho, tomé de la bandeja un pastel oleaginoso y me puse a comer placenteramente.

Cinco años más tarde no hubiera podido arrostrar de esta suerte a Agmahd ni saciarme como lo hice al punto de haberle desafiado. Pero a la sazón estaba yo engreído por la suprema ignorancia e indiferencia de la juventud. No tenía escandallo con que sondear la profundidad de la inteligencia del sacerdote ni módulo para medir el área que abarcaba su crueldad. ¿Cómo tenerlos?. Era ignorante, y además carecía de indicios acerca de la índole, propósito e intención de su crueldad. Estaba en completas tinieblas, aunque bien comprendía que mi vida en el templo no era cual había yo esperado que fuese y ya me daban pueriles intenciones de escapar, aun por el terrible corredor, si había de llevar tan infortunada existencia. Al pensar en esto muy poco me figuraba lo muy bien guardado que me tenían.

Mientras comí y bebí no pronunció Agmahd palabra, y muy luego abrió la puerta el joven sacerdote y entró con un voluminoso libro negro en las manos. Lo colocó sobre una mesa que por mandato de Agmahd acercó junto a mi cama. Después tomó de una rinconera del aposento una lámpara que puso sobre la mesa. Encendióla, y en seguida dijo Agmahd:

- No estarás solo si escudriñas estas páginas.

Dicho esto, volvió la espalda y seguido del joven sacerdote salió del aposento.

Inmediatamente abrí el libro. Al reflexionar sobre aquel tiempo, me parece que era yo tan por todo extremo curioso como casi todos los muchachos, y al fin y al cabo no me llamaba entretanto la atención ningún nuevo objeto. Abrí las negras tapas del libro y miré la primera página. Estaba hermosamente iluminada, y antes de leer las palabras me entretuve un rato en contemplar gozosamente los colores, que de un fondo gris se destacaban en caracteres de tan brillante matiz que parecían de fuego. El título era: “Las artes y poderes de la Magia”. No tenía aquello para mí significado alguno. Era yo un muchacho relativamente inculto y me preguntaba que qué clase de compañero había supuesto Agmahd que fuese el libro para mí.

Con indiferencia iba volviendo las páginas, pues no sólo eran todas ellas ininteligibles por el asunto sino también por las palabras empleadas. Era ridículo haberme enviado aquel libro para leer. Bostezaba a toda boca sobre sus páginas, y al cerrarlo para ponerlo sobre la mesa me sorprendió notar que no me hallaba solo. Al otro lado de la mesita en que estaban el libro y la lámpara, vi de pie a un hombre de negra vestimenta, que anhelosamente me miraba, pero que al mirarle yo pareció retraer algún tanto su mirada. Me maravillaba de cómo podía haber entrado tan sigilosamente y llegar tan cerca de mí sin rumor alguno.

CAPÍTULO VI

En voz muy baja, pero clara, me preguntó aquel hombre:

- ¿Qué deseas?

Le miré sorprendido. Por su traje parecía novicio; y sin embargo, hablaba en tono servicial como si pudiese satisfacer mis deseos.

Yo respondí:

- Acabo de comer, y sólo deseo salir de aquí.

El respondió tranquilamente:

- Pronto estarás complacido. Sígueme.

Quedé asombrado. Aquel novicio debía de conocer mi situación y la voluntad de Agmahd respecto a mí, porque si no ¿Cómo osaría retarlo de aquel modo?.

Yo respondí:

- No; los jerarcas me han recluido aquí y si me escapara me castigarían.

Su única respuesta fue:

- Ven.

Al pronunciar esta palabra levantó la mano en imperiosa actitud.

Lancé un grito como si sufriera un dolor físico; y aunque no podía darme cuenta de ello, experimentaba la sensación de que me levantaban a torno, cual si una fuerza irresistible, apoderada de mi cuerpo, lo empujase. Un segundo después estaba yo junto al misterioso visitante que estrechándome fuertemente la mano, exclamó:

- ¡No mires atrás!. Ven conmigo.

Le seguí; pero al llegar a la puerta me acometió el deseo de mirar hacia atrás y con mucho esfuerzo logré volver la vista.

¡No era extraño que me hubiese ordenado no mirar atrás!. No era maravilla que se apresurase a sacarme del aposento, porque en cuanto mis ojos se volvieron quedé hechizado, mirando fijo y resistiendo el férreo asimiento de su mano.

Me vi a mí mismo, o por mejor decir, mi inconsciente cuerpo, y entonces comprendí que mi compañero no era habitante de la tierra y que nuevamente había yo entrado en el país de las sombras.

Pero desvaneció esta maravilla otra mayor y suficiente para fortalecerme contra el esfuerzo con que mi compañero se empeñaba en sacarme de la habitación.

Vi a la Reina del Loto que de pie tras de mi cama se inclinaba hacia adelante sobre ella en la deliciosa actitud pendiente en que por vez primera la vi bebiendo en las aguas del estanque.

Oí que hablaba, Su voz llegaba hasta mí como el murmullo de las aguas, como el brote de un manantial. Me dijo:

- Despierta, durmiente. No sueñes más ni permanezcas en ese maldito hechizo.

Yo murmuré entre mí:

- Obedezco, Señora.

Al punto envolviómeme una neblina; y aunque apenas era consciente, colegí que en obediencia al deseo de la hermosa reina, me esforzaba en restituirme a mi natural estado. Poco a poco lo fui logrando, hasta abrir fatigosa y pesadamente los ojos para contemplar en vacía desolación el aposento.

Se había marchado el novicio, y de ello me alegraba; pero ¡Ay! tampoco estaba ya la Señora del Loto.

Se me oprimió el corazón al mirar en derredor y ver vacío el aposento. Para mi ánimo infantil era la dulce Señora del Loto más bien una hermosa madre que una reina. Anhelaba yo su grata presencia. Pero no estaba allí. Bien sabía yo que no se ocultaba a mis ojos en el aposento. Mi alma notaba su ausencia tan bien como mis ojos. Levánteme con bastante languidez, porque la reciente lucha me había sobrefatigado, y me dirigí al rincón en que detrás de la cama estaba oculta mi querida flor. Descorrí un poco la cortina para contemplar mi tesoro; pero ¡ay! que ya se enmustiaba su linda corola. Abalancémeme para cerciorarme de si le había puesto agua; y en efecto, el pezón estaba sumergido hasta lo hondo en su amado elemento. Sin embargo, la flor decaía como marchita, e inerte sobre el borde de la vasija se arqueaba nacidamente el pezón.

- ¡Flor mía! - exclamé prosternándome de hinojos a su lado. - ¿También tú te vas?. ¿Me quedará enteramente solo?.

Saqué del jarro la lánguida flor, y por debajo de la túnica: me la puse sobre el corazón. Después, completamente desconsolado de momento, volví a hundirme en la cama y cerré los ojos esforzándome en entenebrecerlos de modo que perdieran la visión.

Pero ¿Cómo?. ¿Quién conoce el medio de ocultar las visiones al ojo interno, al ojo aquel dotado de la terrible facultad de una visión que tiniebla alguna puede cegar?. De ningún modo lo conseguí.

Descendido había ya la noche sobre la tierra cuando me levanté de mi largo y callado reposo. Era noche de luna y un argentino rayo de luz penetraba por la alta ventana y se difundía por la habitación, iluminando la orla de una blanca túnica, una orla con bordadura de oro que yo conocía. Levanté lentamente los ojos porque esperaba reconocer a Agmahd, como así fue en efecto. Se hallaba de pie dentro de la densa sombra; y aunque no le veía el rostro, no era fácil confundir su apostura con la de ningún otro hombre.

Yo permanecía inmóvil; pero él conoció inmediatamente que estaba despierto y me dijo:

- Levántate.

Me levanté, quedándome de pie junto a la cama con los ojos espantados fijos en él.

Después dijo:

- Bebe lo que tienes a tu lado.

Miré y vi una copa llena de un líquido rojo. Lo bebí con la ciega esperanza de que me fortaleciese para sufrir cualquier prueba que las silenciosas horas de aquella noche tuvieran por destino acarrear sobre mí.

- Ven - dijo Agmahd.

Seguíle hacia la puerta y medio inconscientemente lancé una mirada a la ventana con la idea de que tal vez me esperaban el aire puro y la libertad.

De repente me sentí cegado. Rápidamente me llevé las manos a los ojos y noté que los tapaba una materia blanda. Nada dije porque el asombro y el temor me tenían en silencio. Advertí que me sostenían y guiaban cuidadosamente. Temblé al pensar que me sostuviera el brazo de Agmahd, pero me sometí a su contacto, pues sabía que no me era posible resistirlo.

Lentamente íbamos paso adelante. Comprendí que habíamos salido del aposento y andado algún trecho, aunque no podía conjeturar de qué modo ni en qué dirección, pues la venda que me tapaba los ojos me tenía azorado.

Anduvimos con pausado silencio. Soltóme el brazo que me rodeaba y me quitaron la venda, quedando mis ojos ante tan profundas tinieblas que alcé la mano para cerciorarme de que ya no los cubría el pañuelo.

Pero estaban, libres, estaban abiertos; y sin embargo, sólo veían una rasa muralla de profunda y total lobreguez.

Los vapores del espirituoso brebaje se me habían subido a la cabeza dándome dolor y mareo que me llenaban de confusión.

Permanecí inmóvil con la esperanza de recobrar y conocer mi situación.

Mientras así aguardaba, noté de pronto que otro alguien estaba a mi lado. No rehuí su presencia, pues me pareció bella, esplendente y amistosa. Estremecíme con un anhelante e indescriptible deseo de inclinarme en espíritu hacia la desconocida entidad.

En medio del silencio llegaron a mi oído en susurrante y dulce voz estas palabras:

- Dile a Agmahd que desobedece la ley. Sólo un sacerdote y no más puede entrar en el lugar santísimo.

Reconocí la cristalina y límpida voz de la Reina del Loto. Aunque yo no veía al sacerdote, no vacilé en obedecer a mi reina, y dije:

- **Solamente** un sacerdote y no más, puede entrar en el santo de los santos. Si Agmahd está allí desobedece la ley.

Agmahd replicó en solemne tono:

- Deseo escuchar la proclama de la reina.

La otra voz respondió con acento que hizo estremecer mi alma y vibrar mi cuerpo:

- Dile que si yo hubiese podido manifestarme en su presencia, no esperara a que tú vinieses.

Repetí sus palabras, que no tuvieron respuesta, pero oí ruido de pasos y el de una puerta suavemente cerrada.

Inmediatamente me tocó una tenue mano, al propio tiempo que una débil claridad iluminaba mi pecho. Al momento noté que la mano se deslizaba bajo mi túnica para sacar el marchito loto que allí había yo escondido. No intenté impedir esta acción, porque al levantar la vista para mirar una luz que mis ojos atraía contemplé ante mí a la Reina del Loto, a mi reina como en mi infantil corazón había empezado a llamarla. La veía confusamente, envuelta en nublosa neblina, más lo bastante distinta para regocijarme la cercanía de su presencia. Al contemplarla, eché de ver que estrechaba contra su seno la marchita flor que había tomado del mío. Y maravillóme ver que aún más se marchitaba y volvióse más confusa hasta desvanecerse por completo. Sin embargo, no lo deploré, porque según se marchitaba, aparecía más brillante y clara a mi vista. Ya del todo desvanecida la flor, permaneció la reina a mi lado clara y distintamente, iluminada por su propio fulgor, y me dijo:

- Nada ya temas. No pueden dañarte porque entraste en mi ambiente; y aunque te hayan sumido en la sentina del vicio y la falsía, no temas, pero obsérvalo todo y recuerda que ven tus ojos.

Sus afables y cariñosas palabras iluminaron las tinieblas. Me sentí fortalecido y denodado.

La reina extendió la mano y me tocó suavemente. Su contacto me infundió un ardor mucho más vivo que cuantos hasta entonces había experimentado.

Después dijo:

- La regia flor de Egipto mora en las aguas sagradas cuya pureza y sosiego forman adecuadamente su eterna residencia. Yo soy el espíritu de la flor. Me sostengo sobre las aguas de la verdad y mi vida es amor, el aliento de los cielos. Pero la degradación de mi residencia terrena, todavía cobijada por las alas de mi amor, ahuyentan de ella la sabiduría, la luz del cielo. Ya no puede el espíritu del regio loto vivir más tiempo en tinieblas. La flor se marchita y muere privada del sol. Recuerda estas palabras, hijo mío, y grábalas en tu corazón, porque cuando seas capaz de comprenderlas, te iluminarán en muchas cosas.

Yo respondí:

- Decíme: ¿Cuándo podré volver a visitar los lotos?. ¿Por qué no me lleváis allí con los fulgores matutinos?. Ahora es de noche y estoy cansado. ¿No podría dormir a vuestros pies y estar mañana con vos en el jardín?.

La Reina del Loto inclinóse hacia mí tan cerca, que me oreaba su aliento, suave como aroma de silvestres flores, y repuso:

- ¡Pobrecito!. ¡Cuan duramente te han abrumado!. Descansa en mis brazos, porque has de ser mi vidente y el iluminador de mi país amado. La fortaleza y la salud han de resplandecer como joyas en tu frente. Yo te guardaré. Duerme, hijo mío, duerme.

Me tendí en obediencia a su invitación, y aunque comprendía que estaba echado sobre el frío y duro suelo, reposaba mi cabeza en un muelle brazo repleto de consolador magnetismo. Caí en profundo, tranquilo y apacible sueño.

En el secreto libro de memorias de Agmahd sólo quedó escrita aquella noche una palabra:

“Inútil”.

CAPÍTULO VII

Al despertar tenía en las manos un entreabierto loto blanco cuya hermosura alegróme el corazón. Al contemplarlo me sentía vivificado y dichoso como si hubiese dormido en brazos de mi madre y la flor fuera su beso, pues la tenía junto a mis labios. Al principio no me detuve a pensar en cómo había podido obtenerla. Sólo me recreaba en su hermosura, y era feliz porque me daba a entender que en efecto me había custodiado mi reina, mi único amigo.

De pronto vi que alguien entraba en el aposento, aunque más bien que entrar parecía haber surgido de la sombra. Me di entonces cuenta de que aún estaba acostado en la cama del aposento a que Agmahd me condujera; y aunque apenas tenía idea de cómo ni en dónde pasé las negras horas de la noche, conjeturaba que en sus brazos me habría transportado al lecho mi reina.

Me alegré de estar allí de nuevo y mucho fue mi gozo al ver que se me acercaba la aparición. Era una niña menor que yo y tan resplandeciente como la luz del sol. Al acercármese se detuvo. Tendí hacia ella la mano y me dijo:

- Dame la flor.

Vacilé porque la posesión de la flor me hacía feliz; pero no pude negársela al ver que me sonreía, pues nadie hasta entonces me había sonreído en el templo. Le di la flor.

Ella exclamó:

- ¡Ah!. ¡Hay agua en los pétalos!

Diciendo esto la arrojó de sí con muestra de disgusto.

Enojado salté precipitadamente de la cama para recobrar mi tesoro; pero al punto la chiquilla recogió la flor y con ella escapóse de mí carcajeando. La perseguí con ímpetu infantil tan veloz como pude, porque estaba enojado y resuelto a que no me venciese. Corríamos a través de estancias en que a nadie se veía, por entre cuyas pesadas cortinas pasaba la niña como una flecha, y yo la seguía con rapidez de muchacho campesino, Pero de repente vine a dar contra la que me pareció pared de maciza piedra. ¿Cómo me había podido burlar si yo le iba pisando los talones?. Retrocedí ciego de ira, pero quédeme sin habla e inmóvil al ver ante mí al sacerdote Agmahd. ¿Había obrado yo mal?. No era posible, porque me sonreía.

- Ven conmigo - me dijo con tanta amabilidad que no temí seguirle.

Abrió una puerta y ofrecióse a mi vista un florido jardín cercado en cuadro por setos vivos también cubiertos de flores. Lleno estaba aquel jardín de niños que a todo correr iban de acá para allá en los embrollos de un juego que yo no comprendía. Tantos eran y tan rápidamente se movían que de pronto quedé aturcido, pero muy luego vi entre ellos a la chiquilla que arrebató mi flor.

Prendida en el vestido la llevaba, y sonrióse burlescamente al verme. En seguida me introduje entre la infantil multitud, y noté que sin saber cómo, obedecía a las reglas de aquel juego, aunque ignoraba cuál fuese, pues si bien me movía concertadamente con ellos no barruntaba su propósito.

Emprendí la persecución de la niña y aunque no logré acercarme a ella por lo ligera que corría, me gozaba grandemente en el movimiento, en la excitación, en los alegres rostros y las risueñas voces.

Deleitábame el aroma de innumerables flores y me acometió el apasionadísimo deseo de poseer algunas, olvidándome del loto por ellas. Engolfado en el laberinto de la juguetona danza, me prometía un gran manojito de flores cuando terminase, y en aquel momento no temía a Agmahd ni a sus enojos aunque el jardín fuese suyo.

Después oí de repente el son de cien voces infantiles que gozosamente exclamaban: - ¡Lo ha ganado!. ¡Lo ha ganado!.

Era un globo de oro tan ligero que pude lanzarlo muy lejos, hasta llegar al firmamento; y sin embargo, siempre volvía a mis levantadas manos. Cuando la multitud infantil dio el grito, estaba a mis pies el globo e inmediatamente comprendí que era mío. Después sólo vi en el jardín a la niña que me había arrebatado el loto. No iba vestida con el mismo traje, y ya no me acordaba de ella; pero me sonreía y también reí yo al verla. Le tiré el globo y ella me lo volvió a tirar de un extremo a otro del jardín.

De pronto resonó en los aires un claro y vibrante toque de campana.

Ella me dijo:

- Ven, es la hora de la escuela, ven.

Me tomó de la mano y arrojó lejos el globo.

Yo exclamé:

- ¡Era mío!.

Ella respondió:

- Ya no sirve. Has de ganar otro premio.

Cogidos de la mano llegamos después de cruzar otro jardín a un espacioso salón que hasta entonces no había visto. Allí estaban los niños con quienes había jugado y muchos más todavía. El ambiente era denso y fragante,

No estaba yo cansado porque acababa de despertar de mi largo sueño y la mañana era fresca; pero al entrar en aquel salón sentí fatiga y me ardía la cabeza.

No tardé en quedar dormido, oyendo a mí alrededor las voces infantiles, y al despertar resonó una vibrante exclamación igual a la del jardín:

- ¡Lo ha ganado!. ¡Lo ha ganado!.

Estaba yo en una especie de trono, en un alto sitio de mármol, y oía resonar mi voz en los aires. Había hablado. Los niños me rodeaban agrupados en torno y encima del sitio de mármol. Recordé que la niña que allí me condujo había dicho que el maestro estaba en aquel trono. Así pues, ¿por qué estábamos allí los niños?. Derramé la vista y vi el salón lleno de sacerdotes que silenciosos e impasibles ocupaban el sitio de los discípulos. De nuevo oí que los niños exclamaban:

- ¡Lo ha ganado!. ¡Lo ha ganado!.

Con repentino frenesí salté del trono sin saber por qué, y ya de pie en el suelo miré y vi que se habían ido los niños menos la niña que allí me había traído, quien estaba sentada en el trono riendo y palmoteando de alegría. Pensando en qué pudiera alborozarla de aquel modo, me vi en medio de un círculo de sacerdotes vestidos de blanco, postrados hasta con la frente tocar el suelo.

¿Qué significaba aquello?. No podía conjeturarlo, y atemorizado estaba cuando de pronto exclamaron los niños como si respondieran a mi pensamiento:

- ¡Te adoran!.

Mi asombro al oírlo no fue mayor que el experimentado al comprender que sólo había escuchado su voz.

CAPÍTULO VIII

Me volvieron a mi aposento, y los jóvenes sacerdotes trajéronme de comer. Tenía hambre, pues estaba ayuno, y me parecieron exquisitos los manjares. Los jóvenes sacerdotes que los habían traído se arrodillaban al servírmelos, y yo les miraba al rostro con extrañeza, porque no sabía a qué atribuir su actitud. Algunos me trajeron frutas, aromáticos jarabes y delicadas confituras cual no había visto hasta entonces. Pusieron junto a mí grandes ramos de flores y arrimaron a la pared matas floridas. Prorrumpí en exclamaciones de gozo al verlas, y al punto noté que Agmahd estaba envuelto en la sombra de la cortina, con sus fríos y severos ojos fijos en mí. Sin embargo, ya no le temía. Estaba poseído de un nuevo espíritu de júbilo que me infundía intrepidez. Fui de una a otra flor besando sus corolas cuyo aroma embalsamaba el ambiente. Sentíame alegre y valeroso porque ya no me parecía necesario temer por más tiempo a aquel insensible sacerdote que continuaba inmóvil como si estuviese esculpido en mármol. La sensación de valentía aliviaba la angustiada pesadumbre de mi alma infantil.

Volvióse Agmahd y desapareció; pero al pasar por la cortina, vi a mi lado a la niña, que me dijo:

- Mira. Te he traído estas flores.

- ¡Tú! - exclamé.

- Sí; les dije que te gustaban las flores. Estas son lozanas y fragantes. Crecen en la tierra. ¿Estás cansado o quieres que salgamos a jugar?. ¿No sabes que el jardín es nuestro y está allí el globo de oro?. Alguien lo tomó por ti.

Yo repuse:

- Dime ¿Por qué se han postrado hoy ante mí los sacerdotes?.

Ella respondió mirándome con extrañeza:

- ¿No lo sabes?. Es porque enseñaste desde el trono y dijiste muy sabias palabras que ellos entendieron y nosotros no, aunque bien vimos que ganaste un gran premio. Tú ganarás todos los premios.

Me senté en la cama, cabeza entre manos mirando a la niña con asombro, y le pregunté:

- Pero ¿Cómo pude yo hacer tal sin saberlo?.

- Grande serás cuando no luches y todos los premios ganarás sin saberlo. Si te mantienes tranquilo y dichoso te adorarán todos los sacerdotes, aun los más insignes.

Quédeme un momento absorto y después repuse:

- Eres muy niña. ¿Cómo puedes saber lo que dices?.

Ella respondió riendo:

- Las flores me lo dijeron. Son tus amigas. Pero todo cuanto te he dicho es verdad. Ahora ven a jugar conmigo.

- Todavía no - respondí.

Pesábame arduamente la cabeza y estaba con el ánimo pasmado porque no podía comprender las palabras de la niña. Por fin exclamé:

- ¡Imposible que yo haya enseñado desde el trono!.

- ¡Enseñaste!. Y los jerarcas inclinaron ante ti su pavorosa faz. Porque les enseñaste a practicar una extraña ceremonia que tú presidiste.

- ¿Yo?.

- Sí; porque tú les dijiste cómo habían de ser tus vestiduras y cómo disponerlas y qué palabras debían pronunciar al investirse con ellas.

Yo la escuchaba con vehementísimo interés y cuando cesó de hablar, exclamé:

- ¿No puedes decirme algo más?.

- Habías de vivir entre terrenas flores y bailar frecuentemente con los niños. Pero no recuerdo la ceremonia, aunque pronto la verás, porque ha de celebrarse esta noche.

Salté de la cama estremecido de temor; pero ella replicó riendo:

- No temas, porque estaré contigo y de ello me alegro, pues aunque pertenezco al templo, nunca me han admitido a las sagradas ceremonias.

- ¡Tú perteneces al templo!. ¡Pero si los sacerdotes no pueden oír tu voz!.

Ella repuso riendo:

- A veces no pueden verme. Únicamente Agmahd me ve siempre, porque soy suya, aunque no puedo hablarle. A ti te quiero porque te puedo hablar. Ven y salgamos a jugar. Las flores del jardín son tan fragantes como éstas y el globo de oro está allí. Ven.

Tomóme de la mano y salimos presurosos. Me dejé conducir por ella porque estaba mi mente desorientada y confusa. Pero tan agradable y puro era el aire del jardín, tan hermosas las flores y tan radiante el sol que muy luego la dicha disipó los sombríos pensamientos.

CAPÍTULO IX

Llegó la noche. Adormecido y satisfecho me hallaba porque durante todo el día había sido dichoso, solazándome en mis correrías de aquí para allá en el suave perfume del aire.

Toda la noche dormí en mi lecho rodeado de flores que embalsamaban el aposento y soñé extraños sueños en que cada flor se convertía en un risueño rostro y resonaban en mis oídos mágicas voces.

Desperté de pronto y me pareció que aún debía estar soñando, porque la luz de la luna entraba en la estancia e iluminaba las hermosas flores. Y pensaba con asombro en el sencillo hogar donde me había criado. ¿Cómo lo había podido soportar?. Porque ahora me parecía que la belleza era la vida.

Era muy feliz.

Mientras como en sueños contemplaba la claridad de la luna, abrieron repentinamente desde fuera la puerta del corredor, que estaba inundado de luz, tan brillante que me deslumbraba y comparada con ella parecían tinieblas la de la luna.

En seguida entraron en mi aposento varios neófitos que traían consigo algo que no pude ver porque me ofuscaba la viva luz. Después se fueron y cerraron la puerta, dejándome solo a la luz de la luna con dos altas e inmóviles formas humanas vestidas de blanco. Aunque no me atrevía a mirarlas, comprendí que eran Agmahd y Kamen Baka.

De pronto temblé; pero al punto vi que la niña surgía de entre la sombra, sonriente y con el dedo en los labios en ademán de silencio.

- No temas - me dijo. - Vienen a ponerte la hermosa vestidura que les dijiste que te preparasen.

Levánteme de la cama y miré a los sacerdotes. Ya no tenía miedo. Agmahd estaba inmóvil, fija en mí la mirada. El otro se me acercaba con una blanca túnica en la mano. Era de finísimo lienzo y cubierta de primorosos bordados de oro que formaban caracteres para mí ininteligibles. Era más hermosa que la de Agmahd y no había visto yo otra tan preciosa desde que entré en el templo.

Me sentía complacido y alargué la mano para tomar la túnica. Kamen llegó junto a mí, y en cuanto me quitó la túnica que llevaba, me puso la otra

con sus propias manos. Estaba impregnada de un suave perfume que aspiré con delicia. ¡Me parecía una regia vestidura!

Dirigióse Kamen hacia la puerta y la abrió. La refulgente luz me daba de lleno. Agmahd permanecía inmóvil, fijos los ojos en mí.

La niña me contemplaba con admiración y gozosamente aplaudía. Después me tomó de la mano, diciéndome:

- Ven.

La obedecí y nos fuimos los dos por el corredor. Agmahd nos seguía de cerca. Me detuve sorprendido ante la escena que mis ojos presenciaban. El espacioso corredor estaba lleno de sacerdotes, menos en el sitio donde me hallaba yo, junto a la puerta del lugar santísimo. Allí habían dejado un claro espacio y en él una cama con ropaje de seda recamado de oro en caracteres parecidos a los de mi túnica. Cerca de la cama había un arriate de fragantes flores, y todo el suelo del rededor estaba sembrado de capullos. Me retraje del numeroso concurso de inmóviles sacerdotes vestidos de blanco, cuyos ojos tenían clavados en mí; pero me halagaban los hermosos matices de las flores.

- Esta cama es para nosotros - me dijo la niña conduciéndome a ella.

Nadie más hablaba ni se movía y yo la obedecí.

Al llegar a la cama vimos en ella el balón de oro con que habíamos jugado en el jardín. Yo eché una mirada con deseo de ver si nos celaba Agmahd y lo vi junto a la puerta del lugar santísimo con la vista clavada en mí. Kamen estaba más cerca de nosotros con los ojos puestos en la puerta del santuario y moviendo los labios como si rezase algunas palabras. Nadie denotaba irritación contra nosotros; y en consecuencia, volví la vista hacia la niña, que entonces tomó el balón y lo lanzó al otro extremo de la anchurosa cama. No pude resistir a su júbilo, y colocándome en el extremo opuesto, me eché a reír también. Ella me arrojó el balón que recogí en mis manos; pero antes de que pudiera devolvérselo quedó el corredor sumido en profundísima obscuridad. Perdí el aliento por un instante sobrecogido de temor; pero muy luego noté que podía ver a la niña y que estaba riendo. Le lancé el balón y lo tomó volviendo a reírse. Miré en derredor y lo vi todo lóbrego. Entonces pensé en la horrible entidad que antes viera en las tinieblas, y a no ser por la niña hubiese exhalado un grito de espanto. Vino a mí y tomome de la mano diciendo:

- ¿Tienes miedo?. Yo no. Tampoco tú has de temer. Los sacerdotes no te harán daño, porque te adoran.

Mientras así hablaba la niña oí una música maravillosamente alegre que aceleró los latidos de mi corazón y el deseo de bailar estremecía gozosamente mis pies.

Un momento después vi brillar la luz en el marco de la puerta del santuario, que en seguida se abrió. ¿Iba a salir la espantosa figura?. Me estremecía de pensarlo, aunque ya no me abandonaba por completo el valor como antes. La presencia de la niña y el son de la alegre música me libraban del horror de la tediosa soledad.

Levantóse la niña y tomándome de la mano nos acercamos a la puerta del santuario. Yo iba con repugnancia; pero incapaz de resistir a mi guía. Entramos en el santuario, y en el mismo momento cesó la música. Todo volvió a quedar en silencio. En el santuario lucía una débil claridad, proveniente al parecer del lejano extremo de la cámara. La niña me condujo hacia aquella claridad. Yo no tenía miedo a su lado. En el extremo de la cámara, según pude ver por lo muy iluminada, se abría en la roca una cavidad a manera de intérrimo aposento, donde en un escabel estaba sentada una mujer con la cabeza inclinada sobre un voluminoso libro que apoyaba en las rodillas. Instantáneamente mis ojos se clavaron en ella sin poder desviarlos. La reconocía, y el corazón se me saltaba en el pecho al pensar que en el momento en que ella levantase la cabeza vería yo su rostro.

De pronto advertí que la niña, mi compañera, se había marchado. No me volví a mirar, porque una suprema fascinación dominaba mis ojos, pero la eché de menos al notar que ya no me estrechaba la mano.

Me mantuve en espera, inmóvil como una de las figuras esculpidas en la avenida del templo.

Por fin levantó aquella mujer la cabeza y miróme. Sentí escalofríos cual si se me helara la sangre y quedé yerto, porque aquellos ojos cortaban como el acero; y aunque no podía resistir su mirada, tampoco me era posible apartar ni ocultar mis ojos de aquella espantable visión.

Después me dijo:

- Has venido a mí para aprender y te voy a enseñar.

Al decir esto resonaba su voz queda y dulce como el blando tañido de un instrumento músico.

Luego prosiguió diciendo:

- Te gustan las flores y las cosas bellas. Si tan sólo vives para la belleza serás excelso artista, pero has de ser todavía algo más.

Extendió hacia mí la mano, y contra mi voluntad alargué la mía y se la di; y aunque ella apenas la tocó, a su contacto quedó súbitamente mi mano

llena de rosas cuya fragancia embalsamó el ambiente. Ella se reía y el son de su risa era musical. Sin duda le agradaba mi rostro.

Después dijo:

- Ven y acércate, para que no vuelvas a tenerme miedo.

Me acerqué sin apartar la vista de las rosas en que descansaban mis ojos, pues no temía a la mujer mientras no viese su rostro.

Rodeóme el cuello con su brazo y me atrajo a su lado. De pronto noté que la negra vestidura que ella llevaba no era de lienzo ni de paño, sino un viviente ropaje de enroscadas serpientes que a su cuerpo se adherían formando pliegues que de lejos me habían parecido suaves colgantes de la ropa. Sobrecogíome de nuevo el terror. Intenté gritar y no pude. Quise huir y tampoco. Volvió a reírse; pero esta vez era áspera su risa. Entretanto yo miraba, todo había cambiado. Ya no era viviente su todavía negro ropaje. Yo estaba sin aliento y temblando de temor y extrañeza, pues aún me rodeaba con su brazo. Levantó la otra mano y me la puso en la frente. Entonces se me desvaneció el temor y quedé al parecer tranquilo y dichoso. Tenía los ojos cerrados, y no obstante veía. Era consciente, y sin embargo no deseaba moverme.

Levantóse, y alzándome en brazos me acomodó en el escabel de piedra donde había estado sentada. Apoyé la cabeza contra la roquiza pared a espalda mía, y aunque permanecía callado y quieto, todo lo veía.

Irguióse la mujer tan alta como era, extendiendo los brazos por encima de su cabeza, y de nuevo vi las serpientes. Eran vigorosas y hinchadas de vida. No sólo le servían de vestidura sino que le rodeaban la cabeza, aunque no sé decir si eran sus cabellos o estaban adheridas a ella. Juntó las manos por encima de la cabeza, y las terribles serpientes se enroscaron colgantes de sus brazos. Pero yo no tenía miedo. Parecía que para siempre había perdido el temor que hasta entonces me conturbara.

De pronto advertí que estaba otra entidad en el santuario. Era Agmahd, situado junto a la puerta de la estancia interior.

Le miré curiosamente al rostro y permaneció impassible. Estaban apagados sus ojos. Entonces comprendí al punto que la mujer, la luz y yo éramos invisibles para él.

La mujer se inclinó hacia mí de modo que le vi el rostro y sus ojos se fijaron en los míos. No se movió de otra suerte. Aquellos ojos que cortaban como el acero ya no me infundían pavor, pero me retenían como con la garra de un férreo instrumento. Mientras así contemplaba yo a la mujer, vi que de pronto se transmutaban las serpientes en largos y sinuosos pliegues de una

brillante vestidura gris y sus cabezas y sus terribles ojos se transfiguraban en estelares grupos de rosas cuyo penetrante aroma se difundió por todo el santuario.

Entonces vi que Agmahd sonreía y dijo:

- Aquí está mi reina.

- Aquí está tu reina en espera de conocer tus deseos - respondí sin darme cuenta de que hablaba hasta que escuché mi propia voz.

Agmahd repuso:

- Dime qué traje lleva.

Yo repliqué:

- Brilla y centellea y hay rosas en sus hombros.

Agmahd respondió:

- No deseo placeres. Enferma está por ellos mi alma. Pero solicito poderío.

Hasta entonces, los ojos de la mujer, fijos en mí, me habían dado a entender lo que debía decir; pero ahora resonó de nuevo su voz diciendo:

- ¿En el templo?.

Yo repetí sus palabras, sin darme cuenta de que las repetía hasta que escuché el eco de mi voz.

Agmahd respondió altivamente:

- No. Quiero salir de estas paredes y mezclarme con los hombres y obrar a mi voluntad entre ellos. Solicito el poder de hacerlo así. Se me prometió y no se ha cumplido la promesa.

- Porque te faltaron valor y fortaleza para obligar al cumplimiento.

Agmahd respondió:

- Ya no me faltarán más.

Al decir esto vi por vez primera encendido su rostro por la llama de la pasión.

La mujer repuso:

- Entonces pronuncia las fatales palabras.

Alteróse el semblante de Agmahd. Permaneció algunos momentos inmóvil, con el rostro más impasible y pétreo que el de una estatua, hasta que al fin, en tono lento y grave, como si las palabras se detuvieran a reposar en el aire, exclamó:

- Renuncio a mi humanidad.

La mujer repuso:

- Está bien. Pero no puedes quedar solo. Has de traerme otros tan deseosos como tú, de arrostrarlo y conocerlo todo. Yo he de tener doce siervos juramentados. Dámelos y se cumplirá tu deseo.

- ¿Serán iguales a mí?. - Preguntó Agmahd.

- En deseo y en valor, sí. En poderío, no. Porque cada voluntad tiene distintos deseos, y así me serán aceptos sus servicios.

Tras breve pausa respondió Agmahd:

- Obedezco a mi reina. Pero se me ha de auxiliar en tan difícil tarea. ¿Cómo los tentaré?.

A estas palabras, la mujer extendió violentamente los brazos, abriendo y cerrando las manos en extraño ademán que no pude comprender. Relucían sus ojos como ascuas, y después se enfriaron hasta apagarse.

Luego respondió:

- Yo te instruiré. Obedece mis órdenes y no temas. Si me obedeces, triunfarás. A tu disposición tienes en este templo todos los elementos necesarios. Hay diez sacerdotes prontos a ponerse en tus manos. Están ansiosos y yo les satisfaceré las ansias. Pero a ti no te saciaré hasta que hayas dado pruebas de firmeza y valor, porque pides mucho más que los otros.

- ¿Y quién completará el número? - preguntó Agmahd.

La mujer respondió:

- Este muchacho. Es mío. Mi escogido y predilecto servidor. Yo le enseñaré, y por su mediación os enseñaré a vosotros.

CAPÍTULO X

La mujer prosiguió:

- Dile a Kamen Baka que conozco el deseo de su corazón y que lo satisfará; pero antes debe pronunciar las fatales palabras.

Agmahd inclinó la cabeza, y dando la vuelta salió silenciosamente del santuario.

Quedé otra vez solo con la mujer, que se me acercó, clavando en los míos sus terribles ojos.

Pero mientras la contemplaba, desvaneciése ante mi presencia y en su lugar apareció una áurea claridad que poco a poco fue concretándose en una forma muchísimo más hermosa que cuantas hasta entonces había visto.

Era un frondoso árbol cuyo follaje pendía con aspecto más bien de cabellera que de fronda. En cada rama había apretados racimos de entreabiertas flores, y áureas aves adornadas de vistosos colores que saltaban de acá para allá entre las flores.

Deslumbrados mis ojos, exclamé:

- ¡Oh!. Dadme para mí una de estasavecillas y en mí anide como anida entre las flores.

La voz respondió:

- Las tendrás a centenares y te querrán tanto que besarte han en la boca y tomar la comida de tus labios. Muy luego poseerás un jardín en que ha de crecer un árbol como este y todas las aves del aire te amarán. Pero primero has de obedecer mis órdenes. Dile a Kamen que entre en el santuario.

Yo exclamé:

- ¡Que entre!. ¡Ha de entrar el sacerdote Kamen Baka!.

Vino Kamen y permaneció de pie en el umbral de la intérrima estancia. Desvaneciése el árbol y apareció de nuevo la tenebrosa figura de mujer con su fúlgido ropaje ondulante y sus crueles ojos fijos en el sacerdote.

La mujer me habló en voz baja:

- Dile que satisfecha quedará el ansia de su corazón. Desea amor y lo tendrá. Los sacerdotes del templo le miran con frialdad y le parece que son de piedra sus corazones. Quiere verlos adorándole de rodillas a su alrededor cual complacientes esclavos. Y los verá, porque ha de ejercer este oficio que hasta ahora ejercí. Satisfará la salacidad de sus corazones y en agradecimiento lo

alzarán sobre un pedestal superior a todos menos el mío. ¿Hay bastante con ello?

Pronunció la mujer esta frase en tono de profundo desprecio, y yo leí en su terrible rostro que despreciaba a Kamen por el mezquino límite de su ambición.

Pero al repetir yo las palabras perdieron su aguijón.

Kamen inclinó la cabeza y en su rostro brilló una extraña exaltación de júbilo, al responder:

- Hay bastante.

- Pues entonces pronuncia las fatales palabras.

Kamen Baka postróse de hinojos, levantó las manos por encima de la cabeza y su semblante transmutóse en aspecto de angustia y dijo:

- De ahora en adelante, aunque todos los hombres me amen, a nadie amaré.

La tenebrosa figura acercóse a Kamen y le tocó la cabeza con la mano, diciendo:

- Eres mío.

En seguida volvióse, con una sonrisa más fría que una helada del Norte. Me daba la idea de que para Kamen era maestra y guía, mientras que a Agmahd le había hablado como pudiera hablar una reina a principal valido, a quien a un tiempo aprecia y teme porque tiene fortaleza.

Acercándose después a mí, me dijo:

- Ahora hay aquí trabajo para ti. En este libro están escritos los deseos de los sacerdotes que han de ser mis siervos. Estás fatigado y debes descansar porque no quiero que te hagan daño. Has de ir creciendo hasta ser un hombre fuerte, digno de mi favor. Pero ten siempre contigo el libro, y apenas mañana te despiertes vendrá Kamen a ti y tú le leerás la primera página. Cuando haya cumplido su primera tarea, volverá a ti de madrugada, y tú le leerás la segunda; y así sucesivamente hasta terminar el libro. Díselo como te digo, y encárgale que no desmaye en tiempo alguno por muchas que sean las dificultades. Cada dificultad vencida acrecentará su poder y cuando todo termine será el supremo.

Le repetí estas palabras a Kamen, que estaba en el umbral con las manos cruzadas por delante y cabizbajo, de modo que no le podía ver el rostro. Pero cuando acabé la repetición, levantó la cabeza y dijo:

- Obedezco.

Su semblante brillaba con el mismo fulgor que yo le había notado anteriormente.

La mujer repuso:

- Ordénale que se vaya y que le diga a Agmahd que venga.

Al repetir esta orden, se retiró silenciosamente Kamen y en su andar conocí que en aquel lugar eran de todo punto ciegos sus ojos.

Un momento después aparecía Agmahd en el umbral.

Acercósele la mujer, le puso la mano en la frente y en seguida la vi ceñida por una corona. Agmahd sonreía:

Ella dijo:

- Dile a Agmahd que es para él. Es la mayor corona excepto una en la tierra y que no ceñiría otra mayor. Ahora mándale que en sus brazos te lleve a la cama. Pero retén fuertemente el libro.

Mientras repetía sus palabras, acercóse a ponerme la mano en la frente. Invadióme profunda y deliciosa languidez y pensé que las palabras expiraban en mis labios. Pero no pude repetir las. Todo se había disipado. Estaba dormido.

CAPÍTULO XI

Desperté ya muy entrado el día, y comprendí que había dormido larga y profundamente. Mi aposento semejaba un jardín por lo tan lleno de rosas. Contemplábanlas mis ojos con deleite, pero al punto se posaron en algo que los mantuvieron fijos en él. Era una figura humana, arrodillada en medio de la estancia; un sacerdote cabizbajo en quien reconocí a Kamen Baka. Di unos pasos, a cuyo leve rumor levantó Kamen la cabeza y me miró. Al moverme noté que el libro estaba abierto a mi lado. Clavé los ojos en la página, vi letras que brillaban y sin darme cuenta las leí en voz alta. Cesé de leer porque ya no había nada más escrito en lenguaje claro, pues el resto eran jeroglíficos.

Kamen Baka se puso en pie. Le miré y vi iluminado su semblante por lo que me pareció alborotado regocijo.

Al punto exclamó:

- Hoy me besaré los pies.

Después, al notar la extrañeza con que le miraba, preguntó:

- ¿Lo leíste todo?.

- Yo respondí:

- Todo cuanto pude comprender. Lo demás está en caracteres extraños que desconozco.

Volvióse instantáneamente y salió del aposento. Miré yo de nuevo la página leída del libro, para ver qué palabras le habían de tal suerte excitado. Ya no me eran inteligibles y también estaban escritas en jeroglíficos. Las contemplé con desesperación porque no podía recordar palabra alguna de las que había leído. Me cansé de cavilar en aquella cosa tan extraña, hasta que al fin volvíme a quedar dormido, con la cabeza apoyada en el místico libro. No desperté de aquel profundo y tranquilo sueño hasta que un ruido me sobresaltó. Dos jóvenes sacerdotes estaban en mi aposento. Traían pasteles y leche, que de rodillas me ofrecieron. A no impedírmelo el temor me hubiera reído de verlos así arrodillados ante un muchacho campesino. Cuando concluí de comer, se marcharon; pero no me quedé solo. Alzóse la cortina, y al ver quién entraba, me puse en pie y brotaron risas de mi boca. Era Sebua el jardinero.

Yo le pregunté:

- ¿Cómo es que vienes a verme?. En verdad me figuraba que nunca te volvería a ver.

El respondió:

- Agmahd me envía.

- ¡Agmahd! - exclamé sorprendido, acercándome a él y estrechando su brazo entre mis manos.

Sebua respondió:

- Soy de carne y hueso. No pueden convertirme en fantasma. Cuando me veas no dudes de que soy yo mismo.

Hablaba en tono áspero y enojado, y de pronto tuve miedo, aunque no me duró mucho, porque en su feísimo rostro apareció la extraña sonrisa.

- Has de venir conmigo al jardín - me dijo tendiéndome la atezada y robusta mano.

Le di la mía y juntos salimos del aposento, encaminándonos presurosos a través de las vastas estancias vacías y a lo largo de los pasadizos del templo hasta llegar a la estrecha verja de hierro por entre cuyos barrotes había visto yo por vez primera el rostro de Sebua. Como entonces, también ahora se veía más allá el jardín, cual encantadora visión de verdura, luz y color.

- ¡Oh!. Cuan contento estoy de volver aquí - exclamé.

Sebua respondió de mal humor:

- Primero viniste a trabajar, y habías de ser mi galopín. Ahora todo ha cambiado. Te has de divertir sin trabajar, y yo he de tratarte a lo príncipe. ¡Vaya!. Me extraña que no te hayan echado a perder todavía, muchacho. ¿Te gustaría tomar un baño?.

Yo respondí:

- Pero, ¿En dónde?. ¿En qué aguas?. A mí me gustaría zambullirme y nadar en aguas frías y profundas.

- ¿Sabes nadar?. ¿Te gusta el agua?. Pues ven conmigo y te mostraré un agua profunda que estará bastante fría. ¡Vente conmigo!.

Eché a andar Sebua y yo hube de apretar el paso para igualarlo con el suyo. Iba él murmurando entre dientes sin entender yo lo que decía, aunque tampoco cuidé de escucharlo, porque pensaba en la delicia de zambullirme en las frescas aguas aquella cálida y lánguida mañana.

Llegamos a un paraje donde había un ancho y profundo estanque en el que rápida y copiosa caía el agua procedente de algún punto más alto.

- Aquí tienes el agua - dijo Sebua - sin flores que estorben.

Estaba yo en la orilla del estanque, a los cálidos rayos del sol. Me desnudé, y después de una breve pausa para mirar en derredor y recrearme en

las caricias del sol me zambullí en el agua. ¡Ah!. Verdaderamente estaba fría. Casi perdí el aliento al recibir la repentina impresión pero me recobré y me puse a nadar, no tardando en sentir la deliciosa sensación del refrigerio. Me sentía fuerte y ágil en la suave frescura de las aguas, no lánguido como entre los fragantes perfumes del templo o los intensos aromas de las flores en mi aposento. Por tan dichoso me tenía, que quise permanecer un buen rato en la asoleada agua, y así cesé de nadar, quedándome ociosamente a flote con los ojos cerrados para que no me deslumbrara la luz del sol.

De pronto noté algo por tan demás extraño, que retuve el aliento; pero al propio tiempo tan sumamente agradable que no me infundió temor alguno. Me habían besado en la boca. Abrí los ojos. Allí a mi lado, tendida sobre las aguas estaba mi reina, la reina de los lirios, Nuestra Señora del Loto. Lancé un grito de júbilo. Inmediatamente se borraron de mi memoria cuantos placeres había yo gozado desde la última vez que la viera. Era mi reina, mi hermosa amiga. Estando allí ella, no había para mí nada más en el mundo.

Me habló diciendo:

- Hijo mío; de nuevo has vuelto a mí; pero pronto me dejarás. Y ¿Cómo podré yo ayudarte si completamente me olvidas?.

No respondí porque estaba avergonzado. Apenas podía creer que la hubiese olvidado; y sin embargo, reconocía que era verdad.

Me dijo:

- Las aguas en que ahora te bañas, manan del paraje donde mis flores, las corolas de loto, moran en todo su esplendor. Morirías si así te bañases en el agua donde ellas moran; pero ésta que de ellas mana tiene en sí muy poco de su vitalidad y aun les dio la suya. Cuando puedas sumergirte en las aguas del estanque del loto, entonces serás vigoroso como el águila y anhelante como la nueva vida del recién nacido. ¡Hijo mío! sé fuerte. No escuches lisonjas que te conturben. Escucha únicamente la verdad. Mantente siempre en la luz y no consientas que te alucinen los fantasmas, porque te espera la vida de las vidas y pronto está a ser tuya la flor del conocimiento y del amor. ¿Querías ser un juguete, un mero instrumento, en manos de quienes sólo procuran satisfacer sus egoístas deseos?. ¡No!. Adquiere conocimiento y fortalécete. Entonces serás un luminar para el mundo. Ven, hijo mío, dame la mano y levántate confiado, porque estas aguas te sostendrán. Levántate y póstrate de hinojos en ellas y bebe luz de sol. Levántate, arrodíllate sobre ellas y suplica a la luz de toda vida que te ilumine.

Me levanté asido de su mano. Arrodilléme junto a ella. Levánteme nuevamente y con ella permanecí de pie sobre las aguas. Después ya no experimenté nada más.

“¿Querías ser un juguete, un mero instrumento, en manos de quienes únicamente procuran satisfacer sus egoístas deseos?”.

Estas palabras susurraron en mi oído al despertar. Las repetí una vez tras otra y las recordé perfectamente una por una. Pero eran vagas y sin significado para mí. Creí haberlas comprendido al oírías por vez primera; pero después resonaban en mi oído como las de un predicador en el de los danzantes de las fiestas.

Era yo un chiquillo cuando hirieron mi oído estas palabras; un muchacho desvalido a causa de mi ignorancia y exuberante juventud. Según fui creciendo con los años, la clamante exhortación hecha a mi alma por la Reina del Loto vibraba débilmente y sin significado en las oscuras regiones de mi mente. Eran para mí como el canto del sacerdote para el parvulito que sólo oye la cadencia. Pero nunca la olvidé. Mi vida quedó en manos de hombres que me esclavizaron en cuerpo y espíritu, y pesadas cadenas aprisionaban mi inexperta alma. Aunque mi cuerpo cedía torpemente a la guía de sus dueños y era yo esclavo, sin embargo, reconocía la existencia de la libertad bajo el despejado firmamento.

Pero aunque yo obedecía ciegamente y daba toda mi fuerza y poder a las viles prácticas del profanado templo, conservaba fija en mi corazón la memoria de la hermosa reina cuyas palabras estaban grabadas en mi mente con caracteres de fuego inextinguible.

Sin embargo, al llegar a hombre, enfermó mi alma porque las palabras que en ella titilaban como una estrella arrojaron una luz en mi calamitosa vida. Así lo noté en cuanto tuve mayor discernimiento, y una fatigosa pesadez, como de muerte o desesperación, me veló las bellezas del mundo. De alegre muchacho, criado dichosamente a los besos del sol, me convertí en un joven taciturno, de ojos abultados y pesarosos por las lágrimas, y cuyo corazón escondía muchos secretos, aunque a medias comprendidos, de aflicción, pecado y vergüenza.

A veces, al vagar por el jardín con la vista fija en las tranquilas aguas del estanque del loto, suplicaba que de nuevo apareciera la visión. Pero no apareció. Perdido había la inocencia del niño sin tener aún la fortaleza del hombre.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO I

Tendido estaba en el jardín del templo cabe un copudo árbol que arrojaba profunda sombra sobre la hierba. Me había fatigado mucho porque pasé toda la noche anterior declarando a los sacerdotes los mensajes de su tenebroso espíritu. Dormí un poco en medio del cálido aire y desperté invadido de extraña tristeza. Notaba que se había desvanecido mi juventud sin haber gozado jamás de sus ardores.

A cada uno de mis lados estaba un joven sacerdote. Uno de ellos me abanicaba con una ancha hoja que debía de haber arrancado del árbol. El otro, apoyado con una mano en la hierba, me miraba anhelosamente. Eran sus ojos rasgados, negros y placenteros como los de un manso animal. A menudo había yo admirado su belleza y me alegraba verlo a mi vera.

Al notar que abría yo pesadamente los ojos y le miraba al rostro, me dijo:

- Has estado demasiado tiempo puertas adentró. Ahora no te abrumarán con las ceremonias del templo, aunque seas el único que puede darles vida. ¿Quieres venirte con nosotros a la ciudad y gozar de algo distinto del ambiente del templo?.

Yo respondí:

- ¡Pero si no podemos!.

- ¿Que no podemos?. - Exclamó Malen despectivamente. - ¿Acaso crees que estamos aquí presos?.

- Pero aunque encontráramos el medio de salir, las gentes nos conocerían, porque los sacerdotes no se mezclan con las gentes.

- Las gentes no nos reconocerán - repuso Malen riendo alegremente. - Agmahd nos ha dejado en libertad. Agmahd nos ha concedido poder. Ven si quieres; vamos a salir.

Levantáronse los dos y me tendieron las manos para ayudarme a levantar. Pero ya no estaba débil. Me puse en pie, arreglé mis blancas vestiduras, y les dije:

- ¿Vamos a ir así vestidos?.

- Sí, sí; pero nadie nos conocerá. Podemos tomar el aspecto de mendigos o de príncipes, según queramos. Agmahd nos ha conferido poder. ¡Ven!

Yo estaba tan contento como ellos ante la perspectiva de una aventura semejante. Cruzamos corriendo el jardín hasta llegar a una estrecha puerta en la tapia. Malen la tocó y abrióse al punto. Estábamos fuera del templo.

Mis compañeros iban riendo y hablando mientras atravesábamos la planicie en dirección a la ciudad.

Yo andaba con ellos escuchándolos, aunque poco entendía lo que hablaban. Evidentemente conocían la ciudad, que para mí no era más que un nombre. Cierto es que yo había correteado por ella con mi madre, cuando era un descalzo muchacho campesino; pero ahora me parecía que había de entrar en las casas y mezclarme con gentes de acomodada posición. Este pensamiento me atemorizaba.

Apresuramos el paso hasta llegar a una de las calles más concurridas. Estaba llena de gentes gozosas, que ostentaban hermosos trajes, y parecía como si todas las tiendas vendiesen únicamente joyas. Después fuimos por una amplia avenida a un patio, del que pasamos a un vestíbulo de mármol con una fuente de surtidor y frondosos y floridos arbustos que exhalaban penetrante aroma.

Una amplia escalinata de mármol conducía fuera de aquel salón, e inmediatamente subimos por ella hasta llegar arriba donde Malen abrió una puerta y entramos en una cámara de la que pendían dorados cortinajes y en la que estaban varias personas cuyos trajes y joyas me deslumbraron. Sentábanse en torno de una mesa, bebiendo vino y comiendo golosinas. El ruido de las risas y las conversaciones llenaba el aire cargado de perfumes.

Tres agraciadas mujeres se levantaron para recibirnos, y cada una de ellas tomó de la mano a uno de nosotros y nos condujo a sentarnos a su lado. En un momento nos entremezclamos con la concurrencia y unimos a las de ellos nuestras risas, como si allí hubiéramos estado sentados durante todo el festín.

No sé si fue el aromático vino que bebí o el mágico contacto de la hermosa mano que a menudo tocaba la mía al posarse sobre el recamado mantel; pero lo cierto es que la cabeza se me iba y hablaba de cosas que no entendía ni entendí hasta ahora, y me reía de dichos que una hora antes le hubieran parecido ininteligibles a mi falta de comprensión.

La mujer que a mi lado se sentaba me estrechó la mano entre la suya. Me volví a mirarla. Ella se inclinaba hacia mí y su rostro resplandecía de

belleza y juventud. Por la suntuosidad de su traje me había parecido que yo era un chiquillo comparado con ella; pero luego noté que era joven, más joven que yo; y sin embargo, de tan gallarda complexión y tan radiante su encanto, que aunque niña por los años, parecía mujer por su hechicera prestancia.

Al contemplar sus cariñosos ojos se me figuró que la conocía, que me eran familiares sus encantos y más vivos todavía por su familiaridad. Dijo ella algo que al principio no entendí y que apenas oía; pero poco a poco, según escuchaba fui comprendiendo. Me habló de lo mucho que había suspirado por mí durante mi ausencia, del amor que me tenía y de su amor a todos los demás en este mundo.

Después dijo:

- El salón me parecía obscuro y silencioso hasta que tú llegaste. No me alegraba el festín. Los demás reían, pero sus risas resonaban en mi oído como sollozos de los que están en el tormento. ¿Es natural que yo, tan joven y tan lozana y tan henchida de amor, esté triste?. ¡No!. No me cuadra la tristeza. ¡Ah!. Mi amado, mi esposo, no vuelvas a dejarme sola. Quédate a mi lado y mi pasión te dará fortaleza para cumplir tu destino.

Levánteme súbitamente de mi asiento y estrechando fuertemente su mano entre la mía, respondí en alta voz:

- Verdad es. Hice mal en desechar la exaltación de la vida. Confieso que tu hermosura, que en realidad es mía, se había borrado de mi mente. Pero ahora que con mis ojos te veo, dudo de que jamás haya podido ver belleza igual en nada del cielo o de la tierra.

De pronto, mientras yo hablaba noté un movimiento de alarma entre los sobresaltados comensales, que con pasmosa rapidez se levantaron de la mesa y salieron del salón. Únicamente quedaron los dos jóvenes sacerdotes con los ojos fijos en mí. Parecían graves, serios y conturbados. Levantáronse lentamente, y Malen me preguntó:

- ¿No volverás al templo?.

Mi respuesta fue un gesto de impaciencia.

Malen prosiguió diciendo:

- ¿Olvidas que vinimos tan sólo a contemplar las locuras de la ciudad para saber de qué barro están hechos los hombres?. Ya sabes que los sacerdotes iniciados han de conservar su pureza. Y ¿Qué de ti, el vidente del templo?. Ni aun yo, que sólo soy novicio, cederé al ardiente anhelo de libertad que llena mi alma. ¡Ah!. Ser libre, ser un vecino de la ciudad y conocer el significado de la vida. Pero no me atrevo. De lo contrario, yo que soy menos

que nada, no tendría lugar en el templo ni sitio en el mundo. ¿Cómo entonces no será contigo, el vidente?. ¿Cómo responderemos de ti a Agmahd?.

Yo no contesté. Pero ella, que a mi lado se sentaba, levantóse y acercándose a Malen, le puso en la mano una joya que se quitó del cuello, y le dijo:

- Dale esto y nada preguntará.

CAPÍTULO II

Desde aquel punto y hora comienza una época de la que no puedo dar cuenta tan exacta como de las otras de mi vida. Está confusa y velada por la similitud de las experimentadas emociones, que se entremezclaban hasta el extremo de fundirse en una. Diariamente apuraba la copa del placer. Cada hora me parecía más hermosa mi hermosa compañera cuyo rostro contemplaba con admiración. Ella me conducía a través de las estancias de nuestro palacio cuyo esplendor no podía detenerme a mirar porque siempre había más allá otras estancias de mayor magnificencia.

Los dos vagábamos por los jardines donde las fragantes flores crecían con profusión tal como jamás había yo visto en ningún otro paraje. Allende los jardines había praderas entre cuya corta y suave hierba medraban multitud de flores silvestres y lucían sus corolas los lotos en la corriente que atravesaba los campos. Allí concurrían al atardecer las doncellas de la ciudad, unas a sacar agua, otras a bañarse en la corriente y sentarse después en la orilla, hablando, riendo y cantando hasta muy entrada la noche. Sus lucentes formas y dulces voces reduplicaban la belleza de la primanoche y yo hubiera permanecido entre ellas bajo el estrellado cielo y a veces me quedara hasta la aurora jugueteando con todas, aunque sólo murmurando palabras de amor en los oídos de las más hermosas. Y cuando cantando en voz baja de mí se alejaban, la mi hermosísima regresaba conmigo al palacio donde vivíamos en medio y sin embargo apartados de la ciudad. Porque éramos dichosos como nadie en aquella ciudad.

No sé cuánto tiempo transcurrió así. Sólo diré que un día, descansaba yo tendido en mi aposento, y ella, la hermosísima, entonaba dulces cantos de amor con la cabeza apoyada en mi brazo, cuando de pronto espiró el canto en sus labios, y quedóse pálida y callada. En el silencio oí pasos lentos y quedos en la escalera. Abrióse la puerta y apareció en ella inmóvil el jerarca Agmahd.

Miróme un momento con sus terribles ojos, fríos como gemas. Dibujábase en sus labios una sonrisa que me infundió miedo hasta temblar.

- Ven - me dijo.

Me levanté sin vacilar, porque comprendí que debía obedecer. No miré hacia atrás hasta que oí el rumor de un rápido movimiento acompañado de un sollozo. Retrocedí; pero la hermosísima había desaparecido. ¿Huiría ante

aquella inesperada aparición en nuestro aposento?. No me era posible quedarme a averiguarlo ni tampoco ir a consolarla. Comprendía que debía seguir a Agmahd, pues como nunca hasta entonces experimentaba la sensación de que era mi dueño. Al encaminarme hacia la puertavía vi atravesada en el umbral una serpiente que irguió la cabeza al acercarme. Salté hacia atrás lanzando un grito de horror a la espantable vista del ofidio.

Agmahd me dijo sonriendo:

- No temas. Es una favorita de tu reina, a cuyos escogidos servidores no hace daño. ¡Ven!.

Su mandato me compelió a seguirle. No me atrevía a desobedecerle. Pasé por encima de la serpiente sin mirarla, y al llegar a la escalera oí que coléricamente silbaba.

Agmahd siguió a través de los jardines hacia las praderas de allende. Era primanoche y ya las estrellas fulguraban en el firmamento y relucían los ojos de las doncellas sentadas en grupos a orillas de la corriente. Pero no cantaban según su costumbre. En medio de la corriente estaba un bote con dos remeros en quienes reconocí a los dos jóvenes sacerdotes que habían ido conmigo a la ciudad. Tenían los ojos bajos y no los levantaron ni aun al yo acercarme. Al pasar junto a las doncellas, comprendí que habían reconocido a antiguos amigos y alegres compañeros en aquellos dos jóvenes sacerdotes, y se admiraban de verlos vestidos de tal manera y en tan diferente porte.

Agmahd entró en el bote. Yo le seguí, y al punto bogamos silenciosamente con rumbo hacia el templo.

Nunca había yo visto la puerta fluvial del templo. Cuando estuve en la ciudad con mi madre oí decir que se utilizaba a menudo aquella puerta, pero después quedó reservada tan sólo para los festivales, de modo que mucha fue mi admiración al entrar en el templo por aquel paraje; y subió de punto mi sorpresa al ver todo el sagrado recinto lleno de botes con floridos adornos y sentados en ellos sacerdotes de blancas vestiduras y ojos bajos. Pronto comprendí que era día de festival.

Me parecía que había transcurrido un siglo desde mi estancia en aquel templo. El mismo Agmahd me resultaba extraño y desconocido. ¿Es que había yo envejecido mucho?. No podía decirlo porque me faltaba espejo donde mirarme y amigo a quien preguntárselo. Únicamente me daba cuenta de que comparado con los jóvenes que correteaban por el jardín del templo anhelosos de aventuras, ya era yo un hombre. Y comprendía que no con gloria sino con vergüenza había llegado a la virilidad. Yo era esclavo. Profunda melancolía invadió mi alma al entrar en el templo. El bote atracó junto a una escalinata de

mármol situada adentro los muros y bajo la techumbre del templo. Nunca había advertido que el río estuviese tan cerca. Al llegar a lo alto de la escalinata, Agmahd abrió una puerta y he aquí que inmediatamente nos hallamos ante el santo de los santos. Únicamente unas cuantas antorchas de llama mortecina sostenidas por sacerdotes alumbraban el vasto corredor. Afuera en el río aun lucía la claridad del crepúsculo vespertino; pero en el templo la obscuridad era de noche cerrada. A una señal de Agmahd apagaron los sacerdotes las antorchas. Sin embargo, no se extinguieron todas las luces, porque en el marco de la puerta del santuario brillaba la extraña claridad que tanto en otro tiempo me había aterrorizado y que no me infundió ahora temor alguno. Sabía qué hacer, y sin vacilar lo hice impávidamente. Me adelanté, abrí la puerta y entré.

Dentro estaba la tenebrosa mujer de vestiduras refulgentes y fría y terrible mirada. Sonriente me alargó la mano, a cuyo contacto me estremecí por lo tan fría.

Después me habló:

- Dile a Agmahd que voy al punto. Que estará a tu lado en el bote. El se ha de colocar en el centro con nosotros y en nuestro alrededor mis otros siervos. Y después, si todo se efectúa según mis órdenes, obraré un prodigio ante los sacerdotes y el pueblo. Lo haré así, porque estoy complacida de mis servidores y quiero que tengan poderío y riquezas.

Yo repetí sus palabras y al terminar la repetición surgió de entre las tinieblas la voz de Agmahd diciendo:

- ¡Sea bienvenida la reina!. ¡Se la obedecerá!.

Al cabo de un momento volvieron a encender las antorchas, y vi que había diez, cuyos portantes eran otros tantos sacerdotes vestidos de blancas túnicas profusamente recamadas de oro como la de Agmahd. Entre los diez estaba Kamen Baka cuyo rostro me pareció extraño por su semejanza con el de un extático.

Agmahd abrió la puerta que daba a la escalinata del río, donde anclaba otra embarcación muy diferente, pues era mucho mayor, con una espaciosa cubierta rodeada de pebeteros en que ardía un perfume de penetrante fragancia. En el espacio circunscrito por los pebeteros estaba trazado un círculo carmesí y con él mezclada una figura que no pude comprender. A uno y otro lado del barco, en un plano inferior al de la elevada cubierta, se sentaban los remeros, que eran sacerdotes vestidos de blanco, todos ellos quietos, mudos y en espera con los ojos bajos. La embarcación estaba

engalanada con tupidas guirnaldas de flores juntas unas con otras hasta semejar recias sogas. Una lámpara ardía a cada extremo.

Entramos en el barco. Agmahd fue el primero y se colocó en el centro del círculo. Yo me puse a su lado. Entre los dos, claramente visible a mis ojos, estaba la entidad que despedía un fulgor como el que iluminaba el santuario, aunque no tan brillante. Pero noté que únicamente yo me daba cuenta de su presencia.

También entraron en el barco los otros diez sacerdotes colocándose en círculo a nuestro alrededor. Entonces zarpó lentamente el barco desde el pie de la escalinata, y vi que nos precedían y nos seguían buen número de botes engalanados con flores e iluminados con lámparas y todos llenos de sacerdotes vestidos de blanco. Silenciosamente se internó la procesión en el seno del sagrado río con rumbo a la ciudad.

Cuando por fin estuvimos fuera del templo, oí un recio sordo murmullo que llenaba el aire. Tan largo y profundo era que me hizo temblar de extrañeza, pero como nadie más se sintió conturbado, muy luego advertí en qué consistía. En cuanto tuve la vista acostumbrada a la claridad de las estrellas vi que en los campos adyacentes a las márgenes del río se agitaba ondulantemente una compacta masa de formas humanas. Una enorme multitud se apiñaba junto a las orillas del río y llenaba los campos en toda la distancia que alcanzaba mi vista. Era un solemne festival y yo no lo sabía. Permanecí un rato perplejo, hasta que recordé haber oído hablar de él, pero sin prestar atención porque estaba engolfado en los placeres. Acaso si hubiese permanecido en la ciudad hasta entonces, me hubiese mezclado con el gentío; pero ahora estaba aislado de la multitud y me parecía que también de toda la humanidad. Iba yo tan silencioso e inmóvil como el mismo Agmahd; y sin embargo, me atormentaba el alma un incomprensible desconuelo y la oprimía el horror del desconocido porvenir.

CAPÍTULO III

Según iban bogando los botes por el río, rompió de pronto el profundo silencio una explosión de cánticos. Eran las voces de los sacerdotes remeros. De cada bote surgía el himno en robusto son, y pude ver, a pesar de la obscuridad, el movimiento de la multitud que caía de hinojos. Pero no decían palabra. Adoraban y escuchaban mientras las voces de los sacerdotes resonaban en los aires.

Al cesar el cántico, reinó durante algunos minutos inquebrantable silencio. Las gentes permanecían arrodilladas, silenciosas e inmóviles. Pero de pronto se postraron frente el suelo, y oí el suspiro, el prolongado hálito de pavor que surgía de entre la multitud. Porque los sacerdotes habían prorrumpido de nuevo en un melodioso grito de triunfo, diciendo en alta y firme voz:

- ¡Con nosotros está la diosa!. ¡En medio de nosotros está!. ¡Prostérnate, ¡Oh!. Pueblo, y adora!.

En este momento, la entidad que se hallaba entre Agmahd y yo, se volvió hacia mí sonriente y dijo:

- Ahora, mi siervo escogido, necesito tus servicios. Ya te pagué por adelantado para que no vacilases. No temas. Recibirás nueva y doble paga. Dame las manos. Pon tus labios en mi frente y no temas, no te muevas ni grites aunque sientas debilidad y temor. Tu vida será mía. Yo te la quitaré, pero te la devolveré. ¿No tiene esto valía?. No temas.

Obedecí sin vacilar, pero con inimaginable temor, aunque no me era posible resistir a su voluntad. Me reconocía su esclavo. Sus frías manos estrecharon las mías e instintivamente me pareció que ya no eran suaves, sino que se habían convertido en remaches de acero que inexorablemente me sujetaban. Impelido por mi sentimiento de impotencia, arrostré el centelleo de aquellos terribles ojos y me acerqué a ella. Deseaba que viniese la muerte a libertarme, pero no me cabía esperar auxilio alguno. Posé los labios en su frente. El perfume de los pebeteros y el humo de las lámparas me tenían medio amodorrado con la cabeza entorpecida y pesada. Pero al tocar con mis labios su frente, que los abrasó no sé si de calor o de frío, invadióme una frenética sensación de júbilo, de agilidad, de casi insensato deleite. No me conocía a mí mismo. Estaba impelido y dominado por un ondulante mar de

emociones que no eran mías. Irrumpieron en mí y su ímpetu pareció, según creí entonces, borrar enteramente mi individualidad para siempre. Sin embargo, no estaba inconsciente. Por el contrario, mi conciencia era de momento más intensa y despierta. Después, en un extraño instante, olvidé la perdida individualidad y me di cuenta de que vivía en el cerebro, en el corazón, en la esencia de aquel ser que tan por completo me había dominado. Un grito salvaje, instantáneamente acallado, surgió de entre el gentío. Veían a su diosa. Al bajar yo los ojos vi a mis pies el al parecer muerto cuerpo de un joven sacerdote vestido de blanca túnica recamada de oro. Me detuve un instante, suspendiendo el júbilo que me infundía mi poderío, a preguntarme: ¿Estaba muerto?

CAPÍTULO IV

Claramente percibía yo la multitud que a uno y otro lado se apiñaba, porque los iluminaba una luz que ellos no veían. No era la claridad de las estrellas sino un fulgor que no salía del cielo sino de mis ojos. Veía sus corazones; no les veía el cuerpo sino su propio ser. Reconocí a mis servidores y se exaltó mi alma al advertir que casi toda aquella multitud estaba dispuesta a servirme. Mío era un valioso ejército. Me obedecerían, no por deber sino por el deseo que les sojuzgaba el ánimo.

Vi cuál era el anhelo de cada corazón y comprendí que podía satisfacerlo. Permanecí visible un largo lapso y después dejé a mis escogidos siervos. Les mandé que se acercaran a la orilla, porque como ya no quería dejarme ver por aquellos embotados ojos humanos, podía hablar y tocar a quienes escogiese. La robusta vida del joven sacerdote bastaba para alimentar por algún tiempo la lámpara del poder físico, si yo no la consumía por acaso demasiado rápidamente.

Desembarqué en la orilla y me interné entre la multitud, murmurando al oído de cada cual el secreto de su corazón; y más aún, les dije cómo lograr aquello en que íntimamente pensaban. Nadie, ni hombre ni mujer, dejaban de alimentar algún anhelo que por lo vergonzoso no se hubieran atrevido a revelar jamás ni siquiera a su confesor. Pero yo lo descubría y lo arreglaba de manera que ya no fuese vergonzoso, demostrando cuan leve esfuerzo de voluntad, cuan escaso conocimiento era necesario para dar el primer paso en el camino de la concupiscencia. De acá para allá atravesé toda la muchedumbre, y según pasaba iba dejando tras de mí una enloquecida y apasionada multitud. Por último ya no fue posible refrenar la embriaguez que mi presencia producía. A una voz prorrumpió el gentío en un alborotado canto que estremeció mi sangre. ¿No había yo oído aquel canto bajo otros cielos, entonado por voces y lenguas de otros pueblos?. ¿No lo había oído yo en boca de naciones largo tiempo ha extinguidas y olvidadas?. ¿No lo he de oír en labios de gentes cuya morada está todavía por asentar?. ¡Es mi canto!. ¡Me vivifica!. Silenciosamente entonado en la soledad de un corazón es el grito de la inexpresada pasión, la escondida locura del ser. Pero cuando brota de la garganta de la multitud se desvanecen la vergüenza y el disimulo. Entonces es el frenético descoco de la orgía, el vocerío de los devotos del placer.

Cumplida estaba mi obra. Había encendido un violento fuego que bramaba como el incendio de un bosque. Regresé al bote sagrado donde inmóviles me esperaban mis escogidos servidores, los jefes del templo. ¡Ah!. ¡Los míos, de potente pasión!. ¡Reyes de la lujuria!. ¡Monarcas del deseo!.

Y el joven sacerdote ¿Estaba todavía allí?. ¿Aún permanecía como muerto?. Sí; yacía inmóvil, pálido, en medio del círculo formado por los jefes, a los pies de Agmahd, que se hallaba solo en el centro.

A este pensamiento me pareció como si de repente me subyugara yo, de misteriosa manera, de aquel mar de pasión en que me había sumergido. Me reconocí de nuevo a mí mismo. Comprendí que yo no era la diosa, sino tan sólo que ella me había absorbido y chupado en su abarcante personalidad. Ya estaba otra vez separado de ella. Pero no me reincorporé en aquella lívida forma que inanimada yacía en la cubierta del barco. Estaba en el templo, y aunque en plena obscuridad, conocía que aquel lugar en que me hallaba era el santo de los santos. Una claridad quebró las tinieblas. Miré y he aquí que el intérrimo antro resplandecía de luz y en él estaba la Señora del Loto.

Yo permanecía en la puerta del antro, cerca de ella, bajo el influjo de su mirada. Quise huir, intenté volverme y no pude. Temblé como nunca hasta entonces había temblado ni aun de horror o espanto.

Porque ella, sin pronunciar palabra, fijaba en mí los ojos chispeantes de encendida cólera. Y la que me había sido cariñosa amiga, dulce como una madre, estaba ahora ante mí con toda su majestad, y entonces comprendí que había enojado al dios más temible de cuantos conocen los hombres.

Por fin dijo:

- ¡Oh!. Sensa, amado de los dioses, ¿Para esto naciste?. ¿Para esto se abrieron tus ojos y se te hizo clara la percepción de tus sentidos?. Bien sabes que no. Sin embargo, aquellos videntes ojos y agudos sentidos sirvieron por fin a su dueño y te mostraron quién y qué es a lo que has servido. ¿Quieres servirlo siempre?. Ahora que ya eres hombre, ¡Escoge!. ¿Tan bajo caíste que quieres ser siempre esclavo?. Entonces, márchate. He venido a purificar mi santuario. Se me acabó la paciencia. Quedará silencioso, y las gentes no sabrán que existen otros dioses sino los mentidos por falsos labios y forjados por las tinieblas. Vete. No vuelvas a entrar aquí. Cierro la puerta. Mudo está el santuario y no resuena en él voz alguna. Aquí permaneceré sola y silenciosa. Sí; en el transcurso de los siglos moraré aquí sin pronunciar palabra y las gentes dirán que he muerto. Así sea. En edades futuras se alzarán de nuevo

mis hijos y disiparán las tinieblas. ¡Vete!. Has escogido. ¡Cae!. Perdiste tu herencia. Déjame con mi silencio.

Alzó la mano con gesto en que me despedía. Era tan imperativo, tan regio, que no pude desobedecer. Volví la espalda y cabizbajo fuime a paso triste hacia la puerta exterior del santuario. Pero no pude abrirla ni dar un paso adelante. Mi corazón doliente me impelía hacia atrás. Caí de hinojos y grité con angustiada, suplicante y clamorosa voz:

- ¡Madre!. ¡Reina y Madre!.

Transcurrió un instante de pavoroso silencio. Yo aguardaba sin saber por qué. Anhelante y desesperada estaba mi alma. Un terrible recuerdo vino a mí en aquella silenciosa oscuridad. En el pasado no sólo vi placeres sino también acciones ciegamente cometidas, consintiendo la estupefacción de mi alma como el beodo consiente la embriaguez del vino. Yo había hecho en estado de estupor la obra que se me encargó, sin saber qué hacía, pensando sólo en el placer que disfrutaría en recompensa. Yo había sido el intérprete, el oráculo de aquella entidad tenebrosa a quien ya conocía por haberla visto. El pasado se me aparecía tan terrible, tan presente, tan furioso en sus inculpaciones, que de nuevo exclamé en las tinieblas:

- ¡Madre!. ¡Sálvame!.

Sentí un toque en la mano y en el rostro, y en mi oído y en mi corazón dijo una voz:

- ¡Salvado estás!. ¡Sé fuerte!.

La luz alumbró mis ojos, pero no podía ver porque un raudal de lágrimas borró de ellos las horribles visiones que habían visto.

CAPÍTULO V

Ya no estaba en el santuario. Sentía el aire en el rostro. Abrí los ojos y vi sobre mí el firmamento en cuya profundidad brillaban las estrellas. Estaba tendido y me sentía extrañamente fatigado. Sin embargo, me excitó el son de mil voces cuyos sonidos y cantos me herían los oídos. ¿Qué sería aquello?

Me levanté. Estaba en medio del círculo de sacerdotes, de los diez jerarcas. Agmahd a mi lado, vigilándome. Le miré fija y sostenidamente al rostro sin desviar la mirada. ¡Impío, cruel, desalmado!. ¿Había, yo temido a aquel inhumano ser?. No le temería más. Derramé la vista en torno de los sacerdotes que me rodeaban. Leía en sus rostros. Estaban embebidos en su egoísmo. A todos ellos les mordía y se los comía un profundo deseo, el ansia de goce que acariciaban como a una serpiente cerca de su corazón. Yo no podía temer por más tiempo a aquellos hombres. Había visto la luz. Era fuerte.

Me alcé de puntillas. Miré en derredor a la multitud que se agolpaba en las orillas del río, bajo el despejado firmamento. Entonces me di cuenta de las extrañas voces que había oído. Locas estaban las gentes: unos de vino, otros de amor, algunos absolutamente frenéticos. Muchos botes cubrían el agua, y las gentes habían entrado en ellos para entregar las ofrendas a la diosa a quien adoraban y a quien aquella noche habían visto, oído y tocado. El sacro bote a cuyo bordo iba, estaba lleno de las amontonadas ofrendas que las gentes habían derramado desde sus canoas atracadas junto a nuestro bajel. Oro, plata, alhajas y vasos con engarce de piedras preciosas. Todo lo miraba Agmahd y vi la sonrisa en sus labios. Aquellas riquezas podían alimentar el templo, pero muy diferentes eran las joyas que él apetecía y por las que se afanaba. Mi alma habló de improviso y sin pensar. Ya no podía permanecer callado al ver aquello. Hablé en alta voz y mandé a las gentes que me escucharan e inmediatamente se fue extendiendo el silencio por la multitud. Y les dije:

- Escuchadme, los que aquí adoráis a la diosa. ¿A qué diosa adoráis?. ¿No podéis inferirlo de las palabras que murmuró en vuestro corazón?. Miraos por dentro, y si os ha chamuscado con el fuego abrasador de la pasión, sabed que no es verdadero dios. Porque únicamente hay verdad en la sabiduría. Escuchad y os diré palabras pronunciadas en el santuario por el espíritu de luz, nuestra Reina y Madre. Sabed que sólo podréis hallar la paz en la virtud, en los buenos pensamientos y en las sinceras acciones. ¿Es esta tenebrosa orgía

un ambiente apropiado a la diosa de la verdad?. ¿Sois sus adoradores los que aquí, bajo el abierto cielo os embriagáis de vino y de pasión?. ¿Los que con viles palabras de impiedad y frenéticas canciones en vuestros labios y pensamientos vergonzosos en vuestros corazones estáis pronto a cometer audazmente las acciones?. ¡No!. Postraos de rodillas, levantad las manos al cielo y pedid que el benéfico espíritu, nuestra Reina de sabiduría que con sus amorosas alas os cobija, perdone vuestra impudicia y os ayude en un nuevo esfuerzo. Oídme. Yo lo impetraré de ella porque la veo en todo su esplendor. Decidle cuanto os he dicho y seguramente os escuchará, porque os ama aunque la ofendáis.

Gran número de robustas voces prorrumpieron en melodioso canto que apagó la mía. Los sacerdotes habían entonado un canto con la armoniosa música de un himno. El gentío, movido de mi voz y mis palabras estaba de rodillas. Ahora, embriagados por la música, cantaban fervorosamente el himno y el conjunto de sus voces se elevaban majestuosamente al cielo. Un penetrante perfume hirió mi olfato. Me volví con muestras de disgusto, pero ya había producido su efecto porque perdí el sentido.

- Está en éxtasis - dijo Kamen Baka.

- Está loco - declaró otra voz tan seca y rencorosa que difícilmente reconocí que era la de Agmahd.

Me esforcé en replicarle, porque en todo cuanto yo hacía me sentía inspirado por un nuevo y extraño valor, sin conocer el miedo. Pero ya había cumplido su obra el estupefaciente vapor. Perdí el habla, como en sueño. Me pesaba la cabeza. A los pocos momentos quedé dormido.

CAPÍTULO VI

Me encontré al despertar en mi antiguo aposento del templo, allí donde experimentara mis primeros terrores infantiles.

Estaba cansadísimo. Tan cansado que lo primero que advertí fue una intolerable sensación de fatiga que me entumecía todo el cuerpo. Seguí acostado un buen rato, pensando tan sólo en mi aflicción.

De repente acudieron a mi memoria los sucesos del día anterior, que me parecieron como una salida de sol. Había encontrado de nuevo a mi Reina y Madre, y ella me tomaba bajo su protección.

Me levanté, olvidado de mi fatiga y aflicción. Amanecía. Por la alta ventana penetraba suavemente en mi aposento la débil claridad gris crepuscular. Estaba el aposento lujosamente alhajado con suntuosos materiales y primorosos bordados, lleno de extrañas preciosidades que le daban aspecto de cámara de príncipe. Pero por su peculiar configuración y la alta ventana difícilmente podía reconocerse como el mismo que en mi niñez se había transmutado para mi placer en florido jardín.

El ambiente del aposento era para mí triste y pesado. Deseaba salir al aire libre, a gozar de las primicias de la mañana, porque comprendía la necesidad de renovarme y fortalecerme con el vigor de la juventud. Pero allí en el aposento me oprimía el intenso perfume, los pesados cortinajes y el lujo abrumador.

Alcé la cortina y pasé al vasto aposento contiguo al mío. Estaba silencioso y desierto lo mismo que el amplio corredor. Seguí andando pausadamente por los largos corredores, hasta llegar al que tenía por extremo la verja que daba al jardín. Según me acercaba, veía a través de los férreos barrotes el reluciente césped. ¡Ah!. ¡El hermoso jardín!. ¡Oh!. ¡Bañarse en las tranquilas aguas del estanque de los lotos!.

Pero la puerta de hierro estaba fuertemente cerrada. Sólo me era posible mirar a través de la verja el césped y las flores y aspirar el puro aire de la mañana.

De pronto vi a Sebua que se acercaba por uno de los senderos del jardín, en derechura hacia la verja.

- ¡Sebua!. - Exclamé.

El respondió con su peculiar tono áspero de voz:

- ¡Ah!. ¿Estás ahí?. El hombre y el niño son iguales. Pero ya no puede Sebua ser por más tiempo tu amigo. Fracasé y no quiero repetir el intento. Cuando eras muchacho se enojaron conmigo mis dos amos y no pude mantenerte firme ni con uno ni con otro. Así es que ahora te has de quedar solo.

Por toda respuesta le dije:

- ¿No puedes abrir la puerta?.

- No – repuso - y dudo que vuelva a abrirse para ti. Pero, ¿Qué importa?. ¿No eres el sacerdote favorito del templo, el predilecto y mimado de todos?.

- No – respondí - ya no lo soy. Dijeron que estaba loco. Hoy lo volverán a decir.

Sebua me miró cariñosamente; y en voz baja, llena de ternura y piedad me dijo:

- ¡Te matarán!.

Yo respondí sonriente:

- No pueden. Mi Reina me protegerá, porque he de vivir hasta que haya declarado cuanto ella desea. Después nada me importa.

Sebua sacó la mano de entre los pliegues de su negra túnica donde hasta entonces la había mantenido oculta, y enseñándome un capullo de loto apoyado en una ancha hoja que parecía servirle de cama, me dijo:

- Tómalo. Es para ti. Habla un lenguaje que tú entenderás. Tómalo y vaya el bien contigo. Aunque soy mudo, excepto en lengua vulgar, he merecido ser mensajero. De ello me alegro. Pero tú puedes regocijarte porque sabes oír y hablar, aprender y enseñar.

Inmediatamente se alejó Sebua. Mientras él hablaba me había dado el capullo a través de la verja. Lo atraje a mí cuidadosamente. Ya lo tenía en mis manos. Estaba contento. No necesitaba nada más.

Regresé a mi cuarto y me senté con la flor en la mano. Se repetía la escena de mucho tiempo atrás, cuando muchacho me senté en aquel mismo aposento sosteniendo un loto cuyo interior contemplaba. Tenía un amigo, un guía, un enlace con la invisible Madre de gracia. Pero ahora estimaba la valía de la flor. Entonces no la conocía. ¿Sería posible que tan fácilmente de nuevo me la arrebataran?. Seguramente que no.

Porque ahora comprendía su lenguaje. Entonces sólo me extasiaba en su hermosura. Ahora abría la flor mis ojos y veía; destapaba mis oídos y oía.

Me rodeaba un círculo tal como me había rodeado al enseñar inconscientemente en el templo. Eran sacerdotes de blancas vestiduras como

los que ante mí se postraron un día en adoración. Pero éstos no se arrodillaban, sino que en pie me miraban con ojos de profundo amor y compasión. Unos eran ancianos enérgicos y majestuosos; otros eran jóvenes y esbeltos con semblantes de clara luz. Miré en derredor con respeto y de jubilosa esperanza me estremecí.

Sin palabras que me lo dijiesen, conocía yo qué fraternidad era aquélla. Eran mis predecesores, los sacerdotes del santuario, los videntes, los escogidos siervos de la Reina del Loto. Vi que todos habían cumplido fielmente su misión uno tras otro en la sagrada custodia del santo de los santos desde que se excavó en la ingente roca en que el templo se apoyaba.

Uno cuyo aliento parecía surgir de muy pretéritas edades, me dijo: - ¿Estás dispuesto a aprender?. - Dispuesto estoy - respondí cayendo de rodillas en el centro de aquel extraño y santo círculo. Pero aunque cayó mi cuerpo, se remontaba mi espíritu. Aunque estaba arrodillado, conocía que me sostenían en alma los que me rodeaban. Desde aquel punto y hora eran mis hermanos.

El mismo que me había hablado, prosiguió diciendo, señalándome la cama:

- Siéntate aquí y hablaré contigo. Levánteme para dirigirme a la cama y vi que estaba solo con el que me había hablado. Los demás se habían ido. Se colocó junto a mí y empezó a hablarme, derramando en mi corazón la sabiduría de las muertas edades; sabiduría que por siempre vive y subsiste lozana cuando de la estirpe de sus primeros discípulos ya no queda ni memoria. Mi corazón se rejuvenecía con la lozanía de aquel antiguo conocimiento de la verdad.

Durante todo el día permaneció a mi lado enseñándome. Al llegar la noche me tocó la frente con sus manos y se fue. Cuando me eché en la cama para dormir, me di cuenta de que a nadie excepto mi maestro había visto desde el día anterior sin haber probado alimento. Sin embargo, no me había cansado de aprender ni me encontraba débil. Puse la flor a mi lado, y tranquilamente me dormí.

Sobresálteme al despertar, creyendo que alguien tocaba mi flor. Pero estaba solo y la flor intacta. Cerca de la pesada cortina que separaba mi aposento del contiguo había una mesa en la que encontré pasteles y leche. Durante todo el día anterior había estado ayuno, y me alegré al ver el alimento. Escondí la flor entre mis vestiduras y me acerqué a la mesa. Después de comer los pasteles y beberme la leche, reparadas las fuerzas volví a sentarme en la cama y medité fervorosamente en lo que había aprendido el

día anterior, pues conjeturaba que aquellas enseñanzas eran áureas semillas que producirían gloriosos frutos.

Pero permanecí silencioso con el corazón hundido en el pecho, porque de nuevo me vi rodeado por el hermoso círculo. El que me había enseñado el día anterior me miraba sonriente sin hablar palabra. Otro se me acercó, tomóme de la mano y me condujo al lecho, donde quedé solo con él.

Sin embargo, no me consideraba ni ya nunca más me consideré solo, porque tomó mi corazón y mi alma mostrándomelos en toda su desnudez, endurecidos por una imaginaria santidad. Tomó mi pasado y me lo mostró en toda su escueta, tenebrosa y fea ruindad; aquel pasado que hubiera podido ser tan espléndido. Me pareció que hasta entonces había yo vivido inconscientemente. Pero ya volvía a verme guiado por el camino de la vida y se me exhortaba a que lo mirase con clara visión. Los aposentos por donde pasaba eran tenebrosos y lúgubres, y algunos de ellos henchidos de horror. Ahora me daba cuenta de que me había subyugado la magia que yo mismo interpretara a Kamen Baka. Como los demás, yo había vivido para desear y satisfacer el deseo. Sumido en los goces del placer y de la concupiscencia, había sido como un beodo, inconsciente de cuanto hacía. Al recordar mi pasado comprendí el sentido de las palabras de Sebuá que en aquel entonces ignoraba. En verdad, había sido yo el predilecto del templo, porque mientras mi cuerpo estuvo encenagado en los placeres y sumido en el profundo sueño de la saciedad, mis labios y mi voz habían sido dóciles a la voluntad de aquella tenebrosa dueña. Por medio de mis físicas potencias dio a conocer sus deseos y obtuvo el servicio de aquellos esclavos que lo habían malbaratado todo para satisfacer sus apetitos. Su abrasadora y terrible mirada penetró en los tenebrosos antros de las almas de los hombres y vio lo que deseaban; y mediante mi palabra les instruyó en la más eficaz manera de dar cumplida satisfacción a sus ansias de concupiscentes goces y consuntivos deleites.

Mientras allí estaba sentado, mudo y absorto en las visiones que iban pasando por mi despierta memoria, me vi primero en mi edad infantil, arrullado por el terror y excitado por el placer. Me vi en el intérrimo santuario del templo, como desvalida criatura, mero instrumento sin piedad manejado; me vi más tarde, ya joven y lozano y bello, yacente sin sentido sobre la cubierta del barco sagrado y levantándome después para proferir extrañas palabras en el frenesí de la inconsciencia. Me vi más tarde palidecer y desmayarme; y aunque seguía siendo espontáneo instrumento, el alma empezaba a conmover y a fatigar el cuerpo con sus luchas. Pero después advertí que el alma había despertado, y en contacto con su madre la reina de

luz, no era posible que jamás la potestad tenebrosa la volviese a reducir al silencio.

Vino la noche y se marchó mi maestro. Nadie más había entrado en el cuarto ni desde por la mañana temprano me habían vuelto a traer alimento. Estaba desfallecido a causa de las horribles visiones de aquel breve día y determiné salir en demanda del necesario sustento. Alcé la pesada cortina que tapaba el abovedado pasaje conducente a la espaciosa estancia; pero había allí una puerta tan maciza y pesada como la de una mazmorra. Comprendí entonces que estaba preso, y ahora que me había recobrado de mi debilidad y excitación carecía de alimento. Agmahd se daba cuenta del despertar de mi espíritu, y resolvió matarlo en mí, conservando el quebrantado cuerpo para sus fines.

Me tendí en el lecho y quedeme dormido con el enmuciado capullo de loto en mis labios.

Al despertar, estaba en pie a mi lado uno en quien reconocí a mi nuevo maestro a quien había visto sonreír en el círculo que me rodeó. Me levanté gozoso, con la esperanza de que me alentase. Sentóse a mi lado, tomando mi mano entre las suyas.

Comprendí entonces que su sonrisa era la luz de una profunda paz. Había muerto en aquel mismo aposento, sacrificando su vida por la verdad. Me llamó hermano y al punto me di cuenta de que las rosas de mi vida se habían marchitado para siempre. Iba a vivir por la verdad en la luz del puro espíritu y ningún sufrimiento me amedrentaría, pues desde el momento en que me tocó aquella mano comprendí que ningún sufrimiento sería ya capaz de amedrentarme. Hasta entonces, la pena me había cegado siempre de terror; pero ahora sabía que me era posible arrostrarla impávido y luchar contra ella con vigorosas manos. Aquella noche al acostarme caí en éxtasis. No sabía si estaba despierto o dormido; pero sí sabía que aquel mi hermano cuya vida física le fue arrebatada en pretéritas edades había infundido en la mía la fortaleza de su vehemente alma y que ya no la perdería jamás.

CAPÍTULO VII

Al abrir los ojos por la mañana rodeaba mi lecho el hermoso círculo. Me miraban gravemente sin la sonrisa en los labios; pero la infinita ternura que de ellos manaba me fortaleció. Levánteme y me arrodillé junto al lecho porque comprendí que se acercaba el solemne momento.

El más joven y resplandeciente de todos ellos salió del círculo, vino a mí, arrodillóse a mi lado y me estrechó las manos sosteniendo entre ellas el marchito capullo de loto que estaba sobre mi almohada. Noté que los demás se habían marchado. Miré a mi compañero y lo vi silencioso con los ojos fijos en mí. ¡Cuan joven y hermoso era!. La tierra no había mancillado su espíritu. En cambio, comprendí que la mancilla de la tierra persistiría en mi espíritu hasta que la borrara en el transcurso de los siglos. Tan blanco e inmaculado era mi compañero que me infundía temor.

Mientras permanecíamos así en silencio, una suave voz llegó a mi oído:

- No levantes todavía la vista - susurró el que a mi vera estaba arrodillado.

La voz decía:

- ¡Estrellas gemelas de la tarde!. Tú, el último de la larga serie de videntes que fueron sabiduría del templo y coronaron de esplendor la grandeza de Egipto. Se acerca la noche y las tinieblas ocultarán de la tierra la belleza de los cielos. Sin embargo, la verdad quedará entre los míos, los ignorantes hijos de la tierra. A ti te incumbe dejar tras ti una ardiente luz como recuerdo que todos los hombres han de mirar y admirar en los siglos por venir. El recuerdo de tu vida y de la verdad que te inspiró, se transmitirá a otras razas en todas partes de la caliginosa tierra a gentes que sólo han oído hablar de la luz, pero sin verla. Sé fuerte porque magna es tu obra. Tú, hijo mío de alma nívea, no eres lo bastante recio para luchar solo contra las crecientes tinieblas; pero da algo de tu fe y de tu pureza a este otro cuyas alas están tiznadas con manchas de la tierra, aunque de su tenebroso contacto adquirió fuerzas para la venidera batalla. Pelea tú hasta el fin por tu Reina y Madre. Habla a los míos y enséñales las magnas verdades. Diles que el alma vive y es bendita a no ser que se degraden. Diles que de libertad y paz gozan cuantos se emancipan del deseo. Diles que vuelvan a mí los ojos y descansen en mi amor. Diles que en toda alma existe un capullo de loto que se abrirá a menos que se pudran sus

raíces. Diles que vivan en la inocencia y busquen la verdad, y yo iré a ellos y estaré en medio de ellos para mostrarles el camino de aquel pacífico lugar donde todo es belleza y contento. Diles que amo a mis hijos y quisiera venir y morar en su interior para infundirles aquel contento que excede a toda prosperidad, aun a la de sus hogares terrenos. Diles todo esto en voz semejante al son de trompeta pregonera, imposible de tergiversar. Salva a los que escuchen y hagan de mi templo una vez más la morada del Espíritu de Verdad. Podrá caer el templo, pero no caerá en iniquidad. Podrá degenerar Egipto, pero no se sumirá en la ignorancia. Oirá una voz imposible de olvidar, y las palabras que esta voz profiera serán la oculta herencia de los siglos y se repetirán en otros siglos para anunciar la aurora que ha de lucir a través de las prolongadas tinieblas. Tú, jovencito mío, tú, que a la par eres fuerte y débil, prepárate. La lucha se avecina. No desmayes. Tu principal deber es enseñar a las gentes. No temas que la sabiduría falle en tu lengua. Yo soy la Sabiduría y hablaré por tu voz. Yo soy la Sabiduría y estaré a tu lado. Alza los ojos, hijo mío, y cobra fortaleza.

Levanté la vista y sentí el estrecho toque de la mano de mi compañero que a mi vera estaba arrodillado. Comprendí que deseaba infundirme ánimo para arrostrar el deslumbrante esplendor que fulguraba ante mis ojos.

Ella se hallaba en pie delante de nosotros y yo la vi como ve la flor al sol que la alimenta. La vi sin disfraz ni velo. La hermosa mujer que enjugara mis infantiles lágrimas, se había identificado con el dios de cuya presencia el fulgor abrasaba mi alma con ardores de muerte. Y sin embargo, yo vivía, veía y comprendía.

CAPÍTULO VIII

Mientras contemplaba yo aquel esplendor, levantóse el joven y hermoso sacerdote acercándose de pie junto a mí, y me dijo:

- Escúchame, hermano. Hay tres verdades absolutas que no pueden perderse aunque permanezcan calladas por falta de expresión.

“El alma del hombre es inmortal y su porvenir no tiene límite en crecimiento y esplendor”.

“En nosotros y fuera de nosotros mora el principio donador de vida. Es imperecedero y eternamente benéfico. No se le ve ni se le oye ni se le huele; pero lo percibe el hombre anheloso de percepción”.

“Cada ser humano es su propio legislador y a sí mismo se ilumina o se oscurece. Es el juez de su vida, el que decreta su propio galardón o castigo”.

“Estas verdades, tan grandes como la misma vida, son tan sencillas como la más sencilla mente de hombre. Sacia con ellas tu hambre. Adiós. Anochece. Vendrán por ti. Disponte”.

Dicho esto desapareció. Pero el esplendor no se desvanecía de ante mis ojos. Veía la verdad. Veía la luz. Permanecí sosteniendo la visión con mi vehemente mirada.

Alguien me tocó. Despertéme y al punto me estremecí con el repentino presentimiento de que había sonado la hora de la batalla. Me levanté y miré en rededor. Agmahd estaba de pie a mi lado en actitud muy grave. Su semblante no era tan frío como de costumbre y sus ojos llameaban como nunca los viera hasta entonces.

En voz baja, pero muy clara, cortante como un cuchillo, me dijo:

- Sensa, ¿Estás preparado?. Esta noche es la última del gran festival. Necesito tus servicios. La otra vez que estuviste con nosotros enloqueciste. Tu cerebro desbarraba con las locuras de tu engreimiento. Hoy demando tu obediencia como hasta ahora la prestaste, porque necesario nos eres para el estupendo prodigio que se ha de obrar esta noche. Has de ser pasivo, pues de lo contrario sufrirás. Los Diez han determinado que mueras si no obedeces como hasta aquí obedeciste. Estás demasiado versado en todo cuanto sabemos, para que vivas a menos que seas uno de nosotros. La elección está patente ante ti. Decídetes en seguida.

- Ya lo estoy - respondí.

Me miró anhelosamente. Yo leía en su pensamiento, y vi que había creído hallarme triste en mi soledad, enfermo por el larguísimo ayuno y con el ánimo quebrantado. Pero en vez de todo ello, estaba yo erguido, vigoroso, impávido. Sentía la luz en mi alma y que tras mí estaba el poderoso ejército de los brillantes seres.

- No temo a la muerte – repuse - y no quiero ser por más tiempo un instrumento en manos de quienes están matando la regia religión de Egipto, la magna y única religión de la verdad, en beneficio de sus ambiciones y apetitos. He visto y comprendido vuestros milagros y las enseñanzas que daís al pueblo. No os ayudaré más. He dicho.

Agmahd permanecía mirándome silenciosamente. Su rostro palideció con rigidez semejante a si estuviera esculpido en mármol. Recordaba yo las palabras que había él pronunciado una noche en el intérrimo santuario diciendo: “Renuncio a mi humanidad”. Comprendí que, en efecto, la renunciación era completa. No me cabía esperar misericordia. No iba a tratar con un hombre sino con una forma animada por una dominante y absolutamente egoísta e inflexible voluntad.

Al cabo de un momento de pausa, dijo con suma calma:

- Sea así. Los Diez oirán tus palabras y responderán a ellas. Tienes el derecho de presenciar sus deliberaciones. Eres en el templo de tan alta categoría como yo. Será una prueba de fuerza contra fuerza, de voluntad contra voluntad. Te prevengo que sufrirás.

Volvió la espalda y se fue con aquel pausado y majestuoso andar que tanto me fascinara en mi juventud.

Me senté en la cama y aguardé. No tenía miedo, pero me era imposible pensar ni reflexionar, porque sabía que se acercaba el momento en que necesitaría de toda mi fortaleza, y así estaba inmóvil, sin pensamiento alguno, reservándome cuantas fuerzas poseía.

Ante mí surgió una refulgente estrella de configuración semejante a la de una abierta flor de loto. Sorprendido y excitado me abalancé hacia la estrella, que se alejó de mí; pero como yo no quería perderla, anhelosamente la seguí. Pasó al corredor a través de la arcada de mi aposento. A mi toque se abrió la puerta, y sin detenerme a averiguar por qué estaba descerrajada, continué persiguiendo a la estrella y su luz. Por momentos era esta luz más clara, y la forma de la estrella más definida, pues vi los pétalos del regio loto blanco de cuyo amarillo centro surgía la luz que me guiaba.

Rápida y anhelosamente descendí por el amplio y lóbrego corredor. La puerta principal del templo estaba abierta, y la estrella pasó por allí al aire

libre. También yo me hallé fuera del templo, en la avenida de las extrañas estatuas. De pronto advertí en la puerta exterior una entidad que me llamaba. Corrí hacia ella por la larga avenida con tanta ligereza que no sabían los pies sí me llevaban. Pero yo sí sabía que debía ir. El portal estaba cerrado; pero había una multitud de gentes tan cercana a él, que me parecía como si me hallara en medio del gentío. Esperaban la celebración de la fastuosa ceremonia, el postrero esplendor del festival que aquella noche iba a efectuarse a las mismas puertas del templo. Alcé los ojos y vi a mi lado a la Reina y Madre con una antorcha encendida en la mano, cuya luz comprendí que había formado mi guiadora estrella. Por lo tanto, mi Reina era la luz de vida que me había guiado. Sonrió y desvaneciéndose en un instante. Quedé solo con mi conocimiento, y el apiñado gentío, sumido en la ignorancia, esperaba en la puerta a que le instruyesen los sacerdotes.

Recordé las palabras de mi predecesor, mi hermano, que me había comunicado las tres verdades para enseñárselas al pueblo.

Hablé en voz alta y mis palabras me transportaban como si fuesen olas y mi emoción crecía en un vasto mar sobre el que yo flotaba; y al contemplar las anhelosas miradas y los extasiados semblantes que ante mí tenía, comprendí que también la multitud se veía impelida por aquella impetuosa oleada. Mi corazón estaba henchido del deleite de difundir las capitales verdades que yo había aprendido.

Por fin dije a las gentes cómo yo había tomado lumbre de la antorcha de santidad y estaba resuelto a entrar en una verdadera vida de devoción a la sabiduría, y deponer la concupiscencia que rodeaba la vida sacerdotal y desechar para siempre todo deseo no perteneciente al alma. Hablé a voz en grito, rogando a cuantos tuvieran la luz encendida en su interior que entraran en el mismo sendero, tanto en medio de la vida urbana como en las montañas. Les dije que no porque los hombres comprasen y vendiesen en las calles habían de olvidar y sofocar su íntima esencia divina. Les exhorté a que con el fuego del espíritu quemaran los groseros deseos de la carne que los alejaban de la verdadera doctrina y los empujaban en tropel como devotos al santuario de la Reina del Deseo.

Me detuve de pronto con una sensación de fatiga y agotamiento. Noté que alguien se habían puesto a mis lados, y al momento vi que estaba cercado. Los diez jerarcas formaban un círculo a mí alrededor. Kamen Baka, de pie frente a mí, clavaba sus ojos en los míos.

Desde el centro del círculo, exclamé a voz en grito:

- ¡Oh!. Pueblo de Egipto. Acuérdate de mis palabras. Ya no volverás a oír al mensajero de la madre de nuestra vida, la madre del Dios de la Verdad. Ella ha hablado. Id a vuestras casas y escribid sus palabras en tabletas y grabadlas en piedras para que los por nacer puedan leerlas y las repitan a vuestros descendientes para que conozcan la sabiduría. Id y no os quedéis a presenciar el sacrilegio del templo que ha de perpetrarse esta noche. Los sacerdotes de la diosa profanan el templo con locuras, lujurias y concupiscencias de todo linaje. No escuchéis sus palabras, sino marchad a vuestros hogares y pedid que os aleccione vuestro propio corazón.

Se habían consumido mis fuerzas. No pude pronunciar ni una palabra más. Cabizbajo y con mis miembros fatigados, obedecí al amenazador círculo que me rodeaba y volví mis pasos hacia el templo.

Recorrimos silenciosos la avenida y entramos por el pórtico. Allí nos detuvimos. Kamen Baka miró hacia atrás a lo largo de la avenida abajo, y dijo:

- El pueblo murmura.

De nuevo seguimos por el vasto corredor. Agmahd salió del pórtico y colocándose en pie ante nosotros, dijo con extraña voz:

- ¿Qué tenemos?.

Del aspecto del grupo conjeturaba lo que había sucedido.

Kamen Baka repuso:

- ¿Qué haremos?. Este traiciona los secretos del templo y excita a las gentes contra nosotros.

Agmahd replicó:

- Será una gran pérdida para nosotros; pero es ya demasiado peligroso. Ha de morir. ¿Digo bien, hermanos?.

Un débil murmullo pasó alrededor de mí, de labio en labio. Todos aprobaron lo dicho por Agmahd.

Kamen Baka repitió:

- El pueblo murmura a la puerta.

Agmahd repuso:

- Ve y diles que esta noche es noche de sacrificio y que la misma diosa hablará con su propia voz. Kamen Baka salió del círculo y Agmahd ocupó su puesto.

Yo permanecía inmóvil y silencioso. Barruntaba que mi suerte estaba decidida, pero ni sabía ni deseaba saber cómo iba a morir. Me veía irremisiblemente en poder de los jerarcas sacerdotales. No había recurso contra su autoridad, pues el tropel de sacerdotes inferiores les obedecían como esclavos. Tan sólo yo estaba desvalido en medio de ellos y sujeto a aquella

absoluta autoridad. No temía la muerte y pensaba que muy justo era para la Reina y Madre que su siervo fuese a ella con cabal alegría. Había de ser el último testimonio de amor que le diera en la tierra.

CAPÍTULO IX

Me llevaron a mi aposento, dejándome solo. Tendíme en la cama y me dormí, porque estaba muy fatigado y tenía miedo. Parecíame que bajo mi cabeza extendía su amoroso brazo la Señora del Loto.

Corto fue mi sueño. Caí en profunda inconsciencia, demasiado dulce para dar entrada al ensueño, y de pronto me desperté con la vivida sensación de que ya no estaba solo, y a pesar de que me veía en obscuridad y silencio, reconocía la sensación y comprendía que me rodeaba numerosa multitud. Inmóvil esperaba con vigilantes ojos que la luz me revelase quiénes eran los que me rodeaban.

Entonces noté algo que nunca había sentido hasta entonces. No estaba inconsciente, y sin embargo no podía valerme, como si careciese de sentido o de conocimiento. Estaba inmóvil, pero no por indiferencia ni por sosiego. Deseaba levantarme y pedir que trajeran luz, pero no podía moverme ni pronunciar palabra. Alguna impetuosa voluntad estaba luchando con la mía, y era tan violenta que casi me tenía dominado; pero a pesar de todo yo no quería rendirme. Estaba resuelto a no ser un ciego esclavo ni a quedar vencido en las tinieblas por un invisible adversario.

Terrible fue esta lucha por la supremacía. Tan violenta era, que comprendí que en ella me iba la vida. La fuerza que me apesadumbraba quería matar. ¿Qué o quién era aquello que intentaba robar el aliento de mi cuerpo?.

No sé decir cuánto tiempo duró aquella callada e intensa lucha. Al fin la luz me rodeó por todos lados como antorcha encendida en otra antorcha. Yo apenas veía porque tenía la vista débil; pero pude ver que estaba en el amplio corredor frente a la puerta del santuario, tendido en la misma cama donde había retozado con la fantástica niña que me inició en el placer. Estaba tendido a lo largo como cuando dormía en mi propio lecho. De igual manera que en el anterior ceremonial, cubríanlo grandes, bellas y voluptuosas rosas de color de carmín y de sangre. A millares las había encima y alrededor del lecho, y su intenso perfume abrumaba mis débiles sentidos. Estaba yo vestido de una extraña túnica de lino blanco y delgado, con bordados como hasta entonces nunca había visto, pues eran jeroglíficos elaborados con gruesa seda roja y negra. A mi lado se veía un reguero de sangre roja que fluyente de la cama caía en una hermosa vasija colocada en el suelo entre un montón de rosas.

Durante un rato contemplé aquel espectáculo con ociosa curiosidad hasta que de pronto comprendí que era la sangre de mi propia vida.

Alcé los ojos y me vi rodeado por los Diez. Todos fijaban en mí la mirada con implacable aspecto. Entonces comprendí que había peleado acremente contra aquella terrible voluntad. Todos estaban unánimemente resueltos. ¿Cómo era posible que yo solo luchase contra aquella banda?. Aunque veía que no me sería posible, no estaba descorazonado. Con grandísimo esfuerzo, logré incorporarme en el lecho. Ya estaba muy débil por la pérdida de sangre, pero no podían los sacerdotes mantenerme por más tiempo callado. Me puse de pie sobre la cama y miré por encima de los Diez a la turba de sacerdotes que más allá estaban y a la todavía más lejana multitud que apiñada contra la entrada del amplio corredor esperaba con anhelante curiosidad ver el prometido milagro.

Me mantuve de pie un instante creyendo que podría hablar, pero sin remedio me desvanecí a causa de la debilidad. Sin embargo, henchida estaba mi alma de intensa, profunda y vivida dicha. De pronto oí un murmullo que iba creciendo por momentos y prorrumpió en una exclamación que decía:

- ¡Es el joven sacerdote que enseñaba en la puerta!. ¡Es bueno y no ha de morir!. ¡Salvémoslo!.

Las gentes habían visto mi rostro y me conocían. La entusiasmada multitud arremetió impetuosamente de súbito contra la turba de sacerdotes que empujando a los Diez los apartaron de mi lecho; y cuando la oleada de gente en lucha llegó al santo de los santos, muchos sacerdotes se precipitaron en el espacio vacante entre el lecho y la puerta. Al pasar ellos en confusión y sorpresa vi volcada la vasija que contenía mi vitalidad y la roja sangre se derramaba por la puerta del santuario. Abrióse la puerta y apareció en ella Agmahd con majestuoso aspecto en su impenetrable calma. Dirigió la vista hacia la embravecida muchedumbre que ante él estaba y su severa mirada infundió en la turba de sacerdotes la serenidad y fortaleza necesarias para contener durante un rato el ímpetu del gentío. Volviéronse a reunir los Diez y con dificultad llegaron a mi lecho, formando de nuevo una valla impenetrable en su derredor.

Pero llegaron demasiado tarde, pues ya algunos de los del pueblo estaban a mi lado. Sonreí melancólicamente al mirar sus mudos y bondadosos semblantes. Lágrimas cayeron por mi rostro y penetraron en mi corazón. De pronto alguien me tomó la mano, estrechándola, besándola y bañándola en ardientes lágrimas. Aquel contacto me estremeció como ningún otro. Después oí una voz que gritaba:

- ¡Es mi hijo!. ¡Mi hijo muerto!. ¡Lo han matado!. ¿Quién me devolverá a mi hijo?.

Era mi madre, arrodillada a mi lado. Forcé mi débil vista y la vi. Estaba fatigada y afligida, pero se traslucía la bondad en su rostro. Y mientras la miraba, percibí tras ella a la Señora del Loto que la cobijaba en medio de la multitud y tiernamente sonreía.

Levantóse mi madre y noté reflejada una extraña dignidad en su rostro. Entonces dijo:

- Han matado su cuerpo, pero no su alma. Potente es el alma. La vi en sus ojos en el momento en que los cerró la muerte.

CAPÍTULO X

Llegó a mis apagados oídos el son de un ruidoso suspiro que surgía de las entrañas del pueblo. Entonces comprendí que mi cuerpo no había muerto en vano.

Pero mi alma vivía. No sólo era potente, sino indestructible. Había pasado su período de aflicción en aquella pálida forma. Había escapado de la cárcel que durante tanto tiempo la aprisionara, aunque tan sólo para redespertar en otro templo más robusto, puro y hermoso.

Cuando la impetuosa multitud, enfurecida por la resistencia de los sacerdotes redobló su amenazador empuje, cayeron a mí alrededor algunas víctimas de la ira popular. Junto a mi inerte cuerpo yacía el de Agmahd pisoteado por la furiosa muchedumbre; y a mi mismo lado, contra el lecho en que mi cuerpo estaba tendido, murió Malen, de cuya humana forma corporal se exprimíó el aliento.

Mientras allí planeaba yo con la extraña conciencia del alma, advertí que aquellos espíritus mancillados y entenebrecidos por la lujuria y la ambición que la Reina del Deseo encendiera en su interior, quedaban forzosamente encerrados en el indispensable círculo que no es posible eludir.

El alma de Agmahd huyó con furioso ímpetu, cual tenebroso vuelo de ave nocturna, y rápidamente la siguió la de Malen, aquel joven sacerdote que me había conducido a la ciudad. Porque si bien en obediencia a las reglas de su orden había conservado la pureza del cuerpo, estaba empedernida su alma por el ansia incesante de deseos no satisfechos. Pero su cuerpo yacía como flor tronchada, hermoso como un loto cuando por vez primera entreabre su corola en la clara superficie del agua.

Mi Reina y Madre me sostenía estrechamente en sus manos para que no pudiese apartarme de aquella escena de horror, y me dijo:

- Vuelve a tu obra. Todavía no está terminada. He aquí la nueva vestimenta que has de llevar, la que ha de ser tu envoltura mientras enseñes a mi pueblo. Este cuerpo está immaculado, sin mancha y es hermoso, aunque se haya extraviado el alma que lo habitaba. Pero tú eres mío. Venir a mí equivale a vivir eternamente en la verdad y el conocimiento. He aquí tu nueva vestidura.

Me vi todavía vigoroso, no sólo en espíritu sino en vida física. Nueva fortaleza me poseyó.

Ya no me acordaba de mi debilidad. Me levanté de aquel lugar en donde poco antes yacía sin vida. Me levanté amparado por la égida de mi Reina y contemplé de terror lleno el espectáculo que me rodeaba.

La Reina dijo:

- Ve, Malen, ve con absoluta seguridad. Has de vivir en el corazón de las gentes, y has de ser para ellas símbolo e imagen de la gloria. Volverás a ser un mártir de mi causa, y te recordarán perpetuamente con amor los atezados hijos de Chemí. Pero aunque mueras en mi servicio, enseñarás durante venideros siglos entre las ruinas de este templo; y aunque sufras por mí cien muertes, vivirás para enseñar mis verdades desde el atrio del nuevo santuario que se alzará en la lejanía del tiempo.

Precipitadamente salí de allí y pasé sin que nadie me viera por entre la ondulante y furiosa multitud, que derribó las estatuas de la avenida y destrozó las puertas del templo. Triste estaba mi alma y ansiosa de paz. Con anhelantes ojos contemplaba el tranquilo país donde mi campesina madre residía; pero ella se figuraba que su hijo había muerto, y no me reconocería en mi nueva forma. Me dirigí hacia la ciudad a la sazón desierta de sus enloquecidos habitantes.

Un atronador grito exhalado por mil gargantas rasgó los aires. Me detuve a mirar atrás y vi que la desenfrenada venganza de toda una generación traicionada por sus sacerdotes había caído sobre el antiguo y glorioso templo. Ya estaba profanado e inmolados sus culpables moradores. Pronto se convertiría en ruinas.

Vagué por las solitarias calles de la ciudad y comprendí que donde había apurado la copa del placer, debía experimentar el gozo del misionero. Aquí debía dejar oír incesantemente mi voz. La verdad por tanto tiempo expulsada del degradado templo debía encontrar su habitación en las entrañas del pueblo, en las calles de la ciudad. Mucho tiempo había de transcurrir antes de que lavada mi culpa, me dejase puro y sin mancha, dispuesto a la perfecta vida por que me esforzaba.

Desde entonces, vivo, cambio de forma y vuelvo a vivir. Sin embargo, me reconozco en el largo transcurso de los siglos.

Muerto está Egipto; pero su espíritu vive y el conocimiento que poseyó prosigue acariciado por las almas que se han mantenido fieles al magno y misterioso pasado. Saben que de la profunda ceguera y disolución de una época descreída surgen los primeros signos del esplendor de la futura. Lo

venidero es mayor y más majestuosamente misterioso que lo pasado. Porque según vaya elevándose la vida colectiva de la humanidad con lento e imperceptible progreso, sus instructores beberán en más puras fuentes y tomarán sus enseñanzas del alma misma del ser. Por el mundo entero ha repercutido el grito. Verbalmente se han declarado las verdades. ¡Despertad, ignorantes almas de la tierra que vivís con los ojos puestos en el suelo y levantadlos para que por ellos entre la percepción!. La vida entraña mucho más de lo que al hombre le cabe imaginar. Escudriñad audazmente su misterio y en los oscuros lugares de vuestra propia alma pedid luz que ilumine aquellas reconditeces de vuestra individualidad para las que fuisteis ciegos durante mil existencias.

Aunque de atezados moradores, Egipto descuella como blanca flor entre las demás razas de la tierra, y los descifradores de los jeroglíficos de las antiguas escrituras hieráticas, los académicos y pensadores de hoy día, son incapaces de manchar los pétalos de aquel grandioso loto de nuestro planeta. No ven el tallo del loto ni la luz del sol que por entre los pétalos fulgura. No pueden ver nada de la verdadera flor ni son capaces de modificarla con los artificios de la moderna floricultura porque está fuera de su alcance. Crece más allá de la estatura del hombre y su raíz se baña en las profundidades del río de la vida.

Florece en un mundo de progreso al que sólo llega el hombre en sus absolutos momentos de inspiración cuando en realidad es más que hombre. Por lo tanto, aunque su largo tallo surja de nuestro mundo, sólo es posible que lo contemple y lo describa quien en la verdad ha excedido hasta tal punto la estatura del hombre que puede mirar la corola de la flor doquiera se abra, en Oriente o en el tenebroso Occidente. Quien así la contemple, leerá los secretos de la fuerzas gobernantes del plano físico y verá escrita en su interior la ciencia del vigor místico. Aprenderá a exponer las verdades espirituales y a entrar en la vida de su Yo superior, cuya esplendencia aprenderá también a mantener, sin menoscabo de conservar la vida en este planeta mientras su vida dure, y retenerla en el vigor de la virilidad hasta que realice toda su obra y haya enseñado las tres verdades a cuantos busquen la luz. “El alma del hombre es inmortal”. “El principio donador de vida mora en nosotros y fuera de nosotros. Es imperecedero y eternamente benéfico”.

“Cada ser humano es en absoluto su propio legislador”.

FIN